

LESZEK KOLAKOWSKI

# **LAS CLAVES DEL CIELO**

Historias edificantes

MONTE ÁVILA EDITORES, C.A.

Título del original alemán:  
Klucz Niebieski-13 Bajek  
(der HimmelsehiUssel)

Versión castellana: Norberto Silvetti Paz

© Copyright de la edición alemana Geisenheyner & Crone, Stuttgart  
De la edición para todos los países de habla española  
© Monte Avila Editares, C. A. Caracas, Venezuela

Portada: Víctor Viano  
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

Versión digital de Mónica. Julio del 2005  
Corrección cuarta

## **PRIMERA PARTE**

Las Claves del Cielo, o Historias Edificantes  
según la Sagrada Escritura para Enseñanza y Admonición

### **DIOS, O DEL CONTRASTE ENTRE LOS MOTIVOS Y LAS CONSECUENCIAS DE LAS ACCIONES HUMANAS**

Dios creó el mundo para su alabanza. Esto está fuera de toda duda y es por lo demás absolutamente comprensible. Una grandeza que nadie puede ver tiene que sentirse en realidad molesta. Bajo circunstancias semejantes no se experimenta propiamente ningún placer en ser grande. La grandeza es inútil, para nada sirve. No vale la pena ser grande en medio de una soledad definitiva y eterna. En el seno de una absoluta soledad más bien preferimos pecar y seguir sin ser estorbados todos nuestros caprichos —pero en esas circunstancias tampoco existe el pecado. Pues, ¿en qué consistiría el pecado de un individuo absoluta e irremediabilmente aislado? De allí resulta que la diferencia entre un pecador y un santo, cuando ambos están en cada caso solos en el mundo, es igual a cero. La santidad y la grandeza sólo son posibles en el seno de un

mundo circundante; la santidad humana puede darse con relación a Dios; pero, ¿y la santidad de un Dios solitario? De ahí que la más insignificante pizca de vanidad — ¿y quién no la tiene?— haya bastado para despertar en Dios el deseo de crear el mundo. Entonces lo creó tan bien como le fue posible, y sólo después fue grande. Porque entonces ya poseyó alguien que lo admirase, alguien con el cual —para mayor beneficio suyo— poder compararse. No nos sorprendamos: la soledad es una invención cruel y una situación que conviene más al infierno que a aquel lugar donde Dios se hallaba antes de la Creación del mundo —lugar que ciertamente no nos es conocido con exactitud, pero que es tenido en general por extremadamente agradable. Por lo demás nos cuesta mucho trabajo imaginarnos una soledad semejante, si consideramos que la soledad humana está siempre, como tal soledad, en relación con algo que alguna vez existió: la pérdida de una realidad que antes estaba y era conocida. La soledad de Dios antes de la Creación del mundo no disponía ni siquiera de un recuerdo, de modo que no podía encontrar consuelo en la representación, en el espíritu, ni tampoco en el sentimiento de la vida retirada, el cual necesita de la conciencia del propio contraste con respecto al mundo. Si el mundo no existe y no existiera nunca tampoco existiría ese contraste y tampoco existiría la soledad, ya que no existiría nada en relación con lo cual nos sentiríamos solitarios. Si consideramos las cosas de esa manera no podemos propiamente hacerle a Dios ninguna clase de reproche por el hecho de haber creado el mundo. Para él era la única posibilidad de escapar del execrable vacío en el que se hallaba.

Pero pensemos también. .. que no se trataba tan sólo de la soledad, que se trataba asimismo de la satisfacción del ansia de gloria. El ansia de gloria no goza entre el público culto de buena fama, y se considera poco fino ponerla de manifiesto con toda claridad. Pero sin embargo sucedió así. Dios creó el mundo para su alabanza y gloria, y luego se dio prisa para revelar al hombre sus motivos. La falta de modestia la compensó con una muy estimable honradez. Ahora se podría decir que los motivos de Dios no son precisamente laudables y los resultados de su trabajo apenas un poco estimulantes en particular. Pero yo no soy de esa opinión. No voy a decir por cierto que el mundo que conocemos es una obra particularmente afortunada, o afirmar que fue creado por un ser absolutamente sabio y todopoderoso, cosa que en todo caso resulta en extremo exagerada; pero sin embargo me atrevo a sostener que así como es, pone de manifiesto cierto signo de grandeza, sí, y no vacilo en decir de genialidad. Es —al modo de muchas obras humanas— caótico; carece de una idea rectora, ostenta sin lugar a dudas rasgos chabacanos que constituyen un fracaso y una insipidez; el trato con él es con frecuencia hartamente desagradable. Y sin embargo repito que se trata de una obra poderosa e imponente. Existen numerosas pruebas de ello, y por mi parte estoy dispuesto a suministrarlas a su debido tiempo. Es un hecho también que en ciertos aspectos el mundo es susceptible de mejorarse —lo cual constituye el punto más importante para juzgarlo— y que con los mayores esfuerzos de una gigantesca cantidad de hombres podrían lograrse algunos pequeños cambios para mejorarlo. La Historia ofrece muchas pruebas en favor de esta concepción de las cosas.

¿Y la moraleja de todo esto? Es espantosamente trivial: Algunas veces, partiendo de motivos insignificantes, se puede llegar a resultados muy valiosos.

¿Puede darse el caso inverso? Ciertamente que sí. Sobre ello ilustra la siguiente historia sobre las relaciones entre Dios y el pueblo de Israel.

## EL PUEBLO DE ISRAEL, O LAS CONSECUENCIAS DEL DESINTERÉS

A sí que Dios hubo manifestado repetidas veces su particular amor por el pueblo de Israel, en cierta ocasión se explicó más o menos en estos términos: Me he unido precisamente con vosotros antes que con ningún otro, no por que seáis más numerosos que los demás pueblos —por el contrario, vosotros sois, como es de dominio general, numéricamente los más débiles. Me he unido con vosotros porque me gustáis. Eso es claro y la única forma razonable de presentar el asunto. El amor no tiene necesidad de ninguna fundamentación. Algunas veces se intenta racionalizarlo; se dice que se ama a alguien porque es así y no de otro modo, porque se observa en él esto o aquello, porque posee esta o aquella cualidad. En la mayoría de los casos se trata de justificaciones desmañadas y además innecesarias. Una inclinación auténtica no se explica,

basta con declararla; una cosa gusta sin motivo, sin causa, sin objeto. Según yo pienso Dios obró con lealtad al dar aquella explicación a su pueblo. Más todavía: al revelarle su amor desinteresado y la voluntad de tomar a su cargo todos los cuidados en favor de su pueblo, contrajo frente a su pueblo una cierta obligación. En esa decisión Dios brindó las pruebas —convenimos en que raramente se repitió el caso— de la gran virtud del desinterés.

¿Y de qué sirvió todo? —preguntaréis vosotros.

Sí, de eso se trata; ¿de qué sirvió?

Su explicación tuvo lugar por cierto después del Éxodo de Egipto, Pero antes  
del *imperio romano*,  
de la *Inquisición española*,  
del *Tribunal-Dreyfuss*,  
del *Tercer Reich*

y de algunos otros fenómenos de parecida especie. Si consideramos el asunto con absoluta imparcialidad, salta a la vista sin la menor dificultad que este amor desinteresado por completo y esta indicación del cuidado especial que manifestó el Creador en favor del Pueblo de Dios, fueron de muy escaso valor a juzgar por sus consecuencias.

Cabe entonces preguntar si en general tiene algún sentido tomar en consideración el amor desinteresado. Es verdad que el motivo fue noble, puesto que un amor que es brindado gratuitamente, es decir: por el mero gusto o —como podría decirse— que descansa en un mero gusto sin motivación, constituye la más sublime especie de amor. O sea que el motivo es noble pero las consecuencias deplorables.

Moraleja: No nos abandonemos a los sentimientos desinteresados. Pongamos mucha atención en la reciprocidad y no en la caridad. Aceptemos una promesa una vez que quien la formula sabe de cierto que podemos vengarnos. Docenas de filósofos, y a la cabeza de éstos Thomas Hobbes, han confirmado el éxito de ese principio. . . para no citar los casos de la vida cotidiana. Contemos por lo tanto con que tanto recibimos cuanto damos. La Sagrada Escritura prueba por lo demás la justicia de ese mismo principio. Es decir, en la historia de Caín y Abel.

## CAÍN, O DE LA INTERPRETACIÓN DE LA MÁXIMA: "A CADA CUAL SEGÚN SUS MÉRITOS"

Como ya se sabe, Caín fue labrador de la tierra y Abel pastor de ovejas. De ahí que fuese la cosa más natural del mundo que el primero presentase a Dios ofrendas consistentes en maíz, lino, nabos y frutos de la tierra, y que el otro, por el contrario, ofrendas consistentes en grasa, carne, pieles de animales y lomos de carnero.

Pero por desgracia fue la cosa más natural también que la ofrenda de Abel, desde el punto de vista del precio de mercado, constituyese un presente inigualablemente más precioso, al que Dios consideró con agrado, mientras que para la dádiva de Caín tuvo tan sólo un gesto desdeñoso y tal vez hasta palabras poco complacientes. Por lo demás, no existe ni siquiera un solo documento que pruebe que haya sido vegetariano... de otro modo el asunto hubiera tenido un aspecto diferente. Ahora bien, los acontecimientos son harto conocidos, e igualmente las consecuencias.

La reacción de Dios ante las ofrendas de ambos hermanos suministra la mejor interpretación de la máxima: A cada cual según sus méritos. Como consecuencia de una formulación poco feliz esa máxima ha sido traducida de manera incorrecta. La palabra mérito erróneamente sugiere que en la distribución de la recompensa sólo se para mientes en el esfuerzo del hombre, es decir, en el trabajo invertido y en la buena voluntad.

Consideradas de ese modo, las ofrendas de ambos hermanos hubieran representado el mismo valor, ya que cada uno ofreció lo que poseía conforme a una ya establecida división del trabajo: el uno

Maíz, el otro piezas de carnero. En ese punto reveló Dios la esencia de la justicia.

En la distribución de las recompensas la justicia no puede establecer ninguna discriminación de las condiciones objetivas bajo las que se realiza el trabajo o el mérito. No puede tomar en consideración el hecho de que uno haya sido señalado por el destino para labrador de la tierra y no para ganadero. La justicia atiende sólo a los resultados objetivos del trabajo. Por último, Caín pudo haberse empeñado en algo mejor, en el peor de los casos pudo robarle a su hermano y ofrecer a Dios lo robado. Eso no hubiera sido por cierto algo muy laudable, pero seguramente habría llevado a consecuencias menos graves que lo sucedido después, y, por otra parte, Dios habría podido —cosa que puede admitirse— dejar pasar aquella pequeña falta que a la larga redundaría en su propio beneficio. Pero Caín quiso ser sincero y ofreció lo que poseía. Luego no soportó la injusticia que según su opinión se había cometido en su contra.

Con ello dio propiamente pruebas de inconsecuencia o de ignorancia e ingenuidad. Pues si de antemano sabía en qué consiste la justicia y si a pesar de ello decidió actuar con sinceridad, bien podría haber persistido en dicho papel y no dejarse arrastrar por la ira a hechos que eran fáciles de prever.

Si no lo sabía, entonces fue ilimitadamente ingenuo, y en ese caso no vale la pena propiamente compadecerlo.

Moraleja: Pongamos atención a que más bien se nos pague conforme al precio del mercado que con arreglo a la fatiga empleada en la obra. Principio este en cuyo favor abogaron ya numerosos sabios, entre otro Carlos Marx, para no citar los casos de la vida cotidiana. Nuestro amigo y hermano probablemente reconocerá nuestra buena voluntad, nuestra fatiga y la lealtad de nuestro propósito, pero nuestro enemigo nos hará una justicia que es un derecho —social o divino— que se rige por los frutos de nuestras acciones y no por los buenos propósitos. Si llegamos a compenetrarnos con este principio nos será dado experimentar muchas alegrías: en cada centavo que se nos pague por encima del precio del mercado veremos un caso de fortuna, un regalo del destino. Pero en tanto que de antemano contemos con que lo recibimos por justicia, viviremos en permanente disgusto, resentidos contra el mundo y, por último, de furor llevaremos las cosas al extremo de matar a nuestro propio hermano.

## NOÉ, O DE LAS TENTACIONES DE LA SOLIDARIDAD

Una vez que Dios, finalmente — ¡demasiado tarde!— se arrepintió de haber creado la especie humana, y cuando espantado de las consecuencias de su propia irreflexión resolvió ahogar a las abortadas imágenes de sí propio, vio en Noé, como ya se sabe, el único ejemplar digno de ser salvado. Cometió sin embargo una inadvertencia y una injusticia.

Una inadvertencia en cuanto que, conociendo tan bien como él podía conocer a los hombres, era de prever que todo comenzaría otra vez de nuevo a poco que se conservase sobre la tierra aunque más no fuese que una sola y única pareja, con la consecuencia de que a la vuelta de pocos años retornarían las mismas calamidades. Una injusticia porque, habiendo sido los pecados de los hombres los que movieron su cólera, ¿cómo se le ocurrió entonces aprovechar aquella ocasión para terminar también con todos los animales que, desde luego, eran inocentes? Pero dejemos estas consideraciones. Se trata de otra cosa... se trata de Noé.

Era Noé un grandísimo adulón. Cuando un maestro de quien todos saben que es violento, envidioso, colérico y vengativo, grita a toda la clase pero colma de elogios solamente a un alumno, resulta fácil adivinar a qué altura ha llegado la adulonería de este privilegiado discípulo.

Pero también Noé tenía en su corazón una chispa de sentimiento del honor. Mientras los conflictos con el amo se limitaron a gritos y amenazas él se insinuó furtivamente en su confianza, lisonjeando y adulando. Hasta que finalmente echó de ver que la cosa comenzaba a ponerse seria: estaba en juego la existencia de la humanidad.

Noé se puso a meditar largamente sobre su situación. Por una parte, la elemental solidaridad humana no le permitiría desentenderse de sus parientes y amigos para demandar la bondad de un tirano que pretendía eliminarlos. En semejante situación —decíase a sí mismo— un hombre honorable siempre ha de estar de

parte de los condenados compartiendo sus tribulaciones, en vez de entrar al servicio de los perseguidores. Aún cuando tuvieran culpa sería indecoroso abandonarlos a la desdicha y salvar el propio pellejo. Sea' como fuere —reflexionaba— al fin y al cabo soy más hombre que Dios; ergo: la solidaridad humana me obliga.

Pero por la otra parte ahora está en mí la única posibilidad de un renacimiento de la humanidad —continuaba con su meditación Noé—. Es decir, que Dios le había comunicado con toda claridad que no tenía el propósito de excluir de aquella persecución de los judíos (pogrom) a nadie, fuera de él y de sus familiares más allegados (con excepción de hermanos y de hermanas). Si me decidiese por el suicidio en nombre de la fraternidad —se dijo Noé— eliminaría al mismo tiempo la única posibilidad de un renacimiento de este mundo. Y por más que este mundo no es el mejor de todos los mundos, merece sin embargo seguir existiendo. El dilema de Noé consistía en que había de decidir si era mejor cometer una traición o bien tener parte en la culpa de la aniquilación del mundo.

Nunca nadie se había encontrado todavía delante de una decisión tan cruel, ni nunca en una situación en la que el destino de la humanidad estuviese literalmente depositado en una sola mano y en que a la vez la salvación de esa humanidad pudiera alcanzarse mediante la propia ignominia moral.

Por cierto a nadie le ocasionará dolor —pensó Noé— si en última instancia me decido a morir para salvaguardar mi integridad moral. Ya que sería incorrecto sostener que estoy causando algún padecimiento a mis descendientes por evitar que ellos existan. En el año 1749 de la Creación del mundo (fecha exacta del Diluvio) o en el año 2011 antes de Cristo, sería una ingenuidad admitir que he obrado mal porque en el año 1957 de la Era Cristiana, es decir, dentro de 3.706 años no habrá nadie que pueda dar noticias de mi heroísmo.

De modo que lo mejor sería comportarse decorosamente y de una vez por todas poner término a esta desagradable aventura. Pero por otra parte, no consigo desembarazarme de la idea de que la existencia del mundo es algo valioso y su conservación un objetivo que constituye un valor en sí. Claro está que no puedo probarlo y que no se me presentan motivos razonables al respecto, pero es esta una convicción tan profundamente arraigada en mí que no sé de nada que la neutralice.

Tras prolongada vacilación resolvió Noé echar sobre sus espaldas la poderosa ignominia de traicionar a los hombres, visto que sólo así podía salvarse la humanidad. A partir de ese momento sufrió como una transformación. Sintió vergüenza de su pasada adulonería y vio claro el mal y la inutilidad de su conducta de entonces. Era sincero cuando pensaba con cuánta mejor disposición echara sobre sí la ignominia para salvación del mundo, de no haberlo tenido que hacer a costa de su persona y sin ningún beneficio por su acción. ¿No habría creído todo el mundo que había obrado así por otro motivo que por salvarse a sí mismo? La fama a la que advino inevitablemente no lo permitiría.

La actitud de Noé fue realmente heroica; estaba dispuesto a magnificar su propia vergüenza esta vez a conciencia. Cuando dio cuenta de su decisión a sus hermanos y conocidos, todos se apartaron de él llenos de desprecio y pensaron que sencillamente Noé seguía siendo el que siempre fue, es decir, un adúltero incorregible. A ninguno le pasó por las mentes todo el drama encerrado en aquella decisión. Noé lo soportó todo. Pero resolvió también vengarse del tirano, educando a sus hijos de tal modo que todos los levantamientos y rebeliones contra la ley, conocidos en épocas pasadas, palidieran en pocas generaciones frente a los nuevos acontecimientos. Su descendencia sería una legión de rebeldes incorregibles, de blasfemadores declarados cuya existencia vendría a resultar eterno tormento para el Todopoderoso. Efectivamente sucedió así... pero ya Noé no pudo vivirlo.

Entonces sube al Arca, traicionados sus amigos, la patria y los hermanos...

Moraleja: Pensemos en que algunas veces nos está permitido someternos servilmente a los poderosos y por ellos traicionar a los propios camaradas. . . pero eso solamente cuando sabemos con absoluta seguridad que ello representa la única posibilidad de salvar a toda la humanidad. Hasta ahora fue Noé el único que se ha visto ante semejante dilema.

SARA, O DEL CONFLICTO ENTRE LO UNIVERSAL  
Y LO PERSONAL EN LA MORAL

Cuando Sara por fin le dijo a su marido que como consecuencia de ciertos defectos de nacimiento no se hallaba en condiciones de hacerlo feliz dándole descendencia, Abraham permaneció sentado y hundido en tenebrosos pensamientos. La conversación se cortó; en el fondo de un obstinado silencio ambos esperaban la palabra que uno y otra conocían, pero que por largo espacio de tiempo ninguno se animaba a pronunciar de viva voz. Finalmente le dijo Sara —pues en su calidad de mujer estaba obligada a un ánimo más levantado y en esa ocasión debía precisamente dar cumplimiento a un acto de renuncia. Dijo así:

—Tendrás un hijo con Hagar, tu servidora.

Abraham emitió un suspiro de alivio; no era lo que se llama un hombre animoso y a la sazón estaba muy contento de que aquella proposición no hubiera partido de él. De haber sido algo menos pusilánime tendría que haber hecho él la proposición y aguardar el asentimiento de su mujer, sin obligarla o poco menos a aquella primera palabra en verdad tan humillante. No tendría que haber evitado, por cobardía, el reproche de ser un egoísta, sino que debió darle a su mujer por lo menos el privilegio de saber que era la víctima de un hecho brutal (ya que por su parte ella sabía que su marido deseaba a Hagar desde largo tiempo). No tendría que haber permitido que ella por su iniciativa lo eximiese de la culpa, arrastrándolo a la comisión de un pecado que desde mucho tiempo deseaba con ardor. La egipcia Hagar era la muchacha más bonita de los valles del Eufrates. La decisión de Sara no había sido en modo alguno una reacción espontánea de su corazón. Tampoco había sido una decisión magnánima. Emanaba exclusivamente del modesto saber que ella poseía sobre el concepto de familia. Sara sabía que un principio procedente de Dios reza que la destinación del hombre es continuar la propia existencia en los hijos. Si este principio no se lleva a efecto no existe la familia, ésta no realiza su entidad, su esencia. De modo que se trataba de poner en armonía esencia y existencia, la universal naturaleza de la familia con el caso individual concreto, con la pareja Abraham-Sara.

Sabía por otra parte Sara que un Abraham sin hijos se convertiría finalmente en objeto de burla para todos los conocidos, que lo despreciarían, y que su situación social podría verse conmovida por efecto de un estado de cosas tan anormal. Pero lo que la guió no fue ni siquiera el temor de que su marido se pusiera en ridículo. Fue guiada por la pura conciencia de aquella obligación universal, por la pura necesidad de dar satisfacción a la norma universal, por el sentimiento de inquietud frente al hecho de que la existencia no realizase la esencia, de que su familia no diese cumplimiento al precepto universal de la familia: el de multiplicarse. De este modo, triunfó lo universal sobre lo particular. Inmóvil y sin una lágrima de pesar yacía Sara sobre la fresca hierba nocturna, junto a la tienda donde su marido poseía con avidez el cuerpo incomparable de Hagar; sus ojos estaban fijos en las estrellas. La noche fue larga, fue interminable, pero Abraham no notaba su duración; mientras Sara sentía junto a la tienda el peso de la vejez.

Y luego sucedió lo que había sido de prever. Hagar, a la sazón una muchacha buena, pero ingenua y algo vanidosa, no comprendía la finalidad para la que el destino la había elegido. La noche que pasó con Abraham y que se repitió algunas veces más, fue para ella sólo una noche de placer y no una noche de obligación moral como para Sara. (La situación de Abraham era ambigua; cierto que estaba llenando una obligación moral, pero... ¿por qué no aprovechar también, con esa ocasión, su parte placentera?) Dentro del sistema del cumplimiento de la Ley era Hagar sólo un instrumento pasivo que no tenía conciencia del papel que debía desempeñar; su conciencia estaba libre de saber universal; ella utilizaba el derecho para disfrutar de la alegría inmediata, sus motivos eran motivos particulares estrechamente unidos al momento presente. Pero Hagar sabía también que es cosa buena tener hijos. En vez de desempeñar modestamente su papel, exponía su vientre a todas las miradas y se jactaba por todas partes de su futura maternidad. Valiéndose de pequeñas alusiones y gestos ponía sus privilegios delante de los ojos de su desdichada señora. El ánimo de sacrificio de Sara era sometido a pruebas cada vez más grandes. Por lo pronto, Abraham andaba pavoneándose como si hubiera dado cumplimiento a una tarea fuera de lo común. La atmósfera de la casa no tardó en hacerse insoportable, y él comenzó a evitar la vista de su propio hogar, para no tener que mezclarse en los altercados de las mujeres. Finalmente la cólera y la amargura de Sara salieron a la luz del día. En un estallido de indignación largamente reprimida y con el deseo de tomar venganza, exigió de Abraham una satisfacción. Como todos de los que se dice que son "verdaderos hombres". Abraham era un cobarde. Sólo poseía el dudoso coraje de marchar espada en mano con los demás guerreros, y carecía del menor sentido para enfrentar los conflictos de la vida. Esforzándose en actuar siempre de modo que otro adoptase por él una decisión dificultosa le hurtaba el cuerpo a cualquier tipo de iniciativa. También entonces había actuado de conformidad con su carácter. Frente a las quejas y los arrebatos de odio de su mujer contestó rápidamente con estas palabras:

—Pero Hagar es también tu servidora, puedes hacer con ella lo que quieras. No pienso entrometerme en nada, no me interesa lo que le suceda.

Esa autorización era lo que había estado esperando Sara. Esa misma noche la preñada Hagar fue objeto de los insultos más soeces, castigada y torpemente injuriada. Llorando clamorosamente y desesperada abandonó la casa de aquellos amos. De esta manera el corazón ganó finalmente la delantera a la Ley, la existencia se resolvió contra la esencia, triunfó lo personal sobre lo universal. Abraham volvió, terminado que fue todo, otra vez a la casa y estuvo propia-mente muy contento del giro que habían seguido las cosas; los breves remordimientos que sintió a causa de la expulsión de su querida, pronto desaparecieron a la vista de la facilidad con que quedó todo a sus espaldas. Todo estaba en orden ya que no había hecho nada a nadie y no había tenido que adoptar ninguna clase de decisión.

Como todos los cobardes estaba completamente convencido de que no tiene ninguna responsabilidad quien nada hace, y que lo mejor de todo es no comprometerse: él había preñado a Hagar por encargo de su mujer, en la discusión de las mujeres no había tomado parte alguna, diciendo finalmente que Hagar era una servidora de Sara, con lo cual la señora era dueña de proceder como mejor le estuviera. Era menester no perder de vista los hechos. La penosa situación se resolvió por sí misma.

El curso posterior de esta historia resulta de menor interés.

Primera moraleja, tocante a la situación de Sara: Cuando la Ley resulta realmente insoportable y violenta en exceso nuestra naturaleza, no constituye culpa el no seguirla, y el seguirla es un mérito. En otros términos: *naturam expelles furca. . .*

Segunda moraleja, tocante a la situación de Sara: Si hemos aceptado la carga de dar cumplimiento a la Ley, constituye culpa el no persistir hasta el fin, pues de otro modo cualquier otro pagará nuestra inconsecuencia.

Tercera moraleja, tocante a la situación de Hagar: Es justo recibir castigo por privilegios no conquistados.

Cuarta moraleja, tocante a la situación de Abraham: Con respecto a las grandes pasiones la cobardía puede producir efectos muy favorables.

Quinta moraleja, tocante a la situación de Abraham: No nos hagamos ilusiones de no estar adoptando decisiones por el hecho de atender solamente a los hechos concretos.

Sexta moraleja, tocante a la situación del triángulo: ¡Qué historia inverosímil: hacerse de una amante sólo porque se quiere hijos! Pero hay que saber muy bien lo que para uno resulta lo más importante.

## ABRAHAM, O DE UNA TRISTEZA SUPERIOR

La historia de Abraham e Isaac fue interpretada filosóficamente por Soren Kierkegaard y sus sucesores como el problema del temor: Abraham debe sacrificar a su hijo por mandato de Dios. Pero, ¿de dónde tiene él la certeza de que es un mandato de Dios y no una tentación del diablo, un engaño o desvarío? ¿De dónde la seguridad de haber comprendido correctamente el mandato? En otros términos, la interpretación del caso de Isaac bajo el aspecto existencialista parte de la concepción de que la decisión definitiva está en manos de Abraham, de que Abraham no tiene la posibilidad de procurarse una plena certeza acerca de la fuente del mandato y de su contenido, sintiéndose conmovido por el temor de sacrificar la vida de su hijo, probablemente en vano. O sea que Abraham opta por el temor humano en el seno de una situación en la que existe la compulsiva obligación de escoger entre otros valores de importancia, sin disponer de razones externas para realizar dicha elección. Por mi parte confieso que tengo el placer de resolver el problema de

Isaac de una manera notablemente más sencilla, es decir, de una manera que tiene mayor relación con el pasado de Abraham. Yo doy por descontado que Abraham no tuvo dudas con respecto al origen divino del mandato. Disponía para el entendimiento con su Creador de un medio absolutamente seguro, desconocido hoy para nosotros, ya que departía frecuentemente con El y estaba en una relación hasta de confianza con su Superior. Tomo asimismo en cuenta la conocida promesa que su Señor le hizo: la promesa de hacer de él un gran pueblo particularmente elegido que habría de ocupar en el mundo una posición extraordinaria, ligando a dicha cuestión una condición sola: obediencia absoluta frente a la autoridad.

De no haber estado seguro Abraham de que realmente era Dios quien le hablaba hubiera sido absurdo el designio de Dios; es decir, que si quería poner a prueba la fidelidad del súbdito, tenía también que arbitrar el medio de despertar en éste la convicción infalible de que tal mandato le venía directamente de su Superior. En el caso opuesto el objetivo de aquella prueba no hubiera sido de alcanzar, o sea que en vez de reflexionar si había de llevar a cabo el mandato, Abraham tendría que haber reflexionado si era realmente un mandato lo que acababa de recibir. En otros términos: Abraham acepta la responsabilidad por una razón de Estado. El destino futuro del pueblo y la grandeza del Estado dependen del leal cumplimiento de todos los mandatos de la autoridad superior. Pero esta autoridad exige de él que sacrifique al propio hijo. Abraham tenía ciertamente la naturaleza de un soldado distinguido y estaba acostumbrado a ceñirse estrictamente a las instrucciones de arriba... aunque no carecía de cierta compasión por el destino de la familia. Cuando Dios le mandó sacrificar al fuego a su propio hijo no consideró necesario fundamentar el mandato. No es costumbre de los superiores explicar cada orden al subordinado. La esencia del mandato consiste en que debe ser ejecutado porque es un mandato, y no porque sea razonable y prometa buen resultado y esté examinado a fondo; no es en modo alguno indispensable que quien obedece comprenda el sentido del mandato... de otro modo todo marcha inevitablemente hacia la anarquía y el caos. Un subordinado que pregunta por el sentido del mandato recibido siembra el desorden, se pone de manifiesto como un razonador estéril. Es en el fondo un sabelotodo, un sujeto enemigo de la autoridad, del orden social y del sistema.

¿Pero cuando el mandato exige que debes matar a tu propio hijo?

El conflicto de Abraham es el habitual conflicto del soldado: Abraham sabía que se hallaba en medio de una situación no natural. Una prueba de ello la suministraba el hecho de que cuando se aproxima al lugar del sacrificio manda al sirviente quedarse atrás, que dio como pretexto querer ofrecer allí su adoración en compañía de su hijo y que se empeñaba en llevar a cabo aquel horripilante asunto sin ser observado de nadie. Ni tan siquiera al hijo le revela el objetivo de la excursión. Se proponía evitar que su hijo llegase a saber que era la víctima del padre.

Llegados que fueron al lugar propiamente dicho comenzó Abraham a amontonar la pila de leña con sumo cuidado. La tarea requería alguna habilidad en la ejecución ya que los leños caían unos sobre otros, de modo que Abraham se vio en la obligación de comenzar varias veces desde el principio. Isaac no tomaba parte alguna en los preparativos; sólo observaba recelosamente al padre; hizo algunas tímidas preguntas pero recibió respuestas refunfuñadas y de mala gana.

Por último aquel asunto no podía prolongarse más. Abraham no quiso explicarle al hijo nada tocante a su destino ya que esto no estaba comprendido en el mandato. Quería ahorrarle ese momento de terror. Su propósito era ultimarle con un golpe rápido aplicado desde atrás, un golpe bien calculado del que nadie tiene tiempo para darse cuenta de nada.

Pero todo esto no se cumplió. Isaac comenzó a trepar lentamente a la pila de leña donde su padre lo había mandado poner en orden pequeños detalles. Y ese fue el momento en que el padre levantó la pesada espada de bronce con que acostumbraba a sacrificar las víctimas, y fue también el momento en que resonó el grito del ángel: ¡Abraham, detente! Se escuchó entonces un alarido de espanto, el alarido de Isaac, cuando, al volver la cabeza, vio a su padre con el arma levantada, la vista expresando feroz resolución, los labios contraídos, y se desplomó desmayado. Dios se sonrió complacido y palmeó cariñosamente a Abraham en los hombros.

—Te portaste como corresponde —dijo con agradecimiento—, ahora ya sé que ante un mandato mío no perdonarás ni a tu propio hijo.

A continuación repitió la antigua promesa de multiplicar su pueblo y asistirlo en la aniquilación de sus enemigos.

—Porque escuchaste mi voz.

Con esto la historia llega a su término. Claro está que también hubiera podido acabar de manera diferente. O sea: que si Isaac no hubiera vuelto la cabeza en el último momento no hubiese llegado a conocer

nada de aquel suceso. Un momento después habría descendido de la pila de leña y observado a su padre tranquilamente de pie allí con la espada ya en la vaina. De ese modo toda la historia se hubiera desarrollado fuera del conocimiento de Isaac, sólo entre Abraham y Dios. Y habría servido como ilustración para una determinada especie de educación. Pero Isaac había visto: Abraham estaba contento porque había conquistado el reconocimiento de Dios, obtenido la confirmación de la futura grandeza del Estado, sin haber tenido que sacrificar, finalmente, a su hijo. Todo terminó bien y en el seno de la familia resonaron las risas. Isaac no se recuperó nunca de aquel tremendo shock; a partir de ese momento no se sostenía bien sobre las piernas y la sola vista del padre lo ponía malo. Pero vivió muchos años y tuvo éxito. Moraleja: Cualquiera intelectual afeminado, hombre histérico y lacrimoso, dirá tal vez que desde el punto de vista de la moral resulta indiferente si Abraham sacrificó a su hijo o si solamente levantó la espada para matarlo, y alguien se lo impidió. Pero nosotros somos de la opinión opuesta. . . nosotros, los hombres justos y correctos. Nosotros atendemos al resultado y sabemos que es completamente indiferente si tenía o no el propósito de matar. Pero lo cierto e innegable es que no mató. Por ese motivo nos reímos hasta caer al suelo frente a esa magnífica broma de Dios. Y por último, caigan ustedes mismos en la cuenta de que es un pícaro de siete suelas.

## ESAU, O DE LA RELACIÓN DE LA FILOSOFÍA CON EL COMERCIO

A muchas generaciones de la sucesión de Abraham les sucedió como a su tronco genealógico: tuvieron mujeres infecundas. Esta extraña regularidad fue regularmente interrumpida por la intervención de Dios, de suerte que a pesar de todo nacieron niños. Por lo pronto tal fue el caso de Rebeca, de la mujer de Isaac. Con la ayuda de Dios parió mellizos: el velludo y fuerte Esaú y el delicado Jacob.

Esaú, favorito del padre, se convirtió al crecer en joven sombrío y taciturno; pasaba sus días ocupado con la caza, evitaba el trato con los demás hombres, y como sentía vergüenza de su propia fealdad la aumentó todavía no ocupándose para nada de su aspecto exterior. Trabajaba duro, cazaba y roturaba la tierra todo el día. Jacob por el contrario era hermoso, bien ordenado el cabello, alegre y decididor. Con sus gracias sabía provocar la risa en todo el mundo y pasar sus horas en general dando paseos o jugando. Algunas veces solía ayudar a su madre —cuyo favorito era— en las tareas de la casa, si bien es verdad que un poco a regañadientes. Una vez que Jacob acababa de prepararse su comida de la noche, llegó Esaú muy cansado y agotado por el trabajo y le pidió que lo convidara un poco de aquella comida. Así tuvo lugar aquel trato hartamente conocido del mundo entero. Jacob le propuso al hermano hacer un cambio, diciendo que estaba dispuesto a renunciar a su comida contra la primogenitura de Esaú. Esaú, que a causa de sus malas maneras y del poco trato con los hombres poseía inclinación y talento para la filosofía, comenzó a reflexionar de este modo:

¿Qué significa primogenitura? El simple hecho de yo haber nacido primero. Claro está que un minuto antes, pero primero. El hecho como tal pertenece al pasado. Renunciar a la primogenitura significa por lo tanto modificar el pasado. Pero eso no es posible. El que quiera, por esto mismo, pagar por la modificación del pasado, es un estúpido. Y sin embargo se ha presentado uno de ellos. El sano sentido común establece que si puedo recibir algo por el hecho de que en la conciencia de algún otro el pasado se modifique, hasta vale la pena tomar un plato de lentejas. En rigor de verdad es imposible que lo que realmente ha sucedido deje de haber sucedido a consecuencia de una decisión posterior basada sobre una transacción nuestra. (Esaú era un representante del realismo epistemológico y creía firmemente que la sucesión temporal no puede ser anulada, es decir, estaba convencido de la inmodificable dirección del tiempo y de la inevitabilidad del pasado.) De ahí que el hecho de mi primogenitura sea una realidad invariable, y que toda la modificación consistirá en que Jacob afirme que es él el primogénito. De modo que le pago con una modificación ficticia, puramente burocrática, que en manera alguna toca a la esencia de las cosas. Al filósofo sólo le interesa la esencia, no el nombre... ergo: puedo proceder tranquilamente al cambio.

Pero Jacob, que también era filósofo, pero filósofo idealista y pragmático a causa de su holgazanería, veía las cosas de manera diferente.

¿Qué significa el pasado en sí? —pensaba. Ya el mismo concepto de pasado parte de que es algo que fue y que por lo tanto ha cesado de ser, es decir: algo que en términos generales no existe. Si hay algún lugar donde existe el pasado es sólo en mi representación o en la representación de algún otro. La afirmación de que existe un pasado independientemente de que alguien sepa o no algo a su respecto, no tiene sentido. El pasado se comporta en relación a la conciencia y fuera de esta conciencia no tiene ninguna existencia independiente. De modo que es posible modificar el pasado: basta modificar la conciencia del pasado para modificar en términos generales el pasado. Sólo hace falta que yo y otro par de hombres creamos simplemente en mi primogenitura, y ya me convierte efectivamente en el hijo primogénito. En modo alguno significa todo esto sólo un cambio de nombre; es un cambio de la esencia de la cosa, ya que no existe una "esencia" en sí de la cosa y, por consiguiente, sólo existen las consecuencias a que da lugar la esencia de la cosa que yo he admitido. Si las consecuencias de nuestro convenio son de tal suerte que yo aparezco realmente como el primogénito, luego la afirmación de que "conforme a la esencia de la cosa" el primogénito es Esaú, y que sólo las formas reales del fenómeno de esta esencia testimonian la primogenitura de Jacob. . . semejante afirmación es digna de un estúpido escolástico. No existe ninguna esencia que no se revele. Hasta Hegel hubiera dado pruebas sobre la cuestión, para no hablar de los positivistas, desde Buridan a Hume y Mill. Es por lo tanto risible sostener que todo en el mundo acontezca como si yo fuera el primogénito, si en algún lugar, en una invisible e impotente "esencia" de las cosas, sigue Esaú valiendo como primogénito. En rigor de verdad, no compro ningún nombre; yo devengo el primogénito y por cierto a un precio muy razonable. Como ambos hermanos, aunque partiendo de diferentes puntos de vista, llegaron sin embargo a conclusiones coincidentes y cada uno por su lado pensó que estaba haciendo un negocio estupendo, la transacción tuvo efecto con admirable rapidez. El satisfecho Jacob dio por añadidura a su hermano hasta un pedazo de pan más, poniendo así de manifiesto no sólo su probidad de mercader sino también su magnanimidad.

En la parte teórica la historia llegaba de ese modo a su término. Aunque es verdad que hizo madurar también algunas consecuencias prácticas. Jacob recogió con rapidez la posesión del padre y se convirtió, en calidad de gran conductor bajo el transformado nombre de Israel, en el padre de un gran pueblo. Como si ello fuera poco fue también el antepasado de David y por su intermedio el antepasado de José y por su intermedio el antepasado del Hijo de Dios.

Y todo eso por un plato de lentejas. El realista ingenuo de Esaú se reveló como un soñador insensato, el idealista Jacob, por el contrario. . . como un hombre sumamente práctico.

Tan pronto como empezaron a hacerse visibles las primeras consecuencias de aquel negocio, Esaú comenzó a lanzar gritos y a quejarse amargamente porque su hermano lo había estafado y engañado. Desde luego no tenía razón y con razón se convirtió en la risa de los demás. La transacción había tenido lugar en los términos más francos y ambos participantes sabían muy bien qué vendían o qué compraban. No había mediado secreto de ninguna clase. El impostor fue Esaú y no Jacob. Esaú se había engañado con su propia filosofía, la cual, en conflicto con la filosofía de Jacob, sencillamente no pudo sostenerse. Pero se consoló de la derrota pensando que su filosofía era consecuente en sí misma, ya que la "esencia" no había sido tocada y que solamente las consecuencias prácticas habían resultado desfavorables; pero como no era un pragmático tampoco pudo enjuiciar la filosofía desde un punto de vista pragmático, es decir, bajo el punto de vista de la ventaja que produce la adopción de esta o de aquella otra doctrina. De ahí que no estuviese equivocado en su concepción del mundo, aunque hay que convenir en que esto no le devolvió su antigua posesión. Para Jacob el asunto era completamente opuesto: su fe en el sistema filosófico que representaba se fortaleció ya que había enjuiciado su valor apoyándose en los criterios albergados dentro de su misma persona, o sea: conforme a su personal utilidad. De este modo las situaciones de la vida ejercen su influencia de una extraña manera sobre la filosofía.

De esta historia pueden deducirse numerosas conclusiones morales, pero yo deseo citar sólo las de mayor importancia y las que se ofrecen más espontáneamente.

Primera moraleja: La convicción de que marchamos por buen camino cuando nos adentramos en la "esencia de las cosas" tiene por base una exageración.

Segunda moraleja: De una pequeña modificación del pasado se puede extraer mucho beneficio.

Tercera moraleja: No es el pasado el que determina el futuro, sino todo lo contrario. Cuarta moraleja: El idealismo no es enemigo del comercio.

## DIOS, O DE QUE LA BONDAD ES RELATIVA

Esta historia es muy breve y sencilla; sólo brinda un punto de partida, una pregunta y la moraleja.

### *El punto de partida:*

El Salmista dice del Señor (salmo 136, 10 y 15): Él hirió al Egipto en sus primogénitos, porque su bondad dura eternamente; Él arrojó al Faraón y su ejército al Mar Rojo, porque su bondad dura eternamente.

### *La pregunta:*

¿Qué piensan el Egipto y el Faraón de la misericordia de Dios?

### *La moraleja:*

La misericordia y la caridad no pueden ser simultáneamente para todos. Cuando nuestra boca pronuncia esas palabras, preguntemos siempre: ¿para quién? Y cuando dispensamos alguna caridad hacia los pueblos, permitid que les preguntemos qué piensan acerca de ese tema.

Ejemplo: El Egipto.

## BALAAM, O EL PROBLEMA DE LA CULPA OBJETIVA

Balaam, hijo de Beor, emprendió por encargo de Dios un viaje misional para atender trascendentales asuntos de Estado, e iba caballero sobre una burra. No le gustó sin embargo a Dios el camino escogido por aquél y envió a un ángel para que Balaám se detuviera. Obró pues de manera que el ángel con la espada desnuda sólo resultaba visible para la burra —cosa que por lo demás suele suceder con frecuencia—. Así que vio el impedimento actuó la burra muy razonablemente y abandonó el camino; Balaám, que no había visto al ángel, actuó también muy razonablemente y le dio un golpe con el palo para obligarla a retornar al camino. La operación se repitió tres veces, hasta que por último Dios le concedió lenguaje humano a la burra, y ésta dijo a voz en grito:

— ¿Qué te he hecho para que me hayas castigado por tercera vez? Balaám, no especialmente maravillado por su lenguaje, ya que por aquellos tiempos sucedían también muchas otras cosas, replicó lleno de cólera:

— ¡Te estás burlando de mí! Lástima grande que no tenga aquí una espada, de otro modo ya te enseñaba yo a marchar... Dios, que había hablado por la boca de aquella sencilla y sumisa bestia de carga, vaciló mucho tiempo antes de comunicar al caballero de qué asunto se trataba. Antes por el contrario se puso a discutir allí con Balaám que ya estaba pálido de furor. Hasta que finalmente sintió conmiseración de ambos e hizo que el ángel también fuese visible para Balaám. Y éste de inmediato comprendió toda la situación. El ángel sin embargo comenzó a increparlo:

— ¿Por qué maltratabas a este desdichado animal? Esta burra —siguió diciendo a voz en cuello— te ha salvado la vida. Si ella hubiera seguido avanzando yo te hubiese aniquilado con este hierro, y a ella la habría dejado con vida.

—Oh, mi señor —se disculpó Balaám—. ¿Cómo habría podido verte cuando no apareciste ante mis ojos?

—Yo no pregunto si me viste —dijo gritando el ángel—; te pregunto por qué castigabas a este desdichado animal.

—Pero mi bienhechor. .. —tartamudeó Balaám— le pegaba porque no me obedecía; cualquier otro hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

—No le cargues la culpa a los "otros" —continuó vociferando el ángel—, aquí estamos hablando de ti y no de los "otros". Ella se te oponía porque así se lo había ordenado yo. Mientras la castigabas te oponías a mí, que soy tu Superior, y también a Dios, que me había enviado y que es un Superior de mayor elevación.

—Pero venerado, amado, adorado señor —gimió Balaám—, pero yo no te había visto, ¿cómo podía entonces?...

—Nuevamente estás hablando de otro tema —lo interrumpió el ángel—, siempre sois iguales. Cada uno peca y dice después que nada vio. Habría que cerrar el infierno si se fuera a dar fe a todos esos pretextos. Tú has pecado objetivamente, ¿comprendes? Tú te has opuesto a Dios objetivamente.

—Comprendo —dijo Balaám, triste y deprimido. Estaba allí de pie, en medio del camino, menudo, regordete, desdichado y limpiándose el sudor del cráneo completamente calvo—. Comprendo, soy un pecador objetivo, o sea un pecador en general. Primero pequé por no haberte visto. En segundo término pequé a causa de haber castigado al inocente animal. En tercer término pequé porque quise seguir camino adelante contra la prohibición de Dios. En cuarto lugar he pecado por haber discutido contigo. Soy una bolsa de pecados, un sucio desperdicio para el cual el mismo infierno sería un acto de piedad. He pecado mucho, ¡oh, señor! Ten piedad, señor. Todo proviene de esta maldita violencia.

— Bueno; basta ya de tus justificaciones —murmuró el ángel, algo más tranquilo— ahora sigue tu viaje.

— ¿Hacia qué dirección, señor? —preguntó Balaám.

—En la misma que tomaste al principio —contestó el ángel.

Balaám emitió un profundo suspiro y rompió a llorar:

—Pero tú me detuviste, señor.

—Cierto que lo hice, pero ahora puedes seguir a lomo de tu burra —dijo el ángel.

— ¿Para qué me detuviste entonces, oh, señor?

—Deja ya de filosofar, pecador; Dios así lo quiso. Resignado volvió a montar Balaám en su burra, la que al punto se puso a trotar y dijo:

—En resumidas cuentas resulto yo la más perjudicada; mi amo sólo ha sufrido una contrariedad, pero a mí me sigue doliendo el lomo.

Y ambos fueron alejándose por el camino.

Esta historia permite una serie de conclusiones morales, pero no vamos a citarlas a todas. Sólo haremos mención de lo siguiente: Si el ángel hubiera sido también visible para Balaám, éste habría dirigido a la burra la que obedientemente hubiese dejado el camino que llevaban. Pero en ese caso no habría podido llevar a cabo acción meritoria alguna, dado que. . . ¿qué mérito tiene evitar un obstáculo visible? El mérito existe cuando se evita uno invisible. Pero esto él no quiso hacerlo.

Primera moraleja: No subestimemos la voz de un animal... pues eventualmente suele saber algo mejor que nosotros.

Segunda moraleja: La ignorancia es un pecado, y en la medida en que nos justifiquemos con la ignorancia al viejo pecado agregamos uno nuevo.

Tercera moraleja: Habla contra la sana inteligencia humana utilizar la sana inteligencia humana en una discusión con la inteligencia absoluta.

Cuarta moraleja: Del pecado objetivo ni siquiera Dios puede librarnos.

Quinta moraleja: Así son las consecuencias cuando dos personas se conducen razonablemente, pero partiendo cada una de ellas de supuestos diferentes.

## EL REY SAÚL, O DE LAS DOS FORMAS DE ACTUAR CON LÓGICA EN LA VIDA

Muy raramente junta la naturaleza carácter e intelecto en una sola persona. Esta previsión está muy bien fundada y podría desde luego inducir a una profunda admiración de la sabiduría del Creador, si no hubiera además tantas otras leyes que configuran el fundamento de su mundo. Pero aquí se trata ahora de la ley que ponderamos.

Una variante de lo dicho es la inclinación de la naturaleza a reunir sólo muy raramente en un talento militar un vasto horizonte espiritual y una universal inteligencia. Esto resulta comprensible por tratarse de cualidades antagónicas. Es efectivamente fácil de observar que la virtud de un jefe militar consiste en mostrar independencia dentro de los límites de la orden recibida. Toda orden deja cierto campo de acción para acontecimientos imprevistos, del cual quien ha recibido la orden ha de servirse con la mayor habilidad posible a fin de cumplir el objetivo de aquélla. Pero el que da la orden está perdido cuando comienza a reflexionar sobre algo que está fuera de los límites de esa orden; por ejemplo: sobre el objetivo general que persigue esta última. Para él el valor radica en limitar su campo visual. Un oficial demasiado inteligente que emprende una determinada acción querrá, con ocasión de dicha acción, ganar en lo posible toda la guerra y hasta liberar a la humanidad: la consecuencia de ello es que su acción se malogra, que él pierde el pequeño combate. O sea que la inteligencia posee la natural inclinación de sobrepasar constantemente los límites que ella se ha impuesto o que otros le han impuesto; procura confrontar entre sí dice-rentes puntos de vista, indaga la razón de ser de las opiniones, cuáles decisiones u órdenes ya pronunciadas están en contradicción. Soporta mal la subordinación y el orden estricto y el marchar a paso acompasado lo considera indigno. Como consecuencia de esto de ella pueden resultar fácilmente desertores y también caracteres débiles. Es propio de la naturaleza del talento militar el talento de limitar estrictamente los objetivos que se quiere alcanzar. Tal es la moraleja de mayor importancia que se desprende de la historia de la grandeza y caída del rey Saúl —uno de los capítulos más apasionantes de la Sagrada Escritura.

Era Saúl evidentemente el jefe militar ideal. Este hijo de un pobre pastor de la estirpe de Benjamín, que por la voluntad de la Providencia fue ungido con la dignidad de rey y que a causa de sus maneras campesinas y de su trato simple soportó crueles burlas, llegó merced a su modestia, su firmeza y su férrea voluntad finalmente a conquistar el reconocimiento universal. Algunas operaciones militares victoriosas le granjearon la fama de brillante estratega, y el hecho de que condenara a muerte a su propio hijo al comprobarse su complicidad en un pasajero traspie durante la batalla, le aseguró la general admiración del pueblo. El clamor de éste salvó al joven Jonatán del rigor paterno. El irreprochable capitán que era Saúl sabía muy bien que el destino del mundo depende de la observancia absoluta de las órdenes que son dadas desde un sitio más elevado. El personalmente, Saúl, las recibía de Dios por intermediación de Samuel, hombre de gran sabiduría que le era superior en edad. Cuando éste recibía una orden, Saúl, que era un hombre sencillo, no conocía temor ni escrúpulos; sentía la dicha de que su actividad poseyese límites bien trazados dentro de los cuales todo estaba permitido, pero que no estaba permitido sobrepasarlos.

Pues bien, un buen día sucedió lo siguiente: Dios se acordó de que los amalecitas algunos siglos antes habían hecho frente a su pueblo con ocasión del éxodo de Egipto. En el recuerdo de los hombres este acontecimiento había empalidecido desde mucho tiempo, pero para esa clase de cosas Dios conservaba una memoria prodigiosa. No contento con la derrota infligida en aquella ocasión al enemigo, quiso castigarlo una vez más y ordenó a Saúl caer sobre la ciudad y acabar sin piedad alguna con todo lo que camina: hombres, mujeres, niños, lactantes, bueyes, ovejas, camellos y asnos.

Alegremente puso Saúl manos a la obra, y hubiera ejecutado a las mil maravillas el encargo, de no haberle salido al paso una pequeña traba. Samuel, su maestro, no hacía mucho que había concebido el vehemente deseo de elevar un poco el nivel general del rey, y al efecto comenzó a inficionarle el espíritu con la filosofía.

Así las cosas, le metió en la cabeza fuera de las órdenes concretas cierta especie de conciencia universal, explicándole que debía esforzarse por el bienestar de su pueblo, por su buen nombre y por su poder material. De este modo Samuel corrompió a Saúl con la doctrina, o sea con un principio universal del que nada concreto resulta en virtud de que cada cual lo interpreta a su manera. Le inculcó al rey ambiciones filosóficas que debían resultarle fatales. Después que los guerreros de Saúl hubieron aniquilado la población amalecita completa, trajeron a su presencia al príncipe Agag en calidad de prisionero. Saúl comenzó a filosofar: "Fuera cosa muy sencilla matar al príncipe ya que lo tengo en mi poder. Pero es el caso que está solo, completamente inofensivo. Mi cometido consiste en cuidar por el bienestar de mi pueblo. Si no le corto la cabeza al prisionero estoy asegurándole a mi pueblo la fama de su magnanimidad y de su piedad, lo cual vale mucho más que la vida de un príncipe." Así que no le cortó la cabeza al Príncipe, en nombre de su pueblo y contra el mandato de Dios. En seguida cometió una segunda falta. Agotado por la duración de la guerra al pueblo de Israel no le iba nada bien en sentido material: los rebaños se habían consumido y las perspectivas de la cría de ganado para el año próximo eran completamente lamentables. "En beneficio de mi pueblo 'no sacrificaré el ganado más valioso —ovejas, toros, asnos— y de ese modo renovaré nuestras crías", pensaba Saúl y actuaba de conformidad. De esta manera sobrepasaba sus derechos por segunda vez en nombre de una ley que le había inyectado su maestro. Todo esto |lo hizo por lo demás también bajo la presión de la opinión pública de los intereses naturales del pueblo. Una parte considerable del ganado obtenido como botín lo destinó para el sacrificio que presentó ante Dios. El estallido de la tempestad no se hizo esperar mucho. Dios estaba indignado con Samuel como si éste tuviera la culpa de todo, y por su parte Samuel trató de indemnizarse de esta humillación enfrentándose con Saúl.

—Dios prefiere mucho más obediencia que sacrificio —dijo con brutal energía—, y exige que se ejecute las órdenes concretas y que no se interprete por propia cuenta las leyes universales.

—Yo he seguido la voz del pueblo y quise manifestarle conformidad —explicó Saúl con titubeos.

Samuel rió con amargura. Mandó traer de nuevo al príncipe Agag y con un filoso cuchillo lo dividió minuciosamente en pedazos: pies, piernas, manos, brazos, cabeza. . . con lo cual a Agag le fue mal con las premisas de continuar la vida aquí abajo y se vio repentinamente inserto en aquel otro mundo donde, aún desintegrado en átomos, es posible vivir. Acto seguido Samuel mandó sacrificar el ganado.

No fue con regocijado corazón como Samuel echó sobre sí la ejecución de este trabajo. Bien sabía que con ello la carrera de su discípulo favorito había llegado a su término; él mismo la había aniquilado; aún cuando no era Samuel por naturaleza más cruel que el propio Saúl, sabía muy bien qué significaba una orden militar, y tenía clarísima conciencia de que la alteración de una orden por razones filosóficas significa lo mismo que si al generalísimo se le explica que se sabe filosofía y táctica mejor que él. Por otra parte la voluntad de ese generalísimo es la única fuente de la filosofía, y en nombre de la filosofía alterar las órdenes significa, por lo tanto, oponerse en nombre de la voluntad del superior a la voluntad del superior misma, o sea, incurrir en una íntima contradicción. El rey Saúl se convirtió, en virtud de su comportamiento, en un objeto íntimamente contradictorio, impensable, en una pura ficción. Aviase destruido a sí mismo, y no puede sorprender que dejara de existir como rey. Luego de esta derrota Samuel vivió largo tiempo hundido en la desesperación, porque había invertido mucho esfuerzo y entusiasmo en la educación de Saúl, aunque echó de ver que ese epílogo había sido inevitable. Nadie había destruido la existencia de Saúl, él mismo la había llevado a la aniquilación cuando quiso atravesar sus límites en nombre de las mismas leyes sobre cuya base le habían sido prescritos esos límites precisamente. Puso pues en movimiento un mecanismo de contradicciones que terminó por reducirlo a polvo.

¿Y la moraleja de esta historia? La moraleja ya ha sido formulada, pero cabe expresarla también así: Se puede actuar conforme a una orden o bien conforme a una doctrina, pero no siempre conforme a las dos simultáneamente.

RAHAB, O DE LA SOLEDAD REAL Y DE LA PRESUNTA

El libro de Josué habla del conocido caso de espionaje relativo a moralidad, música, crímenes, que tuvo por escenario la ciudad de Jericó. O sea que Josué recibió de Dios la seguridad de que conquistaría la ciudad de Jericó como asimismo otros territorios. Por una razón inescrutable no se sintió contento Josué con semejante promesa —aunque realmente hubiera podido dormir con la seguridad del triunfo—, sino que envió, antes de comenzar con el asedio, en todo caso a dos funcionarios de defensa para que se introdujesen en la ciudad, los cuales, como suele ser de rigor en casos semejantes, iban ricamente provistos de dineros de aquel lugar. Tratábase de dos mozos jóvenes muy avisados pero algo atolondrados.

No bien pisaron la ciudad cuando ya resolvieron no dejar escapar ninguna de las diversas alegrías de la civilización de las cuales podría prescindirse en el servicio militar; y como no era poco el dinero que tenían en la faltriquera, llegada la noche se dieron a buscar por las diferentes calles ciertas casas de farol colorado. De éstas las había en cierto número, ya que aquella ciudad se preciaba del alto nivel cultural alcanzado. Pronto dieron con el objetivo perseguido y cayeron —guiados no se sabe por qué sobrehumana intuición— a la casa de una cierta dama de nombre Rahab. Era ésta una persona de malas costumbres ya que ganaba su sustento comerciando con sus encantos corporales. Desgraciadamente estos encantos se iban consumiendo poco a poco, razón por la cual la gordita Rahab, que era ya una persona madura, trabajaba con clientes muy pobres y a tarifa bastante baja, con el resultado de que cada vez ganaba menos. Luego de la dura vida del campamento los dos mozos no anduvieron eligiendo mucho y se dieron por ampliamente satisfechos con la ya marchita hetaira. Pero así que bebieron cierta cantidad comenzaron a pavonearse tontamente y soltaron la lengua acerca de la misión de espionaje que traían. Demasiado tarde cayeron en la cuenta de lo que estaban haciendo. Rahab los tenía encerrados en un puño. Encarecidamente le rogaron tuviese piedad con ellos, pero es muy poca la piedad que personas de la actividad de Rahab reciben como para que puedan concederla a otros. Con suma rapidez Rahab se puso a meditar lo siguiente: "Es casi seguro que el enemigo tomará la ciudad ya que sé que tiene a Dios por aliado.

Este es el punto de partida. Y ahora la alternativa: O entrego estos espías a la policía, ganando méritos a los ojos del príncipe y demostrando lealtad a esta ciudad, pero perdiendo la cabeza a la entrada del enemigo; o los tengo escondidos en mi casa para reclamar después protección de los ocupantes de la ciudad, arriesgando la vida hasta que lleguen. Ocultando a sus enemigos por cierto que estoy traicionando a la ciudad y al príncipe, pero tal vez yo debiera agregar esta reflexión. ...: ¿soy acaso deudora de esta mi ciudad natal, que siempre me ha escupido a la cara y que, aun cuando se salve, en algunos pocos años me dejará morir de hambre? Aquí vivo, por lo demás, aislada como en una ciudad vacía. No tengo que atender a los remordimientos de conciencia de los moralistas. De modo que tengo que elegir entre una posible muerte en el curso de la semana próxima y la muerte segura después de la toma de la ciudad. No es una elección fácil ya que la muerte segura ofrece la ventaja de que se tiene un poco más de tiempo, y la muerte posible la enfrente desde este momento mismo. Entre un incierto mal ahora y aquí y el seguro mal en el futuro no se puede escoger razonablemente. Elijo a ciegas: salvaré a los espías. Algunas semanas de angustia, pero después... ¡qué vida! Pielles, joyas, todos los días placeres, asistencia a la ópera... y, tal vez, quién sabe... ¿no me propondrá casamiento alguno de los capitanes? ¡Para esos bárbaros todavía soy bastante joven!"

Tras estas reflexiones ajustó Rahab un pacto con los espías: ella se comprometía a ocultarlos y después a secundarlos en la fuga si ellos a su vez la salvaban junto con su familia cuando la ciudad cayese en manos de Josué. Pusiéronse de acuerdo en lo relativo a las contraseñas y así se cerró la parte de la historia correspondiente al espionaje y costumbres.

A continuación dio comienzo la parte musical. Dios había meditado con toda precisión el plan del asedio a la ciudad y Josué se atuvo concienzudamente a las instrucciones. En vez de rodear la ciudad con máquinas de sitio y piezas de artillería, tal como habría aconsejado el sano sentido común, reunió una orquesta de instrumentos de viento ejecutados por sacerdotes y les mandó cabalgar a lo largo de los muros de la ciudad a tiempo que tocaban marchas militares. Por detrás traían un pliego con condiciones de reconciliación, por delante marchaba el ejército. Durante siete días los sacerdotes soplaron en sus trombones y ya estaban aniquilados de fatiga, y la mayoría empezó a sentir inflamaciones de garganta y dilataciones pulmonares, debido a que también los sacerdotes son seres humanos. Los soldados rezongaban y se mostraban descontentos ya que estaban convencidos de que el comando se empeñaba en exponerlos al ridículo. Los jericóenses desde lo alto de los muros se mofaban de los enemigos y los trataban de locos. Pero al llegar el séptimo día la orquesta sopló con tal fuerza que a los sacerdotes les saltaron los ojos de las órbitas. Al mismo tiempo todo el ejército recibió la orden de gritar lo más fuerte posible, y entonces, por modo maravilloso, los muros comenzaron a desmoronarse por los suelos convertidos en polvo.

De inmediato empezó la parte homicida de esta historia:

A la orden de Dios los guerreros se abalanzaron sobre la ciudad y comenzó la carnicería de que da noticias la Escritura, sobre: "hombres, mujeres, jóvenes y viejos, ganado, ovejas y asnos". Los tesoros fueron a parar a las manos de los sacerdotes, y toda la ciudad, con excepción de una sola casa, fue entregada a las llamas. La casa respetada era la de Rahab. El ejército cumplió con su palabra: respetó vivienda, mobiliario y familia de la prostituta. Algunos oficiales pusieron algunos reparos en su virtud, pero Rahab reclamó ante el alto comando del ejército y fue desagraviada. Cuando las tropas se retiraron Rahab se echó al suelo llorando desconsoladamente. Se quedaba sola en aquella ciudad vacía de hombres, viviendo en la única casa conservada en medio del montón de escombros. Pero sola con los cadáveres, con el polvo y el humo del incendio, sin amigos, sin cariño, sin clientes. Nadie le había regalado pieles, adornos y chucherías, nadie la había invitado a la ópera; ningún oficial le propuso casamiento. Nada quedaba fuera de una vida solitaria y vacía en medio de la completa desolación. Ese fue el final.

En el curso de esta historia llama sobre todo la atención lo siguiente: En sentido físico es imposible que el solo grito de guerra y el ruido de siete trombones den por tierra con el muro de una ciudad, de manera que tiene que haberse tratado de un milagro. Pero si es cierto que Dios quería obrar en resumidas cuentas un milagro, qué necesidad tuvo de ordenar a todo un ejército el atormentarse y ponerse en ridículo durante toda una semana, obligando a los sacerdotes a arruinar su salud y a poner en juego su autoridad entre el pueblo, ya que, ¿quién puede respetar a sacerdotes que se la pasan soplando en una orquesta de vientos? ¿Para qué?, pregunto yo, y sólo encuentro dos posibles explicaciones:

O bien ama Dios de tal modo las marchas militares que de repente experimenta el fuerte deseo de escuchar las más posibles, o bien el asunto fue sencillamente un acte gratuit, una broma puramente surrealista que quiso permitirse con sus criaturas. En el segundo caso habría hecho gala de una cantidad considerable de humor, pero como yo creo conocer algo su carácter el primero me parece más probable. ¡Qué lástima. .. que optara por algo así entre tantas y tantas posibilidades!

En efecto... incluso con posterioridad no se ahorró ningún esfuerzo con tal de poder gozar de las marchas militares en el mayor número posible. Hasta el día de hoy parece no tener bastante. Y he aquí algunas conclusiones morales relativas a esta historia:

Primera moraleja tocante a la situación de Rahab: Para salvar la propia cabeza en medio de los grandes conflictos no basta con la prostitución corporal.

Segunda moraleja tocante a la situación de los espiones: El dedo de la Providencia puede conducir a los hombres a los lugares más extraños, pero siempre existe detrás de todo un secreto fundamento que es de importancia para el bienestar de la humanidad.

Tercera moraleja tocante a la situación de Rahab: No aseguremos tan precipitadamente que "estamos solos en medio de la multitud". El día que llegemos a estar realmente solos ya vamos a comprender la diferencia.. .

Cuarta moraleja tocante a la situación en general: Toquemos el trombón, toquemos el trombón. . . ¡quién sabe si no sucede algún milagro!

## JOB, O DE LAS CONTRADICCIONES DE LA VIRTUD

La historia del piadoso Job tiene su Prólogo en el Cielo que resulta muy similar al Prólogo en el Cielo del Fausto de Goethe. Tuvo lugar de la siguiente manera: En la más elevada esfera del Cielo había un elegante bar

donde Jehová tenía por costumbre recibir las informaciones de sus emisarios en la tierra y donde también el Diablo hacía sus apariciones de tarde en tarde. Este bar ostentaba el gracioso nombre de COCO-FLI, compuesto de las abreviaturas de diferentes denominaciones que subrayaban el grado de las relaciones entre ambos competidores, a saber: Coexistence-Co-Operation-Friendship-Love-Identity. Sucedió pues una vez que Jehová estaba sentado allí saboreando el agua mineral, su bebida favorita, cuando repentinamente hizo su irrupción el Diablo y le mandó al encargado del bar le sirviese un coñac. Por espacio de cierto tiempo el Diablo estuvo fumando sin decir palabra, soplando sin duda por descuido bocanadas del picante humo de su cigarrillo en plena cara de Jehová, quien rojo de ira pugnaba por aire puro. Después dijo con estudiada indiferencia dirigiéndose al encargado del bar:

—Mire usted, acabo precisamente de regresar con buenas noticias de un paseo por la Tierra. Buenas, en fin, desde mi punto de vista —agregó con indolencia.

—Hum. .. —murmuró el hombre del bar, que era neutralista.

—Sí, efectivamente —continuó diciendo el Diablo—, muy buenas noticias. Cierta pastor que por lo demás es muy piadoso, engaña sistemáticamente a su mujer, y todo permite deducir que será uno de nuestros clientes.

Jehová se balanceaba a un lado y a otro y alejó la copa en que bebía.

—Un joven barquero de la ribera del Tigris —continuó diciendo el Diablo—, asesinó al padre y a la madre, en seguida se puso a comer carne de cerdo y a beber grandes tragos de leche. Este es un caso asegurado.

Temblando de rabia Jehová aplicó un golpe de puño en la mesa.

—La vieja mujer de un pescador —dijo a continuación el Diablo haciendo como si no echara de ver la sobreexcitación de su rival— después de la pérdida de su hijo renegó de Dios y maldijo todos los mandamientos de Jehová. A esa tal ya la tenemos casi casi en la bolsa.

Llegado ese momento, Jehová ya no pudo contenerse más. Con gran estrépito dio vuelta la mesa patas para arriba y se puso de pie. Luego gritó en tono furibundo:

—Y a Job, ¿no lo has visto acaso?

El Diablo se volvió con expresión de amable sorpresa. Estaban el uno frente al otro —Jehová, gigantesco, ancho de espaldas, con su poderosa cabellera, sencillamente ataviado a la usanza de labrador, y el Diablo, menudo, elegante, con su alargado rostro de intelectual y luciendo un magnífico brillante en el dedo.

—¿Job? —preguntó con negligente cortesía—. Sí, lo he visto. Un buen muchacho, pero no muy listo.

—Tal vez tengas también ganas de comértelo —dijo en tono de burla Jehová—. Bueno, a ver, ¿a quién ha matado Job? ¿O es que acaso renegó también él?

El Diablo hizo una profunda reverencia sonriéndose.

—No, ese tal Job es tu mejor servidor, un ejemplo del piadoso temor. Tiembla de miedo de sólo pensar en ti, y en nuestra humilde oficina ni siquiera tiene cuenta abierta. No hace nada de malo porque no tiene motivos, es decir, todo le va admirablemente bien, administra su gigantesca posesión y pasa sus días en ágapes preparados según el rito hebreo. ¿Por qué había de renegar?

—Ya ves —manifestó en tono triunfal Jehová, para quien la ironía de Satán era tejido demasiado sutil—, y sin embargo estás cacareando como si hubieses conquistado el mundo entero. Una sombra de desagrado se deslizó por la cara del Diablo. —Aclaremos los tantos —dijo con tranquilidad—; admito que tú has distribuido a los hombres de una manera altamente desventajosa para ti, o sea de manera en extremo magnánima. Con excepción de un solo pueblo, has colocado todo el resto de la humanidad a mi disposición, prácticamente hablando, ordenándole al pueblo que para ti elegiste aniquilara a todos los demás, por lo cual los pertenecientes a esos otros pueblos se trasladan con gran rapidez y en masa a un... mundo mejor, digamos así, y pueblan todos mis hoteles. Por otra parte has hecho de tal modo la naturaleza del hombre que en términos generales la bondad se presenta acoplada al éxito y las dificultades de la vida arrastran hacia el delito. Simultáneamente creaste para los hombres las peores condiciones de existencia que es dado imaginar, por cuyo motivo la abrumadora mayoría de ellos está como estancada hasta las orejas en trapacerías, latrocinios, intrigas y llena de envidias y bajos deseos y ambiciones, para no hablar de adulterio, el cual frente a los demás pecados ya casi no cuenta en absoluto. Te ruego que tengas muy en cuenta que en modo alguno pretendo criticar esta constitución del mundo y que no indago si está organizado así por propósito deliberado o por incapacidad —yo sólo me limito a dejar constancia—. En semejantes condiciones, sólo una muy ínfima parte de la humanidad tiene probabilidades de advenir a tus maravillosos huertos que huelen a leche y trigos y que están colmados de dulces melodías de flauta decir, esa pequeña parte formada por aquellos que

viven tan satisfechos que no tienen motivos para pecar y por aquellos otros que de temor ante ti les falta el ánimo para cometer delitos. Fuera, es, de muy pocas excepciones todas tus gentes son cobardes y satisfechos. Job está colmado, y yo no tengo duda de que seguirá siéndote leal hasta tanto esté colmado y satisfecho. Pero quítale el estar y con su alma engrosarás la lista de mi registro.

Jehová, que escuchó con atenta desconfianza, de todo el discurso de Satán sólo comprendió aquella última proposición y al punto lanzó un grito de hipócrita seguridad en sí mismo:

— ¡Aceptado! Haz lo que quieras con su hacienda, su familia y su casa, pero no pongas tu mano sobre él. Verás que nada basta a conmovier su fidelidad.

— ¡Espléndido! —Contestó el Diablo con alegría y bebió la cuarta copa de coñac—, pero sólo bajo la condición de que no le prestes tu ayuda.

El convenio quedó ajustado. Jehová regresó a su mesa y el Diablo a la Tierra. Puso en seguida manos a la obra y con facilidad logró en el curso de un día que los sábeos tomaran los asnos y los bueyes de Job y acabaran a filo de espada con una parte de sus esclavos. A continuación hizo que los caldeos atacaran llevándose los camellos y aniquilando a filo de espada otra parte de los esclavos. Con rayos acabó después las ovejas de Job y el resto de sus esclavos. Posteriormente hizo morir también a sus diez hijos.

Jehová contemplaba este comienzo y sonreía con astucia.

—Le ganaré la apuesta —murmuró, ya que después de esos acontecimientos Job cayó de rodillas y adoró a Dios, aludiendo de viva voz a las mercedes de Jehová.

Al día siguiente en el bar COCOFLI tuvo lugar el siguiente diálogo. Jehová daba grandes voces expresando su sentimiento y el orgullo del triunfo:

—¿Y ahora? ¿No lo había dicho yo? ¿Dónde están ahora tus estúpidas teorías que por lo demás nadie comprende? ¿Quién posee a Job? ¡Ja, ja! No tú por cierto. Es reconfortante de ver de qué manera me adora Job. No, querido mío, te equivocaste en el cálculo. La lealtad es la lealtad, no hay nada que hacerle. Vas a reventar de cólera, Job es mío:

—Como creo haber observado ya —dijo con cierta fatiga el Diablo—, la experiencia enseña que tus hombres, salvo algunas pocas excepciones, son todos satisfechos y cobardes. Job te fue leal en su calidad de satisfecho, ahora te lo es en su calidad de cobarde. El temor que te tiene le impide censurarte. Convengo en que subestimé la magnitud de su cobardía. Pero ese resto de resignación desaparecerá tan pronto como toquemos directamente a su hueso y a su carne.

— ¡Convenido! —gritó Jehová y se frotó las manos con alegría. Luego aplicó con tal fuerza un golpe en la mesa que derribó la copa con el agua mineral—. Haz con él como tú quieras, pero no toques a su vida.

Sin tardanza alguna volvió el Diablo a la Tierra e inficionó a Job con una desagradable enfermedad de la piel, a la que agregó multitud de otras enfermedades no menos desagradables: enfermedades del intestino, de los riñones, del corazón, de los pulmones, de las articulaciones y de la médula espinal. Acurrucado de dolor yacía Job sobre las ruinas de su casa y en medio de la desventura y la desesperación continuaba adorando a Dios. Su mujer estaba junto a él y le reprochaba a gritos su absurda piedad:

—¡Ahí tienes tú a tu Jehová, y todavía lo sigues adorando! Ya estás a punto de morir y sabes bien que todo lo que se cuenta de otro mundo son puras leyendas. ¡Si realmente existe otro mundo no ha de ser mejor que este! ¡Basta! ¡Por lo menos abomina de tu Dios tanto como puedas!

—Eres fatua —gimió amargamente Job y levantó penosamente la cabeza—. Nuestra moral consiste en agradecer a Dios no sólo el bien sino también el mal que nos envía. De otro modo no habría mérito alguno en nosotros; ser agradecido por el bien que se nos hace está al alcance de cualquier canalla. Pero yo siento orgullo de adorar a Dios por mi desdicha. No he de renegar; conservaré mi lealtad por mi Señor, en quien he depositado mi confianza.

— ¡Pero para qué! —vociferó la mujer.

—Ya lo dije, para cumplir con mi devoción.

—Pero si Jehová, al que has jurado lealtad, se manifiesta malo, con tu lealtad no haces sino ayudar al Mal.

—Eso no tiene importancia —contestó Job—. Yo no permanezco leal para hacer bien sino para permanecer leal. El medio y el fin son aquí idénticos.

El Diablo escuchó toda esa conversación con una triste sonrisa y después regresó al bar donde lo esperaba un Jehová resplandeciente y lleno de júbilo.

—Ya vez, ya vez —dijo Jehová en elevado tono de voz—, tú filosofas, sutilizas, pero el hombre sencillo sabe exactamente lo que debe hacer y no presta atención a tu estúpida cháchara.

—La cosa se presenta como si yo hubiera perdido la apuesta —dijo serenamente el Diablo—, pero el valor de tu triunfo es en extremo dudoso. Y esto por tres circunstancias que te mencionaré:

En primer lugar, tu victoria no invalida en rigor de verdad el contenido de mi doctrina, a saber: yo dije que constituyen algunas pocas excepciones los hombres que te son fieles por la fidelidad misma. Pero mi racionalismo me ordena desde luego no darme por satisfecho con la afirmación de que hay excepciones. Me es imprescindible también conocer sus causas. Por norma general los hombres se comportan de manera irracional: por lo demás eso tendrías que saberlo ya que fuiste tú quien los construyó así. Sin embargo en su comportamiento obedecen a ciertas leyes, de modo que en la mayoría de los casos resulta previsible: los hombres responden a los sucesos, tal como corresponde a las necesidades de sus cuerpos. Caractericemos ese comportamiento —aludo al comportamiento que corresponde a cada situación que presenta la vida— sencillamente con la vaga expresión de racional. Vistas así las cosas admito que en el caso Job he sobreestimado la racionalidad del comportamiento humano. Ya que resultó que él respondió al estímulo de los sucesos de manera más absurda de lo que yo había pensado. Como consecuencia de su falta de pensamiento tú alcanzaste este triunfo lamentable. Job creía en el férreo poder de la ley de la fidelidad y decidió mantenerse fiel a su antiguo protector, incluso en el momento en que éste se convirtió en un verdugo. Según yo opino es ésta la cima del modo de comportamiento más irracional.. aunque mi conocimiento del mundo contaba con semejante posibilidad. Con respecto a este caso particular he incurrido en un error, pero no por ello voy a modificar mi imagen de la realidad. En segundo lugar, he recibido también una modesta satisfacción por el hecho de que si bien Job te mantuvo su lealtad, su mujer se acordó de ti con un insulto blasfematorio. De modo que salí ganando un alma.

En tercer lugar, para terminar, las condiciones del convenio no fueron cumplidas, ya que en secreto le ayudaste a tu servidor a persistir en su constancia y su virtud.

— ¿De qué modo lo he ayudado? —vociferó Jehová.

—Naturalmente —dijo el Diablo—, si sostienes otra cosa incurres en herejía, en molinismo, en pelagianismo, que por otra parte son características mías. Desde el punto de vista teológico es completamente seguro que es imposible la virtud sin tu participación. En caso de que la obra de San Agustín sobre el *Libre albedrío*, la cual es muy ambigua, no te haya convencido al respecto, coge las conclusiones del Concilio tridentino de ese anaquel de libros y lee el apartado *De iustificatione*.

—No soy muy entendido en cuestiones de teología —confesó Jehová en tono inseguro—, y dicho con toda sinceridad, en general escapan a mi comprensión todas esas discusiones. Claro está que no deseo incurrir en herejía. Pero en resolución, si lo he ayudado, por tu parte tú has hecho lo mismo, pero en dirección opuesta.

—Oh, no —replicó el Diablo—, yo sólo he proporcionado las circunstancias externas que debían inducir a Job al pecado. Pero el valor de la virtud y su mérito descansan precisamente en el hecho de que se practique la virtud bajo cualesquiera circunstancias externas. La aparente ligereza de mi cometido en la Tierra consiste en que yo produzco las condiciones objetivas bajo las cuales los hombres pecan, pero ya sobre la base de su propia inclinación. La aparente dificultad de tu papel consiste en que tú debes brindarle protección contra esas circunstancias externas por medio de recursos espirituales que salen desde dentro. Pero mi cometido es más dificultoso en razón de que en el mundo yo trabajo con cosas materiales para lograr el mal dentro de las esferas espirituales... y por lo tanto tengo que conocer las leyes de causa y efecto entre la realidad material y la espiritual para ejercer influencia sobre esta última mediante influjos indirectos. Tú por el contrario actúas directamente sobre las almas, tienes por lo mismo contacto inmediato con el material que elaboras. Pero si alcanzo empero algunos éxitos y si —como afirmas tú mismo en uno de tus escritos— el camino de la aniquilación, el camino hacia mi reino es ancho y espacioso y la senda de la salvación estrecha y sólo accesible para muy pocos hombres . . . todo eso es una prueba de que yo domino muy bien mi oficio. Y con todo eso al mundo lo has organizado tú y no yo. Mis éxitos los adscribo más bien a tu magnanimidad que a tu incapacidad o a mi propia capacidad de trabajo. Por ello no quiero torturarte más y te abandono el alma de Job sin ninguna pesadumbre. En el resto de la humanidad encontraré sin ninguna duda suficiente compensación.

—Tanto más —agregó casi inaudiblemente— cuanto que el debate teórico entre nosotros es asunto perdido. Además, no tienes que preocuparte por conocer a fondo la teología desde el momento que tú eres su objeto. Las rocas nada saben de petrografía.

—Otra vez esa dialéctica —gimió involuntariamente Jehová—, ¿quién te la ha enseñado? Yo sólo sé una cosa, y es que el alma de Job está salvada. He ganado la apuesta y tu escolástica no me importa.

—Constituye para mí un placer declararme vencido —dijo con exquisita cortesía el Diablo al tiempo que hacía una reverencia y abandonaba el elegante bar COCOFLI donde perdido en sus propios pensamientos Jehová permaneció sentado.

De esta historia podría deducirse una multitud de conclusiones morales. Como ya se ha dicho sólo fue el prólogo al caso Job. Algunas de dichas conclusiones son sumamente sencillas, así por ejemplo la moraleja cuyo proverbio tendría que examinarse y que dice que cuando dos se trenzan en una discusión (como en el caso presente Jehová con el Diablo) gana el tercero. Así también la moraleja de que los hombres simples tienen razón de cuidarse de las discusiones de los amigos poderosos, y finalmente la tercera moraleja: que la virtud de la fidelidad en todo caso no requiere un gran espíritu. Existen asimismo conclusiones morales algo más complicadas. He aquí algunas de ellas:

Moraleja número cuatro: La fidelidad es una virtud que contiene una contradicción interna, ya que si se la practica con la esperanza de algún beneficio deja de ser una virtud, y si se la practica por ella misma con frecuencia arrastra hacia el Mal, dejando por lo tanto de ser virtud.

Moraleja número cinco: Jehová es bueno: Por lo tanto, cuando revela su esencia manifiesta el Bien; el hombre que lo alaba, alaba el Bien que ha experimentado. .. lo cual no constituye ningún mérito. De modo que el verdadero triunfo de Jehová se muestra allí donde es alabado por el mal, es decir: donde actuó en contra de su esencia; en otras palabras, que Jehová obtiene la victoria donde es otra cosa de lo que en realidad es. Para triunfar siempre tiene que actuar incesantemente en el papel de malvado, y por ello a los hombres superficiales les parece que Jehová ha organizado muy mal el mundo. En rigor de verdad lo ha organizado sabiamente ya que aumenta la desdicha de los hombres, pues no alcanzaría ningún triunfo moral si los hombres fueran dichosos; el Diablo obtendría muy pocos éxitos, pero Dios ninguno. De modo que por ahí puede verse que es necesario que por la puerta del infierno penetren millones a fin de que para unos pocos queden francas las puertas del paraíso.

Tal la proposición de una nueva teodicea que concuerda mejor que . la tradicional con la experiencia humana.

Moraleja número seis: Es fácilmente posible sufrir una derrota en una discusión teórica con el Diablo ya que dispone de muchos argumentos racionales. Pero simplemente no hay que escucharlo.

Moraleja número siete: Si Job hubiera pensado que su desventura era obra del Diablo no hay duda que hubiera hecho la tentativa de luchar en vez de quedarse sentado todo el tiempo. Por ejemplo: habría concurrido a consultar a un médico de piel o dermatólogo. De ahí que sea provechoso —en contra de la verdad— creer que el mal que nos sucede siempre es obra de las potencias malignas.

## EL REY HERODES, O DE LA MISERIA DE LOS MORALISTAS

El gran astrólogo hizo la siguiente exposición delante del rey Herodes:

—Yo, que bebo el agua del secreto río Hyphasis, que respiro el aire del policromático cerro Atanor, y a quien sirven el mismo Nisroch, Nahema, Adrammelech y Belial, te anuncio el lenguaje de las estrellas: Saturno, patria del plomo, planeta de la desgracia y la derrota, y Venus, en la que se unen el frío y la humedad, han trabajado juntos para que el día de ayer te naciera un mortal enemigo. Saturno, que gira sobre el séptimo cielo y por cuyo imperio son nacidos los pobres entre los hombres, los ganapanes, los trabajadores de la tierra y los mercaderes, y que desde tiempo inmemorial ha enviado sobre este país enfermedades y muerte: el maligno Saturno de negra coloración contra el cual nos previenen los más antiguos libros ya que sólo da su protección a los salteadores, los monederos falsos y los prisioneros, ha creado en la víspera un rey judío. Tu poder está amenazado. . . anuncian las estrellas.

El rey Herodes púsose de pie y dijo con un tono suave de voz en el que se ocultaba la fría rabia del sátrapa:

—Ahórrame la perpetua repetición de tus sabidurías. Me interesa solamente una cosa. ¿Dónde ha nacido?

—En Bethlehem.

—Tú dices que ha nacido un rey y mencionas al mismo tiempo un signo bajo cuyo imperio vienen al mundo ganapanes y mercaderes. ¿No es eso acaso contradictorio?

—No es rey por nacimiento, sino por la voluntad de los astros. Ha venido al mundo en el seno de una familia de obreros.

—¿Un obrero que se convierte en rey? —Herodes se echó a reír despectivamente—. Bueno, puedes retirarte.

Ese mismo día tuvo lugar en el gabinete de trabajo de Herodes una reunión del consejo en la que tomaron parte cuatro de los más encumbrados dignatarios del Estado. El rey abrió la sesión:

—Se me ha hecho saber que acaba de nacer un rey judío. Las informaciones de los astros son por desgracia demasiado generales y sólo hacen mención de lugar, clase social y época aproximada del nacimiento. El número de eventuales pretendientes a mi trono es muy elevado. Como no puede establecerse qué individuo de la clase de los trabajadores es la persona en cuestión, y como en ningún caso puede dejarse llegar las cosas al extremo de una revolución, sólo hay una forma de procedimiento: la aniquilación de todos los que tengan que ver en la cuestión. En otros términos, es preciso acabar con todos los niños que nazcan en Bethlehem para la época anunciada por los astros.

Los cuatro consejeros se pusieron a meditar. Tras un prolongado silencio, dijo el primero de ellos, que era fatalista y estoico:

—Discúlpame, oh, rey, pero tu proposición no me convence. Si la Providencia ha querido que un rey venga al mundo, ningún esfuerzo humano conseguirá defraudarla. Los astros anuncian lo que seguramente acontecerá, y no lo que podría acontecer. Cualquiera sea la cosa que hagamos nosotros, el destino se cumplirá. Yo propongo no aventurar en esta emergencia ni un solo paso, porque resultarán frustrados. Sólo te recuerdo la historia de Edipo y la profecía que recibió su padre. El hombre es impotente frente a la Providencia. Yo opino que es mejor dejar tranquilos a los recién nacidos. Si es posible algún cambio del destino sólo Dios puede obrarlo. Deja en la mano de Dios llevar las cosas a su término.

—Tu posición en el asunto me parece derrotista. Te has dejado caer en un estado de ánimo de pánico —dijo Herodes serenamente, pero con precisión—. ¿Quién pide usar de la palabra?

—No estoy de acuerdo con las argumentaciones de mi estimado colega —dijo otro de los consejeros, moralista y epicúreo—. Sobre todo no creo en una Providencia de designios inamovibles. Que no existe una Providencia tal lo prueban ya los escritos de los filósofos a los que yo pertenezco. Pero aun cuando yo compartiese el punto de vista de mi colega no veo razón alguna para semejante interpretación. Los astros han anunciado que ha nacido un rey. Pero no han sostenido que el que nació habrá de convertirse efectivamente en rey. Tal vez el sentido de la profecía sea, que ha nacido un niño que consigo trae los presupuestos espirituales para convertirse en rey, o bien que es alguien que bajo condiciones favorables podría convertirse en rey. De ahí que resulte admisible el que una acción contra el eventual enemigo sea coronada por el éxito.

—¿De modo que estás en favor de mi propuesta? —preguntó Herodes.

—No; aunque no estoy de acuerdo con las argumentaciones de mi preopinante, lo estoy con sus conclusiones. No debe emprenderse ninguna acción contra los recién nacidos; es cierto que podría ser exitosa... pero sería contra la moral. O sea, que es inmoral combatir contra seres débiles e indefensos a los que se puede aniquilar sin correr ningún peligro.

—Tu presentación es para mí como la pueril alharaca de un moralista ingenuo que quiere subordinar la política a la moral —declaró Herodes con frialdad—. La experiencia enseña que semejantes ensayos son vanos. Por mi parte pasaría sobre tus sueños al orden del día si no fuese porque objetivamente arrojarían las mismas consecuencias que las manifestaciones fatalistas de tu preopinante que querría invitarnos a la inactividad. Prédicas moralizantes y derrotismo son el fondo una y la misma cosa y llevan de igual modo a la revuelta y a poner en peligro el poder. Ustedes faltan a la consideración debida, señores míos. Lo que aquí está en juego es el poder. No caben pues las sutilezas. Sigamos escuchando.

—Yo soy de parecer diferente —dijo el tercer consejero, un moralista religioso—, yo no creo ni en la Providencia ni en ninguna clase de reglas de procedimiento moral. La eliminación de los recién nacidos puede incuestionablemente conducir al éxito y a la aniquilación de los competidores. En caso de que se tenga la seguridad de salir impune no hay que vacilar ni un solo momento. Sin embargo habría que establecer

previamente si el asunto a la larga resulta ventajoso. El éxito de la empresa es probable, pero no seguro. El castigo posterior por parte de Dios es, por el contrario, seguro, pues el asesinato en masa de recién nacidos, si recuerdo bien, no es visto con buenos ojos por Dios. Mientras pones a salvo tu poder, oh, rey, te expones a los riesgos del castigo póstumo, comparado con el cual la desgracia que significa la pérdida de tu poder nada representa. De ahí que yo te aconsejo desistir de semejante paso, mas no a causa de que sea poco feliz o absolutamente inmoral, sino a causa de que no surge el saldo entre desventajas y beneficios.

—Lamentablemente con gran sorpresa compruebo, señores míos, que hasta el momento no habéis puesto de manifiesto la menor comprensión con respecto a la esencia del poder —dijo Herodes—. Nada hay que sea más importante que el poder, y hallo por mi parte completamente absurda aquella máxima de que es preciso conformarse con la idea de que tras algunos años viene la pérdida del poder, a fin de no experimentar incomodidades luego de algunas décadas. Sigamos escuchando.

—Mi opinión difiere fundamentalmente de todas las que aquí se han expresado —explicó el cuarto y último de los consejeros, que era un político—. Quienes me precedieron en el uso de la palabra, con excepción del último de los oradores, han debilitado recíprocamente sus demostraciones. De suerte que no me es necesario sino rebatir la concepción del último de los opinantes. Pero permítaseme antes que nada retornar por un breve instante al argumento de la moral. Aun cuando admitiéramos la existencia de leyes morales absolutas, no es cierto que el asesinato de recién nacidos sea inmoral. La referencia de que los recién nacidos están inermes no tiene ningún sentido; todas las veces que matáramos a un enemigo constituyen pruebas —aun cuando se tratase de un individuo armado de pies a cabeza— de que ese enemigo, frente al aspecto externo, se mostró inerme. En otros términos, que en cada lucha se triunfa sobre inermes, o se es vencido. Desde este punto de vista no existe ninguna diferencia entre niños recién nacidos y unidades de lucha dores acorazados. La referencia a que sería inmoral el luchar sin exponerse uno personalmente al peligro me parece igualmente absurda. Ello vendría a significar que en la lucha no se puede emprender nada que nos permita salir con las menores pérdidas posibles, y que hay que exponerse a los mayores riesgos posibles, o sea que se ha de hacer todo lo posible para perder la lucha. Yo quiero pensar que lo habéis dicho en broma, ¿no es verdad, señores? Pero os ruego que al menos os esforcéis por un poquito de lógica, es decir: que si admitimos la lucha y con ella la aniquilación del enemigo —e indiscutiblemente nadie puede condenar la lucha en sí— asentimos implícitamente a todos los métodos de lucha que puedan conducir al triunfo. ¿Nos está permitido, durante la lucha, deslizarnos hacia el campo del enemigo y robar o aniquilar el depósito de municiones? ¡Claro que nos está permitido! ¡Pero por ese medio dejamos inerme al enemigo! Tanto mejor, digo yo. De manera que, si en general está permitido luchar, está también permitido luchar contra inermes. ¿Por qué no entonces contra los niños recién nacidos? Incluso la última de las concepciones aquí presentadas resulta pueril. ¿Dicen que a Dios llenan de cólera los asesinatos de inocentes? ¿O es acaso por la aplicación del principio de la culpa colectiva? Tonterías. Apenas necesito recordaros cuán frecuentemente Dios mismo —la Sagrada Escritura lo dice— impartió a sus ejércitos la orden inequívoca de pasar a cuchillo la población de ciudades y países enteros, destacando muy especialmente que dicha orden se refería también a los lactantes. Ejemplos semejantes se encuentran en la Sagrada Escritura a cada paso. ¿Para qué entonces tales clases de argumentaciones? Ruego se tenga presente la historia de la primera caída en el pecado. A causa del pecado de Adán, quien vivió muchas, pero muchas generaciones antes de nosotros, cada uno arrastra ya desde el nacimiento, como nuevo ser nacido a la vida, me complace señalarlo, la carga de un pecado consigo. El pecado de Adán pesa pues sobre todo recién nacido y ha ocasionado, como se sabe, sufrimiento infinito a millones de hombres. El tema de la culpa colectiva se halla también en la acción de Dios, y el simple asesinato de algunos centenares de inocentes, entre los cuales se halla un enemigo, no significa nada, no es sino una risible bagatela en comparación con la historia del pecado original, por cuya causa todavía siguen muriendo millones —pues el fenómeno de la muerte es, como nos enseña la Sagrada Escritura, precisamente la consecuencia de la desobediencia de Adán y Eva. He ahí mis razones. Espero persuadirles.

—Gracias, la sesión del Consejo ha terminado —manifestó Herodes—. Las pruebas que habéis invocado, señores míos, han terminado por convencerme absolutamente. En vista de que os habéis pronunciado por la degollación de los inocentes debo someterme a vuestro parecer. Suplico se prepare todo lo necesario para entrar en acción.

El curso posterior de la historia es conocido. Los recién nacidos fueron pasados a cuchillo, aunque la empresa —tal como se comprobaría después— constituyó un fracaso. El Buscado escapó de la espada de los esbirros. El fin de la historia salió a la luz del día recién por obra de las últimas investigaciones. Helo aquí:

Pasadas algunas décadas, Herodes topó con sus consejeros en los abismos del Infierno. Se hallaban los cuatro en tan horripilante situación que faltan las palabras para decirlo o tan siquiera para describirlo por aproximación. Todos traían —cosa que es común en los infiernos— sobre el pecho una inscripción" con la sentencia y su fundamentación. Las particularidades de estas fundamentaciones resultan sumamente ilustrativas en virtud de que fue el Juez Supremo mismo quien las redactó.

Herodes y el político, aquel consejero que fue el único en recomendar el asesinato de los recién nacidos, eran portadores de la siguiente leyenda: "Por asesinato de niños. Fundamentación de la sentencia: *quod licet Jovi, non licet bovi*. Del hecho de que Dios aplique la ley de la culpa colectiva y decapite lactantes por una deuda ajena, no puede deducirse que cualquier rey advenedizo esté autorizado para hacer lo mismo. Antes por el contrario: una cosa semejante está prohibida desde el punto de vista de la moral absoluta."

El moralista y estoico cargaba con la inscripción siguiente:

"1. Por la adhesión a la doctrina herética del fatalismo. 2. Por conato de tentación de Dios. Fundamentación de la sentencia: Un hombre que permanece en la inactividad, que induce a otros a la inactividad y que cree que Dios lo ha hecho todo por él o que está todo establecido de antemano, no sólo manifiesta herejía, sino que también tienta a Dios y siembra el derrotismo, el cual entre otras cosas conduce a que la lucha en la Tierra por la causa de Dios se vea perjudicada. Desde el punto de vista de la moral absoluta es reprobable la glorificación de la inactividad." El moralista y epicúreo, quien también había rechazado la proposición de Herodes, traía esta inscripción: "Por menosprecio del poder. Fundamentación de la sentencia: El poder de los reyes viene de Dios y así está querido por El a fin de asegurar la tranquilidad y el orden sobre la Tierra. Quien menosprecia los problemas del poder fomenta la descomposición de la sociedad y favorece la anarquía. Lo cual es reprobable desde el punto de vista de la moral absoluta."

El moralista religioso era portador de una inscripción que decía: "Por la negación de la moral absoluta y el anuncio de una falsa moral que se apoya en el cálculo. Fundamentación de la sentencia: Dios exige que se practique el bien por el bien mismo y por el desinteresado amor a Dios, pero no porque sea ventajoso. De otro modo se ve en Dios a un comerciante, lo cual es una injuria y desde el punto de vista de la moral absoluta reprobable. Una vez recíprocamente leídas sus respectivas inscripciones, los cinco condenados agitaron tristes las cabezas:

—Todos teníamos razón —dijo Herodes, y los otros repitieron a coro:

— ¡Razón teníamos todos!

Pero repentinamente Herodes cerró los puños y preguntó a gritos:

— ¿Y quién es el culpable?

En aquel preciso momento todos vieron pasar una extravagante figura: un hombre que gemía sordamente y que bajo el gigantesco montón de libros y papeles que arrastraba parecía a punto de quebrarse. Era el astrólogo. Sobre su pecho se destacaba en grandes letras la siguiente leyenda:

"Por la propagación de informaciones inexactas cuyas consecuencias fueron fatales. Fundamentación de la sentencia: El astrólogo declaró a presencia del rey que había nacido un rey judío. Pero olvidó —por ignorancia o por ligereza, que lo mismo da— el agregar que este rey no significaba ningún riesgo para el trono de Herodes, ya que él mismo habría de dejar aclarado que su reino no era de este mundo. Por obra de un anuncio erróneo el astrólogo provocó la muerte de algunos centenares de recién nacidos, sacrificados innecesariamente para seguridad del trono, lo cual constituye una indolencia odiosa e indignante, repudiable desde el punto de vista de la moral absoluta."

Tal como resultó evidente, esos montones de libros y papeles que el astrólogo traía a las espaldas, eran escritos tenidos por las más exactas fuentes de información que aquél debía aprender de memoria. Horarios de ferrocarril, guías telefónicas, anuarios estadísticos, toda clase de catálogos, mapas y planos.

— ¡El es el culpable de todo! —vociferó Herodes, y todos a una se precipitaron sobre el astrólogo propinándole una buena tunda—. ¡Por tu culpa estamos aquí, en el Infierno! —gritaban enfurecidos, a tiempo que lo insultaban con expresiones que hasta en ese mismo lugar donde todo, por así decir, resulta decente, resultaban profundamente groseras.

—Pensad —gemía el astrólogo bajo la lluvia de golpes— que aquí soy el único inocente. Vosotros fuisteis castigados por vuestras pecaminosas intenciones, pero yo no poseía ninguna otra información y ofrecí lo que conocía. Mis intenciones fueron puras, y Dios en el fondo castiga las intenciones y no los resultados. No alcanzo a comprender qué hago en este lugar.

El Diablo, que precisamente pasaba por allí, se sonrió con malicia:

—Es bueno desde luego saber que también vale la pena el brindar informaciones fidedignas —dijo el Diablo—, pero ese conocimiento no os hubiera ayudado de todos modos. Siempre llega demasiado tarde, siempre llega después, cuando ya no hay nada que hacer. Dejad en paz al pobre astrólogo, él es completamente inocente. Deberíais pensar que en cuestiones de moral —y en nuestra actividad de eso precisamente se trata— todo conocimiento llega demasiado tarde; vuestros hechos y vuestras intenciones podréis juzgarlas recién cuando nada pueda ya volver para atrás. La parte moral de todo hecho es, en oposición a la parte técnica, absolutamente imprevisible y sólo con posterioridad se deja comprender y valorar. Esta circunstancia es la más importante y casi la única fuerza de nuestra humilde institución en cuyo seno, sin excepción alguna, vosotros encontraréis a todos vuestros conocidos.

## RUTH, O DEL DIALOGO ENTRE AMOR Y PAN

Diez largos años compartió Ruth, la moabita, el lecho matrimonial con Chelión, el extranjero, con Chelión de Judá, el hijo de Elimelech. Diez largos años guardó fidelidad a su marido, quien dando espaldas a su patria azotada por el hambre había hallado favorable acogida en la suya. Y Chelión, hijo de Elimelech, murió en la patria de los moabitas y lejos del lugar de su nacimiento, y su mujer, Ruth, se quedó sola en su patria, de la que su marido la había privado para siempre.

Y dijo Ruth:

—Tuve a un extranjero por marido, y ahora que mi propia tierra lo ha recibido para siempre, esta tierra ha dejado de ser mi tierra. Pues Chelión, el hijo de Elimelech, ha partido de mí y me ha hecho traición y se ha unido con la tierra de Moab y ya no volveré a verlo. Ha dejado de serme amada la tierra con la que mi marido me ha engañado. Partiré, pues, de esta triste y oscura tierra a la tierra de Judá, de donde una vez partió mi marido para hallarme aquí. Y acompañada de la madre de su marido, Noemí, abandonó Ruth su antigua patria y fue a la tierra de los de Judá. Pero la comarca estaba a la sazón libre de la sequía y el hambre, estaba tibia y rebotante de vida como el recuerdo de Chelión, hijo de Elimelech. Noemí llegó a aquel país con su nuera Ruth, que acababa de abandonar su pueblo y su ciudad, su Dios y su padre, su madre, su hermana y sus hermanos para hacer del pueblo de su marido su propio pueblo, de su ciudad su propia ciudad y de su Dios su propio Dios.

Y estableció Ruth con su suegra Noemí su vivienda en la ciudad de Bethlehem en el país de los judeos, y padecieron hambre y aflicciones. Nadie había allí que les encendiera fuego o que llevase de comer a la casa o que las confortase ante el aullido de los chacales.

Y así vivían un poco amedrentadas y tristemente solas en la ciudad de Bethlehem esperando en la misericordia de Dios o en la muerte, y conocieron que la una y la otra muy a menudo no se diferencian mucho entre sí.

Y cuando el hambre llegó a apretarlas mucho, dijo Ruth a su suegra:

—Mira, las gentes están recogiendo la cebada del campo. Iré detrás de ellos y encontraré al amo que me permita recoger las espigas de la tierra que me ayudará a aplacar el hambre.

Y Ruth, viuda de Chelión, marchó a recoger las espigas de la cebada del campo de Booz, varón que era pariente de su marido y de su suegra. Y Booz le permitió recoger tantas espigas como ella quiso, demostrándole una complacencia fuera de lo común. O sea que era un hombre bueno por naturaleza, nada avariento, y además le producía un especial agrado poder manifestarle a Ruth su liberalidad. Y esto por dos motivos: el motivo erótico y el motivo patriótico. Ruth le gustaba más que todas las mujeres de la ciudad de Bethlehem y algo había en ella que lo arrastraba de una manera tempestuosa; gustábale además de esto que ella hubiera abandonado su propio país para buscar albergue en su patria. Ello redundaba en gloria para su pueblo y para su Dios. De ahí que Booz le dijera que sentía la obligación de manifestarle agradecimiento por aquella actitud hacia su patria, y este agradecimiento se lo demostró, como siempre sucede, con la esperanza de hacerse acreedor por su parte al agradecimiento de ella. Ruth llevaba la gratitud hacia su bienhechor junto

con una bolsa llena de grano que había recogido en el campo. Y ambas, ella y Noemí, aplacaron su hambre con tortas de cebada.

Después dijo Noemí:

—Esta noche Booz trilla la cebada de su campo. Ve allá, y si lo hallas durmiendo despiértalo y quédate allí con él, y trae después el pan a casa para alimentarnos mañana.

Y así en efecto sucedió. Llegada la noche, Ruth marchó al campo, despertó a Booz tocándolo con ternura, y hasta las primeras claridades del amanecer permanecieron ambos entre las gavillas de cebada. Y a la mañana llevó Ruth a su casa trigo para el pan y las tortas de que se alimentaban con Noemí.

Y entonces dijo Ruth a Noemí:

—Me atormenta pensar si no me habré convertido en una prostituta venal ya que de noche voy a casa de un hombre para traer al otro día nuestro pan.

Pero Noemí declaró:

—No has hecho nada malo, hija. ¿Se ha portado mal contigo Booz? No; te ha regalado generosamente antes de que tú le dieras tu amor, y ha satisfecho tu hambre. ¿No le corresponde acaso gratitud de tu parte por su amor? ¿Y con qué se puede demostrar mejor el agradecimiento que con el amor? ¿Qué es el amor si no la ofrenda de lo que más se aprecia? Cuanto más aprecias tú tu propia honra femenina tanto mayor es la ofrenda que le haces a quien aplacó tu hambre, dándole lo que como mujer debes darle. La prostituta pública merece desprecio no porque se entregue al que está dándole el pan, sino porque en su interior ella se desprecia y porque lo que da no tiene para ella ningún valor. Pero eso para ti posee un gran valor, el más alto valor. . . y por ello precisamente has podido demostrar la más grande y verdadera gratitud.

—¿Pero no he dado mi amor a cambio de pan? —preguntó Ruth.

—¿Existe un amor que realmente no exija nada? —a su vez preguntó Noemí—. Si tal amor existe merece la mayor atención, ya que entre los hombres se lo encuentra muy raramente. El amor exige por lo menos un amor recíproco, y tú sólo pan exiges, que aún en este mundo donde siempre hay tan poco pan, existe en mayor abundancia que el amor y la bondad. Y los hombres desde luego necesitan también antes pan que amor, y hay que aplacar primero el hambre antes que el corazón comience a reclamar su alimento. Y tú sólo tomaste pan.

—Pero di mi cuerpo.

—Lo diste por agradecimiento, por el pan que habías tomado. Distes pruebas de gratitud tan bien como te fue posible, precisamente porque tienes tu honra femenina en la más alta estimación. Por eso diste por un bien que sirve para el sustento de la vida diaria un bien incomparablemente más valioso, o sea una parte de tu propia alma; mostraste una magnanimidad y generosidad que te honran. No sólo no te has manchado, sino que has dado pruebas de una virtud por la que recibirás consideración especial. La conversación de la suegra con la nuera duró hasta la llegada de un recado de Booz en el que comunicaba su deseo de tomar por su mujer a Ruth, la moabita. Por ese medio puso de relieve Booz que tenía en muy alta estimación la virtud de Ruth y que Noemí había sabido valorar con notable acierto toda la situación. En esta historia nada hay que merezca burla o indignación o menosprecio. Por el contrario, constituye una prueba de que nuestra burla es con frecuencia absurda, la indignación falsa y el menosprecio estúpido, cuando por esos medios hostilizamos a quien está dispuesto a tributar su agradecimiento por el pan con que aplaca su hambre, manifestando su gratitud por medio del amor. Apreciemos más bien la importancia singular de quienes dan lo mejor de sí por un pedazo de pan, pues como con justicia dijo Noemí, resulta más fácil hasta en este valle del hambre —y tal vez precisamente en este valle del hambre— encontrar pan que agradecimiento por el pan.

## JAEL, O DE LOS FALSOS CAMINOS DEL HEROÍSMO

He aquí la historia de Débora, Jael y Sisara, es decir, de dos mujeres y un hombre, aunque en modo alguno se trata de la historia de un triángulo. Con ellos la cosa sucedió más o menos en estos términos: Jehová cuidaba de su pueblo conforme a un sistema especial que aplicaba con absoluta lógica. O sea que cada

vez que el pueblo echaba en el olvido los mandamientos o avisos de Jehová, era entregado en manos de los enemigos. Estos vencieron a los de Judá y los convirtieron en esclavos y los mortificaron a sus anchas. Tan pronto como el pueblo caía en la esclavitud se daba cuenta de que había lesionado algún mandamiento divino, lo cual desataba en él un profundo arrepentimiento y una saludable disposición a mejorar de costumbres, por cuyo medio volvía a su antigua libertad. Este mecanismo operaba con absoluta precisión e infaliblemente como un cerebro electrónico.

Así aconteció también esta vez. Como consecuencia de sus pecados los hijos de Israel habían caído bajo el yugo de los cananeos. Rey de estos cananeos era Jabin —personaje secundario en esta historia—, y su jefe militar Sisara. Entre sus confederados contaba a Heber y su mujer Jael, que en el mejor sentido de la palabra puede llamarse la amiga de Sisara. Entre los israelitas ejercía Débora el cargo de administradora de justicia; era una mujer decidida e inteligente.

Débora fue el alma del levantamiento contra los cananeos al cual supo llevar hasta un término victorioso. Débora era una mujer vigorosa y enérgica en la que, de la más extraña manera, se unían tempestuoso apasionamiento y capacidad estratégica. Celosa profetisa y admirada intérprete de su pueblo, con inflamado discurso convocó a la lucha armada contra los opresores, excitó el ánimo en los atemorizados corazones y enfervorizó para la rebelión al pueblo humillado por veinte años de esclavitud. La intrépida administradora de justicia convocó a doce varones —entre ellos Barac, de la estirpe de Nephtali— y extinguió en sus corazones la indecisión y la cobardía, indignas de los verdaderos hombres.

—¿Cuánto tiempo pensáis soportar todavía el yugo extranjero? —Vociferó con los cabellos flameando al viento—. La segunda década pronto habrá pasado y todavía inclináis vosotros sumisamente la cabeza delante del opresor. ¿Están los corazones de vuestro pueblo ya cebados con el espíritu de la sumisión? ¿No es posible excitar una chispa de sentimiento de honor en el pecho de los guerreros ni inflamar ninguna esperanza en vosotros? ¿Queréis acaso aveniros para siempre con la humillante suerte de la esclavitud? ¿Queréis acaso soportar el destino tan pacientemente como el buey su yugo, agachando la cerviz siempre más bajo el látigo de vuestro amo?

Barac, de la estirpe de Nephtali, contestó:

—Mujer, has dicho "honra" y has dicho "esperanza". Atiende bien a lo que dices y no eches palabras al viento. ¿Quieres tú que emprendamos la lucha en nombre de la honra o en nombre de la esperanza?

Se trata de dos cosas diferentes, pues se puede salvar la honra aún contra la esperanza. Si eso es lo que exigis de nosotros, estamos de acuerdo. Digo "nosotros" —nosotros doce hombres de doce tribus de nuestro pueblo. Estamos dispuestos a caer, pero seremos solamente doce. El pueblo no pelea sin esperanza— todo jefe militar lo sabe. El pueblo lucha por la libertad o por el pan y puede obrar prodigios siempre y cuando crea en la victoria. Mas si le ordenas entrar en una lucha perdida de antemano y que sólo vale para el honor. . . el pueblo se apartará de ti. Doce hombres entregarán su vida en una lucha sin esperanza, pero por ello serán objeto de burlas y de menosprecio. Piensa que toda compulsión se transforma en una virtud, y si la esclavitud es una compulsión los esclavos harán de ella una virtud tan pronto como aquélla deba conservarles la justificación de la existencia. Piensa también que esta compulsión encontrará siempre sus sacerdotes, muy diestros en persuadir al hombre de que es una cuestión de honor llevar un lazo corredizo al cuello cuando no es posible desprenderse de él. Piensa que cada uno propende a creer que obra por hidalguía y que para toda y cada una de las situaciones es posible armar una teoría, la cual sirve para suministrar un nimbo de grandeza. Nada hay que no pueda santificarse, siempre y cuando exista. Y la santidad misma depende antes de algo que ya existe que de algo que todavía tiene que existir; pues es más fácil perseverar en algo dado que tomar sobre sí la fatiga y el esfuerzo de la transformación, y todo el mundo prefiere la santidad ya alcanzada, todo el mundo cree más espontáneamente en la santidad de algo por lo cual no tiene necesidad de seguir esforzándose. Pero en ocasiones triunfa el mundo de las posibilidades. Reflexiona, por lo tanto, en esto: ¿Quieres tú mostrarnos los mundos posibles o los honorables? ¿Las perspectivas de la victoria o sólo las perspectivas de lo que se ha vencido con honor?

Cuando Débora escuchó estas palabras ardió su cólera como arde un trozo de madera empapado en gasolina.

—Hombres pusilánimes, ¿roe el gusano de la duda también vuestro corazón de padres del pueblo? ¿Así que también vosotros, que debíeráis animaros para la lucha, os prodigáis en sofisterías alrededor del comedero vacío al modo de las acémilas? ¿Así que de antemano necesitáis la certidumbre del triunfo para recién disponeros a lavar la vergüenza de la cara! Pero decid, ¿qué mérito tiene uno que se desembaraza de la

vergüenza en la lucha, sabiendo que de cualquier manera será vencedor? ¿Qué clase de mérito tiene, vuelvo a preguntar yo, uno que marcha hacia la victoria segura? Vuestras preguntas son estúpidas y vuestros corazones cobardes. Vosotros preguntáis: ¿Honor o esperanza? ¿En dónde reside la diferencia? Vuestro honor es tener esperanza y vuestra esperanza es salvar el honor. ¿Vosotros queréis cargar al pueblo con vuestra propia cobardía en vez de darle ánimo? ¿Esperáis en la esperanza de la victoria? ¿Dónde está esa esperanza sino en vosotros mismos? ¿En qué otra cosa esperáis que haga posible la victoria? Esta es siempre posible cuando se tiene fe en ella, y cuando no se cree en ella. . . la derrota es segura. Pero si vosotros no queréis, yo sola convocaré al pueblo y para vergüenza de vosotros lo conduciré fuera del país de la esclavitud.

Los doce hombres dejaron caer las cabezas sobre los pechos. Débora permanecía frente a ellos como una estatua flamígera, libre de dudas, grandiosa e invencible, henchida de pasión y de fe. Los doce hombres confiaron en Débora. Bajo la conducción de ella y de Barac de la estirpe de Nephtali los varones de Israel marcharon a la lucha.

Al pie del monte Tabor conquistaron las huestes de Israel la gran victoria. Completamente aniquilado resultó el ejército de los cananeos. En el último minuto su comandante Sisara huyó cobardemente del campo de batalla. Logró borrar sus rastros y alcanzó al fin con la desesperación en el alma el campo donde se hallaban las tiendas de sus amigos Heber y Jael.

Jael salió de la tienda para saludar a su amigo; al observar a Sisara lo comprendió todo. Cubierto de polvo, casi sin aliento, tambaleándose de puro cansancio, Sisara la miró con expresión de súplica; después bajó los ojos al suelo. Pero Jael se sonrió amistosamente y con tristeza.

—¿Dejaste allí tu espada? —preguntó muy serena.

—Huí de la lucha —balbuceó él—, y he perdido la espada. Lo peor de todo ha sucedido. El jefe del ejército es el único que ha sobrevivido a la batalla. Como los enemigos no consiguieron quitarme la vida, ahora tengo que hacerlo yo mismo. Mi vergüenza es irreparable.

Jael no dijo nada, sonriéndose cogió a Sisara de la mano y lo introdujo en su tienda. Ya dentro se colocó de puntillas, echó sus brazos alrededor del cuello de Sisara y le dio un beso en la boca.

—Amado —dijo con voz apenas audible—, tú te quedas aquí conmigo.

Sisara permanecía confundido. Por un breve momento relucieron sus apagados ojos.

— ¿Cómo? —Preguntó vacilante—, ¿no me abandonas? ¿No me ves cubierto con la ignominia de la cobardía? Jael lo hizo sentarse y con sus frágiles dedos le acarició la cabeza. —Sisara —dijo con ternura—, yo te amo no a pesar de tu fuga, sino precisamente a causa de ella. Desde años estoy rodeada de hombres sin miedo. El sentimiento del miedo es una rareza entre nosotros. Se aprecia lo que es raro. Cuando alrededor no existe más que ánimo y denuedo la capacidad para el miedo y para la fuga se convierte en algo especial. Tú eres un ejemplar no común y raro de la especie hombre y por eso mismo resultas amable. Sisara levantó los ojos con sorpresa.

— ¿Cómo? ¿Entonces también la rareza es motivo de amor? ¿Amarías entonces a un jorobado sólo porque entre todos los bien formados él carga con su joroba?

—Claro está que no se trata solamente de la rareza, Sisara. También se trata del contenido. Tu debilidad consiste en que no resististe hasta la muerte en el campo de batalla. ¿Por qué tendría que considerar yo la disposición a morir como una fuerza vigorosa? He visto a muchos idiotas e inservibles que enfrentaban a la muerte. Pero ninguno de ellos me ha entusiasmado con su heroísmo. Yo estimo más una fuga inteligente que una audacia estúpida. —Jael, yo no he huido por inteligencia —musitó Sisara avergonzado—, sucedió de miedo.

—De modo que estabas más dispuesto a ceder ante el miedo a la muerte que ante el miedo a la ignominia. ¿Crees acaso tú también en ese estúpido lema: antes la muerte que la ignominia? Sisara, querido mío, ¡reflexiona un poco! El miedo frente a una está dictado exactamente por la misma pasión que el miedo frente a la otra: el primero por la voluntad de vivir y el segundo por la vanidad. ¿En qué descansa al ignominia? En la opinión que de ti tienen los otros. Si tú prefieres la muerte a la honra, involuntariamente te subordinas a la opinión ajena, ya que un hombre solitario nunca puede estar sin honor. Pero un hombre completamente solitario puede tener miedo a la muerte. La muerte puede sorprendernos en medio del desierto, pero la ignominia sólo entre los hombres. Cuando frente a la ignominia te refugias en la muerte, ya no eres tú mismo, pierdes tu personalidad en el miedo a la imagen que de ti reflejan los ojos de los otros. Cuando frente a la muerte te pones a salvo, entonces eres tú mismo, auténtica y verdaderamente tú mismo. . .

es decir, débil, si tu naturaleza es debilidad. Pero el amor exige del otro que permanezca como es en realidad. . . pues nada hay que más corresponda al amor y que más lo exprese. No se ama realmente a un hombre cuando se lo ama por una particularidad cualquiera, sino al contrario, se ama a través de él sus particularidades. Yo te amo efectivamente a ti, Sisara, a ti y no a tu fuerza o a tu flaqueza. Si tú fueras fuerte amaría tu fortaleza, pero como eres débil. . . amo tu debilidad. Yo te amo, o sea que amo lo que te integra, lo que pertenece a ti, sin importarme lo que esto sea, y quiero solamente que seas como eres. Pero los hombres que muestran el ánimo de la muerte muy raramente son ellos mismos, porque el ánimo de la muerte raramente es asunto de la naturaleza y en la mayoría de los casos nace por oposición a ella. Como tú tuviste miedo frente a la muerte, fuiste tú mismo, y por ello tanto más puedo amarte.

—Suenan muy extraño todo lo que dices, Jael, pero te escucho porque me brindas la esperanza que creía para siempre perdida. Te confieso que de buena gana te doy mi conformidad, porque me facilitas motivos para la justificación de algo que yo ya he hecho, y que por consiguiente no puede ser vuelto atrás en mí. Mi fuga es el pasado, y el pasado busca sus razones morales para adherirse como con garfios al que las encuentre. Por eso acepto lo que dices, Jael. ¡Qué enorme diferencia hay entre tú y Débora, que convoca a los hombres de su pueblo para que se expongan a la muerte en nombre de la necesidad de vencer la ignominia!

Jael se sonrió nuevamente, con ternura y tristeza.

—Débora —dijo por fin— procedió así cuando su pueblo podía esperar todavía la victoria. Pero tú ya no lo puedes. Tú tienes necesidad de protección frente a la desesperación.

— ¿De modo que tú misma no estás convencida de tu filosofía, Jael? ¿No crees entonces en lo que me has dicho?

— ¿Por qué no había de creerlo?

—Tú dijiste que tu filosofía era necesaria para ponerme a salvo de la desesperación, y la filosofía de Débora para alimentar la esperanza. ¿De modo que así es efectivamente con respecto a ambas filosofías? ¡Eso es imposible! Yo quiero saber cómo es este asunto en realidad.

—Créeme, para el momento en que tú vives el asunto es tal cual lo he dicho yo.

— ¿Y fuera de este momento, quiero decir, en general, siempre y en todas partes, qué es justo?

—Duerme, Sisara, estás fatigado —dijo suavemente Jael—. Ahora no hay tiempo para diálogo.

— ¡Pero dime solamente si tú crees en realidad que no debo quitarme la vida!

—Tú no lo harás nunca, Sisara, y además no existe la menor necesidad de hacerlo. Ahora duerme.

Sisara de inmediato se quedó dormido como una piedra.

Muy quedamente fue Jael hasta un rincón de la tienda, cogió un clavo largo y fuerte, lo apoyó de punta en la sien del dormido y con un pesado martillo golpeó encima. Sisara murió serenamente, sin exhalar un solo suspiro.

En seguida escuchó Jael voces delante de la tienda. Salió al exterior y vio a Barac, jefe del ejército vencedor de los judeos, aproximarse. Jael lo saludó sonriéndose y con un ademán atractivo levantó la cortina de la tienda.

Los motivos de Jael nos son desconocidos, y los historiadores se extravían en especulaciones. Hay cuatro versiones de esta historia, ninguna de las cuales resulta satisfactoria: una versión barroca, una romántica, una naturalista y una versión perteneciente al sano sentido común.

Según la versión barroca, que es muy poco probable, Jael permaneció largo rato junto al durmiente, diciendo: "Pobre Sisara, todo lo que dije era cierto. Es cierto también que no tendrás que quitarte la vida. Te la quitaré yo. Tanto es lo que te amo que quiero ponerte a salvo de la ignominia. Pues la ignominia es desgraciadamente una realidad a la que no se puede escapar. Aunque tú hubieras salvado tu vida no te hubiera sido posible soportarla, porque habrías tenido que vivir en compañía de otros; y los otros son nuestra realidad. Lo mejor que puedo hacer yo por ti es ayudarte a morir sin que sepas que mueres. ¿Y yo? Yo puedo vivir ya que ninguna ignominia me amenaza. Sólo me amenaza el tormento de saber que te he matado. ¿Soportaré ese saber? Soportarlo para castigarme por esta acción que de inmediato cometeré y que es mi obligación llevar a cabo. Aunque... si este acto es una obligación..., ¿por qué debo entonces castigarme? ¿Para qué? ¿Acaso porque no puedo salvarte? Nadie lo puede. Pero además nadie está obligado a ello, fuera de mí, que te amo. Por eso sigo viviendo. Para poder hacerlo tengo que pretextar que te he matado en calidad de aliada de tus enemigos, y jactarme de tu crimen delante de ellos. Sólo entonces degustaré todo

el tormento de la desdicha." Según nuestro parecer esta versión resulta, aunque plausible, insulsa y poco verosímil desde el punto de vista psicológico.

La versión romántica es diferente. Tiene como punto de partida el supuesto de que Jael, desde un principio, estuvo siempre de parte de los judeos y que todas sus explicaciones perseguían el objetivo de tranquilizar a Sisara e inducirlo a dormir para poder ultimarle con facilidad. Luego el crimen es comprensible, pero improbable desde el prisma psicológico toda la conversación habida entre ellos.

La versión naturalista es así: Jael fue sincera en la conversación, pero repentinamente sintió miedo. Temió que los enemigos pudieran cortarle la cabeza junto con su amante, y asesinó a éste sencillamente por cobardía. En este caso resulta difícil eliminar la contradicción entre el temple necesario para cometer un asesinato y el grado de cobardía que condujo a perpetrar el mismo hecho.

He aquí la versión del sano sentido común: Jael no quería asesinar a Sisara, pero Jehová, confederado de Israel, en el último momento transformó su corazón de modo maravilloso —cosa que para él es una fruslería—. O bien condujo la mano de la mujer convirtiéndola en instrumento del delito. En favor de esta versión existen muchos argumentos, pero tampoco ella despeja todas las dudas. Sobre todo porque el modo de obrar de Jehová en esta ocasión, comparado con su proceder normal, resulta demasiado sutil y refinado. Cualquiera haya sido el modo de llevarse a cabo, todo el caso aparece envuelto en un velo que permite toda clase de interpretaciones. De cada una de las interpretaciones se desprenden conclusiones morales completamente diferentes. Pero también las hay que permanecen invariables a todos los ensayos de interpretación. He aquí algunas de ellas:

#### Primera moraleja:

Se cree en ocasiones que el heroísmo es característico de la individualidad particular. El caso es todo lo contrario: La individualidad se revela en la cobardía propia de la naturaleza humana. El temple heroico aniquila al individuo y lo diluye íntegramente en la fe, en los prejuicios y en los juicios de su medio ambiente; pues el héroe sólo puede existir con relación a los valores ya acrisolados de una sociedad. El cobarde, por el contrario, está exclusivamente ligado al uso personal. Por este motivo el cobarde es frecuentemente una personalidad extraordinaria que con toda decisión sobrepasa el nivel de su medio ambiente, contraviniendo todos los hábitos de éste.

#### Segunda moraleja:

En toda lucha cada uno pierde su honor. Sin embargo, el mundo sigue subsistiendo.

#### Tercera moraleja:

No hay ninguna filosofía de la vida que un hombre razonable no pueda fundamentar de manera convincente.

Cuarta moraleja: Así está mal... y de otro modo también está mal. Siempre está mal.

## SALOMÓN, O DE HOMBRES COMO DIOS

Sucedió en un tiempo en que aún predominaba la costumbre de declararse recíprocamente la guerra. Esta costumbre es muy singular y contiene una íntima contradicción ya que declarar a alguien la guerra equivale a comunicarle que se tiene el propósito de aniquilarlo; por ese medio se pone sobre aviso al enemigo y se lo ayuda a defenderse. Ello significa que se comienza la guerra poniéndose a sí mismo obstáculos en el camino. Si es posible concebir la guerra en sí como un acto de enemistad, la declaración de guerra no sólo representa una manifestación de cortesía, sino hasta de amistad; una denuncia de sí mismo y, por lo tanto, un acto de monstruosa falta de lógica. No es de extrañar entonces que con el desarrollo y el incremento de las facultades lógicas del pensar semejante costumbre se haya perdido casi por completo. Nosotros hablamos,

sin embargo, de tiempos en que esa costumbre aún estaba viva y era cultivada así por los dioses como por los hombres. En este aspecto ni el mismo Jehová configuraba una excepción, y el hecho que pretendemos describir consistió precisamente en la declaración de guerra que le hizo a su leal siervo el rey Salomón.

Sucedió que Salomón observaba una conducta muy díscola y ello entristeció a Jehová sobre toda ponderación. Era un hombre con una libido extraordinariamente marcada, lo cual le insumía su buena cantidad de tiempo y dinero. Tal como dice el libro de los Reyes, por aquel entonces Jerusalem alimentaba a setecientas mujeres y trescientas concubinas del rey. La diferencia entre ambas categorías es por lo demás muy sutil y difícil de establecer. Está probado que mil mujeres, en cifras redondas, servían a los placeres del rey y vivían de sus rentas. Jehová era generoso y sabía avenirse a las humanas debilidades —si es que se puede llamar debilidades el vivir con mil mujeres a la vez—. Pero finalmente se colmó la medida. Salomón se tomó el atrevimiento de aflojarles las riendas a sus mujeres en lo tocante a las cosas religiosas. Ha de saberse que se trataba en general de personas de procedencia extranjera que tenían por amigos a dioses con los que Jehová por su parte se hallaba notoriamente en pie de guerra. Pero Salomón, como muchos sabios, era de carácter débil y sucumbía fácilmente a estas o a las otras insinuaciones. Era de temple blando, prometía a sus mujeres todo lo posible, pero después se avergonzaba de sus promesas y buscaba pretextos inventados para eludirlas. Las mujeres por su parte no cesaban de exigir víctimas para sus dioses. No es de extrañar. . . que cada uno honre a su Dios, y esto con tanto más celo cuanto que puede hacerlo a costa del vecino. De este modo se produjeron cosas espantosas. Jerusalem estaba sobresaturada de suntuosos templos que habían sido levantados para honrar a cualesquiera dioses; el caos era completo; los creyentes ya no sabían a qué lado volverse; impunemente propagábanse las sectas más repugnantes dentro de la capital, sacerdotes extranjeros imponían el tono en la corte del rey, el tesoro del Estado se evaporaba como la nieve a la llegada de la primavera. Todo el mundo sabe la cantidad de dinero que es necesario para sólo el culto de un dios — ¡y aquí se trataba de veinte o treinta dioses! Moloch, Osiris, Astaroth, Kamos— cohortes enteras de dioses sonreíanse descaradamente en las estatuas sobredoradas y aspiraban el aroma del incienso traído exclusivamente para honrarlos.

Jehová hervía de cólera. Y no era para menos; sus antagonistas, que ya estaban agotados y que él, si no hoy, mañana, había esperado vencerlos definitivamente, recibían nuevamente color, recobraban las fuerzas y desplegaban una actividad cada vez más movida. El, por el contrario, decaía, la falta de ofrendas y de manifestaciones de fidelidad por parte de sus secuaces lo tenía sin cesar de un humor pésimo. Sentía un desagrado insoportable, y la vista de los templos extranjeros, levantados en el centro de su propia capital como para escarnio, removía en su interior arranques de cólera que dañaban su salud y que podían resultar sumamente peligrosas para los habitantes de la tierra.

Salomón tenía plena conciencia de tan delicada situación y se sentía un poco inseguro. Claro está que algunas veces había hecho la tentativa de protestar cuando las mujeres otra vez más se presentaban a sacarle la mosca para los dioses extranjeros, pero la cosa invariablemente terminaba con un derrota en su contra. Entre suspiros ponía su firma en los cheques. El pensamiento de Jehová no le daba un minuto de sosiego. "La misericordia de Dios es ilimitada" —tal lo que había aprendido en el catecismo, y tal lo que a la sazón repasaba reiteradamente en la imaginación. Pero en el fondo de su corazón naturalmente no creía en ello. Como era de esperar, la cosa terminó en un escándalo de proporciones. Primeramente se manifestó a través de un lacónico telegrama cursado a Salomón: "Inmediatamente terminar con la idolatría.

Fdo. JEHOVA."

En seguida la contestación: "Bien, bien.

Fdo. SALOMÓN."

Pese a todo, los templos de los impuros ídolos continuaron proliferando por el suelo de la capital y asediando con el éxito de siempre al verdadero culto.

Un nuevo intercambio de telegramas, esta vez con carácter de ultimátum, no se hizo esperar:

"Me parece piensas mi paciencia es infinita.

Fdo. JEHOVA."

Al punto sobrevino la respuesta:

"Tienes razón.

Fdo. SALOMÓN."

Y a continuación la réplica:

"Entonces ten presente que has abusado de su infinitud.

Fdo. JEHOVÁ"

De este modo el asunto se colocó en el filo de la navaja. Un mensajero de Jehová, un querube pelirrojo con gafas, se hizo presente en Jerusalem y entró sin golpear en la sala de audiencias del rey. Tomó asiento cómodamente en un sofá y sin ninguna clase de rodeos declaró con voz firme:

—Jehová exige que cese la idolatría dentro de las veinticuatro horas. En caso contrario el rey Salomón será responsable de todas las consecuencias.

Salomón pertenecía al género de los hombres en quienes la ambición y el miedo luchan recíprocamente y sin cesar, dominando ora uno ora la otra. Esta vez sintióse provocado por las amenazas del mensajero, y prevaleció la ambición. Dijo pues con simulada sorpresa:

—¿Jehová? ¿Desde qué punto de vista puede él decretar este culto por falso y aquel otro por verdadero? ¿Cómo debo interpretar, en términos generales, todo esto?

A la vista de semejante desvergüenza al querube se le atragantó el lenguaje. Salomón aprovechó la pausa para preguntar:

—¿Hemos llegado a tal punto que ya no me es permitido honrar al que me parezca? ¿Cómo se le ocurre pensar a Jehová que ha de ser él propiamente el único a quien yo debo venerar? ¿Pretende acaso hacerme creer que Osiris, Astaroth y otros dioses que nuestro pueblo ha resuelto venerar, no existen?

La cosa era evidente. Por último el querube se dominó y expresó con ponzoñosa cortesía:

—Mi embajada no dice que deba yo discutir sobre la existencia o no existencia de sus ídolos. Mi superior no desea que el núcleo de la cuestión se enturbie por obra de querellas metafísicas. Por mi parte me permito agregar que la existencia o no existencia de estas figuras resulta completamente sin importancia para la cuestión. ¿Se ha dado cuenta usted que Jehová es su amigo, que sólo desea su bien?

—¿No debiera saber Jehová mucho mejor que yo dónde está mi bien? —preguntó Salomón—. Rezaré a los dioses que me produzcan mayor provecho.

Al llegar a este punto el querube ya no supo más y con desesperación echó una mirada alrededor. No había conocido hasta ese momento un cinismo semejante, por lo cual no se hallaba en condiciones, frente a Salomón, de aplicar una táctica de base lógica. Sólo atinó a decir con amargura:

—Su padre David observó frente a su Dios una conducta completamente diferente.

Salomón se encogió de hombros.

—El progreso de la humanidad descansa, entre otras cosas, en que los hijos actúen de manera diferente de los padres —dijo Salomón, citando una frase que había escuchado en cierta ocasión de boca de un ateo.

—Hum. . . —murmuró confundido el querube. Calló por espacio de un momento y luego vociferó con desesperación:

—¡Pero eso es idolatría! ¡Los otros cultos son falsos!

—¿Qué quiere decir falso? —preguntó Salomón—. En medio de los hombres muchos y diferentes dioses se empeñan en alcanzar la honra del altar, cada uno quiere su culto propio... y actúa por lo tanto según el punto de vista de su propio beneficio. En cuanto a mí, yo he sido creado, como se sabe por la Escritura, a imagen y semejanza de Dios. De modo que actúo conforme al mismo principio. Un culto no es falso o verdadero, sino más o menos ventajoso. Dicho con franqueza: Jehová es insoportable, avariento, vengativo, celoso y cruel. No comprendo por qué no deba yo entrar en el servicio de otro, si en ello encuentro un placer, un gusto. —Porque él es el Dios de usted y de su pueblo.

—¿Y eso por qué, dígamelo?

—Porque en el fondo os une la amistad.

—¿Qué quiere decir eso? —Salomón se echó a reír—; esa palabra no me dice nada.

—Muy sencillo. Significa que vuestros intereses son idénticos, mientras que los intereses de aquellos otros dioses y los de usted son diferentes.

—Serán diferentes mientras yo siga siendo un fiel adorador de Jehová. Pero así que comience a honrar a aquellos otros, la situación cambia.

—En eso precisamente está su error —dijo el querube—. El último manual del monoteísmo trascendente, edición mejorada y aumentada, esclarece en especial este problema.

El querube comenzó a rebuscar hurgando en su portafolios, hasta sacar a relucir un tomito muy manoseado, y así que hubo hallado el capítulo correspondiente bajo el título *La unidad de immanencia y trascendencia*, comenzó a leer el siguiente pasaje:

"¿En qué consiste la amistad entre Jehová y el pueblo de Israel? La amistad entre Jehová y el pueblo de Israel consiste en que sus intereses son idénticos. ¿Y en qué consiste la enemistad entre todos los otros dioses y el pueblo de Israel? La enemistad entre todos los otros dioses y el pueblo de Israel consiste en que sus intereses son inconciliables entre sí. En ocasiones se pregunta si los intereses de Jehová y del pueblo coinciden siempre o si algunas veces no coinciden. Es pueril formular semejantes preguntas. El monoteísmo trascendente enseña que debe separarse la esencia de una cosa de su apariencia externa. La disonancia entre todos los otros dioses y el pueblo de Israel radica en la esencia de la cuestión; dicha disonancia no puede eliminarse en virtud de que en la esencia de la cuestión, o sea entre las relaciones recíprocas, entre todos los otros dioses e Israel, falta la armonía. Por el contrario, las relaciones entre Jehová y el pueblo de Israel consisten, esencialmente, en la amistad. ¿Pueden surgir, empero, entre ambos diferencias de opinión? Aparentemente sí. Pero si no se da por satisfecho con la apariencia externa de las cosas, sino que se penetra hasta la propia esencia, surge entonces que, esencialmente, ambos están unidos por la amistad. ¿En qué consiste en este caso la diferencia entre la esencia de las cosas y la apariencia externa? La diferencia entre la esencia de las cosas y la apariencia externa consiste, en este caso, en que la desavenencia se revela en el fenómeno externo, al paso que en la esencia persiste la amistad. Para el propio bienestar, esta amistad ha de ser desarrollada y robustecida. Quienes no comprendan la diferencia entre la esencia de la cuestión y su apariencia externa, jamás serán auténticos monoteístas trascendentes. Esos hombres tienen todavía mucho que aprender."

Leído que hubo todo el pasaje, cerró el libro el querube y se balanceó con aires de triunfo.

— ¡Ya ve usted —dijo de viva voz—, ya ve usted cómo son las cosas! Espero que ahora todo esté claro. Este libro es un prodigio de estilo y claridad. Hay respuestas para todas las dudas. La esencia de la cuestión y la apariencia externa relativamente a lo externo del fenómeno, si esto le parece a usted mejor. . . he allí la dificultad mayor.

Salomón se rascó la cabeza y miró al mensajero de Dios con expresión de inseguridad.

—Me parece que aquí se trata de filosofía —dijo sumamente deprimido—. Confieso que en la escuela siempre sacaba cinco en esa materia. . . ¿No podría aclararme de modo algo más inteligible de lo que realmente se trata?

— ¡Con mucho gusto! Se trata realmente de que la amistad entre Jehová y su pueblo debe restablecerse en cada caso. Tal es lo que reclama la esencia de la cuestión.

¿Cómo debo entenderlo desde el punto de vista práctico?

—Desde el punto de vista práctico se trata de que Jehová ha resuelto aniquilarlo a usted y su Estado. He sido enviado a este lugar para explicárselo.

—Ahora comprendo. ¿Quiere decir que Jehová me declara la guerra?

—Exactamente. Se trata de una declaración muy justa. Salomón se incorporó, con un ramalazo de palidez en el rostro, del fondo del sofá, y preguntó:

—Y usted, ¿qué me aconseja en semejante situación?

—No le aconsejo absolutamente nada.

El querube se sonrió bonachonamente.

—Todo esto es asunto ya resuelto —volvió a decir—. Por el momento no se puede hablar de ningún arreglo. El Estado será aniquilado, y de sus doce partes once serán quitadas.

—Si la cosa está resuelta, ¿para qué toda esta charla? Usted podría habérmelo dicho todo igualmente sin venir a enseñarme filosofía. —Jehová no da un solo paso sin su correspondiente fundamentación científica. Es imprescindible que usted comprenda las razones teóricas de su aniquilación.

—Sólo hay una cosa que no alcanzo a comprender: Si el Estado será destruido, si miles de hombres serán sacrificados. . . ¿para qué demonios habla entonces de amistad?

El querube sacudió la cabeza con desaprobación.

—El tratamiento de problemas teóricos realmente no es su fuerte de usted —dijo con aire condescendiente—. Ya creo haberle declarado que se trata de la consolidación de la amistad entre su pueblo de usted y Jehová. Las desinteligencias entre vosotros tienen por pie solamente la apariencia externa de los

sucesos, y la esencia de la cuestión es la amistad. Es preciso restablecerla. Y eso es lo que precisamente hace Jehová.

— ¿Y no hay salvación posible?

—No. Las leyes de la vida son de bronce. La amistad entre vosotros debe ser restablecida. Eso es todo lo que yo tengo que decir. Ah. . . me olvidaba de una cosa: Jehová tiene a bien adelantarle que en atención a su padre de usted, David, le hará merced de su gracia. Le permite por lo tanto morir en paz. Inmediatamente después de su muerte, y con el auxilio de ejércitos de guerreros, la amistad será restaurada por esos mismos guerreros que invadirán su país.

—En otros términos —dijo Salomón interrumpiéndolo—, que la amistad entre Dios y el pueblo, empañada por la culpa mía, no será restaurada por sola mi muerte, sino por la liquidación de una parte de mi pueblo. ¿Piensa usted que es razonable esta solución? —La justicia divina es insondable —dijo el querube elevando sus ojos al cielo. —Sí, eso es algo distinto. Finalmente todo está aclarado.

A partir de ese momento la conversación discurrió dentro de una atmósfera de amistad y de recíproca inteligencia. La continuación está en la historia.

El informe al respecto contiene varios problemas de los cuales tres son especialmente importantes, a saber:

El problema de la declaración de guerra,  
el problema de la enemistad y la amistad,  
y el problema del castigo del pueblo por culpa de su rey.

Cada uno de estos problemas halla su respuesta en las moralejas correspondientes.

Primera moraleja: Al comienzo manifestamos que la declaración de guerra es un acto de amistad. Y lo es realmente, y una vez más prueba que las relaciones entre Jehová y Salomón descansaban en la amistad, ya que Jehová le declaró la guerra. Por otra parte, precisamente en este caso la declaración de guerra no habría podido impedir que Jehová llevase su obra a término, ya que de cualquier modo él es omnipotente y con esa magnanimidad no arriesgaba lo más mínimo. Pese a todo, el hecho da testimonio de cortesía y fue digno de un gentleman. Por ahí se ve también que los poderosos pueden permitirse acreditar su amistad mediante formas realmente amistosas —pero sólo los infinitamente poderosos.

Segunda moraleja: Resulta que no solamente la declaración de guerra es un acto de amistad, sino que lo son también las acciones de guerra. Es decir, cuando conducen a la unidad. Y siempre conducen a la unidad, aparte de que no hay mejor medio de conservar la unidad que la misma guerra. En este sentido, el comienzo de una guerra es casi siempre un acto de amistad. Pero nada hay que exija o que aspire más a la unidad que la creencia en un único Dios. De ahí que florezcan, en los países monoteístas, las fuerzas militares.

Tercera moraleja: Después de todo pareciera injusto dejar morir en perfecta paz al rey y castigar al pueblo por la culpa de éste. Semejante cosa es justicia en Dios, pues se sabe que dispone de castigos que puede aplicar después de la muerte, castigos que los reyes de la tierra no pueden infligir. La justicia consiste en no dejar sin castigo a los culpables, y no en no castigar a los inocentes. Lo último no tiene importancia: todos reciben castigo. De otro modo el sentido de la vida sería ininteligible.

Queda todavía una meditación sin moraleja. Los hombres luchan los unos con los otros por saber a qué Dios deben prestar obediencia. Los dioses luchan los unos con los otros a causa de los hombres que deben prestarles obediencia. En ambos casos, empero —en la pugna de los dioses entre sí como en la de los hombres entre sí— las luchas, en resolución, son protagonizadas por los hombres. No es aquí, sin embargo, donde está el punto neurálgico de las relaciones entre el Cielo y la Tierra. Lo decisivo es que los dioses exigen siempre de los hombres una clara posición en favor de una o de otra parte, no admitiendo situaciones poco claras. Obligan a los hombres haciéndolos optar continuamente por una alternativa y aceptar de este modo para la existencia aquella dualidad que es uno de los atractivos más importantes de la vida.

## SALOMÉ, O DE QUE TODOS LOS HOMBRES SON MORTALES

Sobre Salomé, la hermosa bailarina del rey Herodes, se ha escrito de las más diferentes maneras. Guillaume Apollinaire le dedicó uno de sus más bellos poemas:

*Pour que sourie encore une fois Jean-Baptiste  
Sire je danserais mieux que es séraphins. . .*

Sobre Salomé, la princesa de pies de plata, escribieron Oscar Wilde una pieza teatral, Jan Kasprovicz un himno:

*Salomé, con cabellos de cobre  
en el viento dispersos  
cual las ansias sangrantes del fuego...*

El rostro de Salomé fue pintado por Luini, uno de los discípulos de Leonardo. Lo pintó según una imagen de la fantasía ya que no podía contemplar a Salomé de manera más inmediata. No creemos que la haya reproducido fielmente. En su cuadro Salomé aparece con un rostro sereno, ligeramente pensativo, pero curioso; en la mirada, empero, junto a esa curiosidad se manifiesta una cierta frialdad e indiferencia o hasta una inconsciente crueldad. Es diferente de como la presenta la pieza de Oscar Wilde, diferente de como aparece en el poema de Apollinaire y diferente de como nosotros la imaginamos.

Todos nos acordamos de la historia de Salomé tal como la refieren los autores del Evangelio. Según éste podemos dar fe de que el rey Herodes (no el que mandó ejecutar la degollación de los inocentes, sino su sucesor), fue un hombre cruel, pero no siempre consecuente con su crueldad; que su querida fue consecuentemente cruel y que lo movió a que matase a Juan "El Bautista"; que la hija de ambos a una insinuación de aquélla exigió la cabeza del Predicador cuando el rey, enfervorizado por su danza, la autorizó a exteriorizar un deseo; que este deseo fue satisfecho y que la cabeza del Profeta fue traída por los sirvientes en un plato. Esta historia es en lo esencial (bien que no en todos los puntos) correcta. Sin embargo, ha de permanecer ininteligible dado que el cronista ha pasado por alto una serie de particularidades que son de significación para el asunto. Se tiene la impresión de que Herodías fue la causa de la muerte de Juan y Salomé su involuntario instrumento. Eso es un error. En realidad la cuestión tuvo el decurso siguiente:

La hermosa bailarina Salomé se enamoró de Juan. Este era mantenido en prisión, aunque con frecuencia salía a dar un paseo por el jardín del rey bajo estricta vigilancia. Cuando Salomé salía de mañana de la casa forzosamente tenía que pasar cerca del barbado prisionero, quien, de elevada talla y vigoroso, estaba apoyado en un pino con los brazos en cruz puestos a la espalda. Inmóvil la con-templaba él fijamente con sus ojos verdes en los que Salomé podía leer cuán seguro estaba él de la verdad que anunciaba y cuán poco podía sustraerlo nada de aquel pensamiento. Largas horas permanecía detenido en aquella posición como una estatua, contemplando en silencio el vacío y henchido de desprecio hacia todos los seres que lo rodeaban. En ocasiones, de puro aburrimiento, los guardias procuraban hacerlo entrar en conversación, pero Juan se limitaba a monosílabos.

¿Sabes, Juan —le preguntaban—, que te espera la muerte?

—Sí, lo sé, hermanos —respondía Juan, y la palabra "hermanos" la pronunciaba de tal manera que cada uno sentía que era un honor ser tratado así, aun cuando Juan con esa palabra pretendiera igualarse con ellos.

—Tu eres joven, Juan —decían los soldados—, ¿vale la pena morir cuando no se sabe por qué se muere?

—Vale la pena, hermanos —decía Juan—, y además yo sé por qué.

—¿Por qué causa mueres, entonces?

—Por la verdad, hermanos.

—¿Y cómo es esa verdad? —seguían preguntando los soldados, ya que estaban aburridos.

—La verdad, hermanos, consiste en que el hombre muere una sola vez.

Entonces los soldados sacudían compasivamente la cabeza, y decían:

— ¿Y mueres tú entonces por una verdad que cualquier niño conoce?

¡Estás loco, Juan!

Después no se ocupaban más de él; y jugaban a los dados, reñían entre sí y bebían. Eran buenos hombres, incultos y tranquilos. Vigilaban a Juan porque habían recibido esa orden, pero no lo odiaban.

Salomé, la elegante Salomé, pasaba diariamente delante del Bautista envuelto en harapos, y algunas veces se detenía muy cerca de allí para escuchar furtivamente las conversaciones. Miraba como hechizada en los ojos de Juan, quien ocasionalmente solía lanzarle una mirada indiferente.

Durante muchos días pasó Salomé, la encantadora bailarina, junto al cautivo, y cada vez se detenía un instante más en el árbol que él ocupaba. Finalmente alcanzó un día el ánimo necesario para dirigirle la palabra.

—Tú has dicho, Profeta, que el hombre vive sólo una vez. ¿No es eso lo que saben todos? ¿En qué consiste tu doctrina?

—Ninguno de vosotros lo sabe —dijo Juan—; si tú lo supieras, Salomé hace tiempo que habrías dejado de sonreír.

—No comprendo lo que dices, Profeta. Pero aun cuando tuvieras razón, ¿qué recibiría yo de una verdad que me priva de sonreír?

—Nada, Salomé, Salomé. Nada. De la verdad se obtiene el beneficio de poseerla. Nada más, Salomé.

Entonces dijo la bailarina en tono tan quedo que los guardias no pudieron escuchar:

— ¿Quieres enseñarme tu verdad, Profeta?

—No es mi verdad, Salomé; también es la tuya, aun cuando nada sabes de ella, es la verdad de todos nosotros. Quiero enseñártela, pero no saldrás más feliz de aprenderla. Te la enseño porque los hombres debieran conocer su verdad.

A partir de ese día Salomé se presentó diariamente ante Juan, y éste le enseñaba con voz severa, casi adormecedora, la gran verdad.

Del diario íntimo de Salomé han quedado sólo algunos fragmentos en los que se conservan las pláticas con Juan. He aquí unas pocas muestras:

"... porque todo lo que ha terminado es una nada, aun cuando sea más grande que el camino hacia el Reino celestial..."

Otro fragmento:

"... si toda finitud es una fuente de desesperación, cuánto más tendrá que serlo lo que es infinito. . ."

Un tercer fragmento:

". . . y si lo comprendes ya no hallarás reposo, sino que llegada la noche abandonarás tu casa y tu ciudad, pues no perteneces a ellas, y a tus padres, pues no perteneces a ellos, y a tus hijos, pues no perteneces a ellos, y así marchas a la búsqueda, y has de querer solamente una cosa: contradecir lo que es, y tan pronto como hayas contradicho, contradecir la propia contradicción, hasta que por último. . ."

Cada día penetraba Salomé en la doctrina de Juan, el Predicador, y cada día extinguíase más la sonrisa en su rostro, pero cada día danzaba mejor y con mayor belleza ante el rey; danzaba tocando apenas el suelo con los pies, y para todos los que observaban parecía que no danzaba Salomé, sino el recuerdo de ella, pues sólo en el recuerdo tienen lugar las cosas bellas.

Y Salomé se enamoró del Predicador, y Juan estaba sin cesar y dolorosamente en la conciencia de ella, viviendo del recuerdo como un parásito vive del árbol.

Y el Predicador Juan se enamoró de Salomé, la bailarina, y día a día esperaba él ansiosamente el momento de su aparición en la celda, a la que los guardias la dejaban deslizarse con una reverencia ya que se trataba de la hija de la concubina del rey. Y Juan la había henchido de su sabiduría y ella con gran fatiga sobrellevaba el peso de ese triste conocimiento.

Hasta que el día llegó en que ella dijo:

— Creo que ya me has enseñado todo, Juan, ¿y ahora?

Juan contestó:

—Yo soy un cautivo del rey, Salomé, y los cautivos no tienen ningún mañana, sólo disponen del día presente. No he de abandonar esta cárcel antes de ser sacado muerto de aquí, y eso sucederá cuando al rey se le ocurra.

—Juan, ¿qué sucederá? Tenemos que contradecir a lo que es, y eso sólo lo podremos contradiciendo nuestra propia vida, ya que nuestra vida no puede ser de otro modo que es.

—Sí, Salomé; sólo podemos contradecirla mediante la muerte. Pero los cautivos no tienen ningún derecho a la muerte, ellos tienen que conquistarla. Conquistala para mí y para ti.

—Lo haré, Juan. ¿Pero estaremos juntos, después, cuando ya no estemos más aquí, Juan? ¿Hacia dónde se muere, Juan?

Pero Juan no dio respuesta alguna a esta pregunta.

Diariamente danzaba Salomé durante la noche en el jardín del rey, y danzaba más bellamente que nunca antes en su vida. El efecto sobre los espectadores era como si una nube de envolvente niebla ascendiera por el aire y nuevamente cayera a tierra. Entre la tempestad de los aplausos el rey le preguntó después de qué modo podía recompensar aquel arte extraordinario, para hacerla feliz. Antes de que ella pudiera decir una palabra, su madre le susurró en el oído:

— ¡Pide la cabeza de Juan!

Y esto así a causa de que la querida del rey odiaba al Bautista y creía además —tal vez con razón— que la muerte es el mal mayor que se le puede hacer a un hombre. Y Salomé dijo en tono alto y sonoro:

— ¡Haz que me traigan la cabeza del Profeta Juan!

Un cuchicheo de espanto se difundió por la sala, y el rey miró con aire sombrío y guardó silencio. Si hasta ese momento no había podido decidirse a matar a Juan, fue así en parte por temor ante el Profeta, en parte por el respeto que le imponía. Pero tras una pausa dijo, empero, con voz insegura y algo desganada en dirección de sus guardias personales:

—Traed la cabeza del Profeta sobre un plato.

Hubo un hondo silencio.

Y cuando el golpe del hacha anunció a todos que la peregrinación terrena de Juan "El Bautista" había terminado, se estremecieron, y un viento helado atravesó la sala del trono. Todos permanecieron rígidos en sus asientos, hasta que el verdugo entró portador de la ensangrentada cabeza sobre un plato. Las mujeres mordían llenas de terror sus pañuelos, y los hombres se esforzaban por hacer la vista a un lado, aunque la cabeza del mártir ejercía sobre ellos una atracción irresistible.

Salomé permanecía de pie con una pequeña sonrisa en el centro de la sala; ella era la única que no temblaba y la que no volvió la cabeza. Miraba directamente la huella sangrante de algo que antes había sido Juan, y aquellos ojos vidriosos, hechizados por la hipnosis de la muerte.

Cuando los invitados, despertando de su pesado estupor, abandonaron rápidamente la sala, Salomé se quedó. Permaneció largo tiempo inmóvil y después se dirigió a su habitación en busca de un agudo puñal. Pero tan pronto como lo tuvo en la mano creyó escuchar la voz del Predicador:

". . .que el hombre muere sólo una vez."

Vaciló, y el puñal cayó de su mano. Y en los oídos de Salomé resonó más alto el silencio de Juan que cuando ella le preguntó:

"¿Hacia dónde se muere?"

Entonces díjose a sí misma:

"Debiéramos, como enseñaba Juan, contradecir lo que es, y sólo por obra de la muerte conseguiríamos vencer sobre lo que es inevitable: y la muerte es lo más inevitable que hay en el mundo. Ahora ya no existe ningún Profeta Juan. ¿No hemos con ello contradicho lo que es y lo que había concluido? Y si Juan no existe ya más, ¿no murió con él también su saber? Y siendo así, ¿por qué debo matarme por un saber que ya no existe, que tuvo importancia mientras él vivía?"

Después tomó asiento y trasladó a su diario íntimo seis verdades que había experimentado en aquella jornada:

La primera:

Nuestra boda con la verdad no puede durar más que la boda con el hombre que nos la trajo.

La segunda:

Con la propia muerte sólo se puede ratificar la propia vida, no contradecirla; pues nuestra muerte hace nuestra vida definitivamente invariable.

La tercera:

El Profeta Juan no tuvo razón cuando dijo que se muere sólo una vez. Pues nadie muere para sí tan sólo, en virtud de que no puede sobrevivir a su propia muerte; se muere sólo para los otros, y por los otros se puede morir repetidas veces.

La cuarta:

Sin decir nada me he comprometido frente al Profeta Juan a morir con él. ¿Sigo atada a esa promesa ahora que él ya no existe? ¿Es posible un vínculo entre yo y la nada? Si la muerte del Profeta existe para mí y no tan sólo para él, y si después de su muerte ella existe para mí y no para él. . . entonces se trata de un vínculo conmigo misma que yo puedo deshacer cuando quiera. Es impensable echar sobre uno una culpa frente a la nada. Ergo..." etc. Las demás verdades resultan indescifrables en el manuscrito de Salomé.

Pero queda en pie este interrogante:

¿Es culpable Salomé de la muerte de Juan? Naturalmente que no, ya que provocó su muerte gobernándose por los propios principios de él, y actuando, por lo demás, en total acuerdo con él. Ella debió darse muerte. Es cierto; pero no por ello se hace culpable de algo de que no habría sido culpable si se hubiera dado muerte. Ya que ni la muerte libera de la culpa ni la renuncia a la muerte convierte en culpable. ¿De modo que, en términos generales, ella es inocente?, preguntaréis vosotros. La pregunta es tonta. Si pudiéramos responder a ella, ya desde mucho tiempo el mundo sería tan claro como la tabla de multiplicar. Pero entonces veríais cuánto peor resultaría este mundo de lo que actualmente es.

## SEGUNDA PARTE

*Trece Fábulas del Reino de Lelonia*

*para Grandes y Chicos*

## LA FORMA EN QUE BUSCÁBAMOS LELONIA

Mucho tiempo perdimos mi hermano y yo procurando establecer en qué punto cardinal se encuentra el país de Lelonia. ¿Pero dónde está Lelonia? —era la primera pregunta que formulábamos a nuestros conocidos. Y nadie lo sabía. Después importunábamos a los extranjeros en medio de la vía pública proponiéndoles el mismo interrogante. Pero todos se encogían de hombros: tampoco lo sabían. Por último comenzamos a enviar cartas a los sabios varones que escriben libros porque creíamos que forzosamente tenían que saber el lugar donde se hallan determinados países. Las contestaciones que recibíamos eran ciertamente muy atentas, pero en general se lamentaba no poder ayudarnos; ninguno tenía ni siquiera la sospecha de dónde pudiera estar Lelonia. Aunque el mantener esta correspondencia nos costaba demasiado tiempo, no abandonábamos. Compramos todos los globos terráqueos y mapas que pudimos hallar, viejos y nuevos, lindos y feos, más y menos exactos. Días enteros nos pasábamos sobre esos mapas buscando infatigablemente el país de Lelonia, y como no lo encontrábamos volvíamos a ponernos en marcha rumbo a la ciudad para adquirir nuevos mapas. Muy pronto en nuestra casa hubo tantos atlas geográficos, globos terráqueos y mapas que apenas se podía uno mover en ella. La casa era cómoda pero reducida y no había sencillamente lugar para semejante mar de papeles. Sacamos pues fuera los muebles para procurar espacio a los nuevos mapas ya que nuestro propósito era saber en qué lugar estaba realmente Lelonia. Por último en nuestra casa no había otra cosa fuera de mapas y globos terráqueos, entre los cuales sólo con gran esfuerzo conseguíamos pasar apretujándonos. Comenzamos asimismo a ingerir toda clase de medicamentos para adelgazar y poder arreglarnos con menos espacio a fin de introducir otros mapas todavía. Al poco tiempo empezamos a comer, consumidos de carnes como estábamos, menos todavía, pues no sólo teníamos necesidad de más lugar para los mapas, sino que carecíamos de dinero para comer; todo había sido invertido en manuales de geografía, globos terráqueos y atlas. De este modo trabajamos duramente por mucho tiempo no haciendo otra cosa sino buscar el país de Lelonia.

Luego de años —ambos estábamos ya considerablemente más viejos y casi grises por completo— nos sonrió por fin la felicidad. En uno de los miles de mapas acabamos por descubrir el nombre de Lelonia. Lanzamos un suspiro de liberación. Nos sentimos tan dichosos por el suceso que de pura alegría bailábamos alrededor del cuarto, emitíamos gritos de júbilo y empezamos a cantar; después salimos corriendo a la calle

en busca de la confitería más próxima, comimos torta y bebimos té y charlamos largamente sobre aquel éxito tan merecido. Radiantes de felicidad emprendimos después el regreso a casa a fin de examinar con mayor detalle nuestro descubrimiento.

Nos acometió un estremecimiento de terror. Era evidente que mientras saltábamos de alegría de tal modo entremezclamos nuestros libros que no pudimos volver a encontrar, pese a todos nuestros esfuerzos, el atlas donde constaba Lelonia. No contentos con rebuscar y revolver toda la casa hasta examinamos el más insignificante trozo de papel, pero en vano. El mapa había desaparecido sin dejar rastros. Y pueden ustedes tener la seguridad de que efectivamente habíamos buscado con la más trabajosa minuciosidad de que éramos capaces. Pero a pesar de todo el mapa fue inencontrable.

Estábamos ya muy rendidos de fatiga y desanimados, no habríamos alcanzado nunca nuestro propósito. Mi hermano había encanecido y tenía el aspecto de una paloma plateada, yo había perdido casi por completo el cabello. Estábamos además sumamente cansados, nos resultaba muy penoso continuar buscando y con amargura deplorábamos nuestro destino, que nos había engañado de manera tan despiadada. La esperanza de encontrar algún día el país de Lelonia la habíamos poco menos que abandonado, cuando he aquí que una nueva casualidad vino en nuestra ayuda. Una mañana a la puerta de nuestra casa llamó el cartero y entregó un envío. Lo recibimos, y recién cuando el cartero se había alejado buscamos las señas del remitente. Pueden ustedes formarse una idea de la sorpresa que recibimos al leer en la estampilla postal el dichoso nombre de Lelonia. Mudos y estupefactos nos miramos. Pero mi hermano —hombre muy avisado— en un santiamén comprendió de lo que se trataba. "Ven —gritó—, corramos al cartero, él tiene que saber dónde queda Lelonia ya que nos trae esto." Precipitadamente nos lanzamos fuera de la casa. El pobre hombre, que todavía estaba en la escalera, creyó que nuestro propósito era ponerle las manos encima, tan violenta fue nuestra manera de detenerlo. De inmediato le expusimos el caso.

—Qué lástima, señores —dijo el cartero—, realmente no sé dónde queda Lelonia. Yo sólo distribuyo la correspondencia y conozco las calles de mi distrito; de geografía no sé más. Probablemente sepa el jefe del correo.

—Muy bien dicho —aprobó mi hermano—, vamos donde el jefe de correo.

Dimos sin ningún esfuerzo con dicho funcionario. Nos recibió con amabilidad y deferencia. Pero cuando le formulamos nuestra pregunta todo lo que hizo fue comenzar a restregarse nerviosamente las manos.

—Lo siento, señores —manifestó—, no tengo la menor sospecha de dónde queda Lelonia. Pero me permito hacerles una sugerión: recurran ustedes al jefe superior; él recibe directamente las correspondencias del exterior y tiene que saberlo.

El camino hacia ese jefe superior no fue cosa tan fácil como uno se imagina. El hombre tenía muchísimo que hacer y no nos pudo recibir de inmediato. Tuvimos que armarnos de paciencia y llevar a cabo todos los trámites posibles, llamar telefónicamente, obtener permisos y presentar solicitudes. La cosa iba para largo, las semanas pasaban, hasta que al fin nuestros esfuerzos se vieron coronados por el éxito y el jefe superior estaba dispuesto a recibirnos. Es preciso subrayar que efectivamente estaba muy ocupado y que nos dio cita para las cinco de la mañana. Al día siguiente no nos fue dado dormir mucho, a los tumbos nos pusimos en camino para el edificio de correos. Como nuestros relojes hacía ya tiempo que los habíamos transformado en mapas, durante toda la noche apenas si nos fue posible cerrar un ojo por temor de quedarnos dormidos. El jefe superior nos recibió con la mejor cordialidad y benevolencia. Nos invitó con un té y alfajores y muy pacientemente escuchó todo el hilo de nuestra exposición. Pero también él movió la cabeza negativamente.

—Es una lástima, señores —dijo—. Comprendo muy bien la contrariedad de ustedes, pero ya pueden ver todo lo ocupado que estoy y no me es dado pensar en todo; y hay además tantos países en el mundo. Lo siento sinceramente mucho, pero tampoco yo tengo idea de dónde está Lelonia.

Yo estaba casi al borde de la desesperación, pero mi hermano —hombre muy avisado— no se entregaba.

—Si la cosa es así —dijo de un tirón—, entonces tiene que saberlo alguno de sus subordinados. Sin duda tendrán menos trabajo que usted dado que cada uno controla sólo un par de países.

—No es mala idea —observó el jefe superior—. En seguida voy a llamar a mis cuatro delegados para saber a qué zona pertenece Lelonia.

Eché mano del auricular y dijo:

—Comuníqueme por favor con el jefe del departamento de la zona Sur.

Y una vez en comunicación con quien pedía, preguntó:

—Señor jefe: ¿existe en el Sur un país de nombre Lelonia?

—En el Sur con toda seguridad que no; tiene que ser en alguna otra parte.

Lo mismo contestó de inmediato el jefe del departamento de la zona Norte, y de idéntico contenido fue el informe del jefe del departamento del Este. De modo que abrigamos la seguridad de que el encargado del departamento de Oeste aportaría finalmente luz sobre aquella tiniebla, ya que en alguna parte tenía que estar Lelonia.

Pero él tampoco dejó lugar para la menor duda; en tono categórico comunicó al jefe superior:

—En el Oeste con toda seguridad que no; tiene que ser en alguna otra parte.

Hasta el propio jefe superior, tan sinceramente empeñado en nuestro problema, ya no pudo ayudarnos.

—Como ustedes ven —dijo bastante atribulado— ninguno de mis delegados sabe nada referente a Lelonia.

—Pero nosotros acabamos de recibir un envío de Lelonia —dije metiéndome en la conversación (ya que no soy tonto por completo, aunque no tan listo como mi hermano) —, y alguien tiene que haberlo hecho llegar. Si alguien sabe dónde está colocada Lelonia. . . por fuerza tiene que ser esa persona.

—Es muy posible —contestó el jefe superior— que esa persona lo sepa, pero yo no lo sé.

Estábamos sumamente tristes, pero mi hermano vislumbró todavía un nuevo resplandor de esperanza.

—Señor jefe superior —preguntó por último—, ¿existe un superior más encumbrado que pueda saberlo?

—Ese superior jerárquico podría saber con seguridad dónde queda Lelonia —manifestó el jefe superior—, pero por desgracia ha salido de viaje.

—¿Y cuándo regresa tan alto funcionario? —preguntó nerviosamente mi hermano.

La cara del jefe superior se puso tétrica.

—El encumbrado funcionario —contestó por fin con profunda tristeza— no regresará; nos ha dejado para siempre. . .

—¿Entonces, ya no se puede de hacer nada más? —preguntamos los dos a coro con desesperación—.

¿Nadie sabe dónde queda Lelonia?

—He allí la cuestión, señores. Yo no puedo ayudarlos —respondió el jefe superior, dándonos a entender sin más trámites que la audiencia había terminado.

Con lágrimas en los ojos abandonamos el recinto. Ya no nos quedaba ni tan siquiera un pañuelo de mano. Hacía tiempo que los habíamos. . . tirado para procurar algo más de lugar para los mapas y los globos terráneos. Íbamos camino de nuestra casa enjugándonos las lágrimas con las mangas. Pocos metros antes de llegar a la puerta de calle, mi hermano se detuvo en seco.

—Escucha —dijo en tono de deducción—. El jefe superior interrogó uno tras de otro solamente a cuatro jefes de departamento. Pero es muy posible que haya cinco jefes y que él no lo hubiese recordado.

—Pero los llamó a todos —contesté yo—, uno tras de otro, el del Sur, el del Norte, el del Este, el del Oeste. ¿Crees que hay otros puntos cardinales?

—No sé —contestó reflexivamente—. Es decir, que no lo sé con exactitud. Pero no es imposible que haya todavía cinco o más puntos cardinales. Tenemos que volver a entrevistar al jefe superior y cerciorarnos.

Nuevamente hizo su entrada en nuestro corazón la esperanza. De una corrida llegamos al edificio de correos. Pero resultó que el jefe superior estaba ocupado y no le fue posible recibirnos. No tuvimos otro remedio que comenzar de nuevo a gestionar una audiencia. Otra vez el asunto iba para largo. Entregamos solicitudes, efectuamos llamadas telefónicas, nos procuramos presentaciones, y redactamos pedidos. Pero no tuvimos suerte. El jefe superior nos hizo saber que estaba sumamente ocupado, que ya nos había recibido una vez y hecho en nuestro favor todo lo posible, pero que al presente no le era posible seguir ayudándonos. Nos sentimos definitivamente aniquilados. Todas las posibilidades habían sido intentadas, cerrados estaban todos los caminos. Como tampoco sentíamos ningún deseo de continuar buscando en los mapas, nos sentamos en nuestra casa y rompimos a llorar. Actualmente ya estamos muy viejos y según todas las probabilidades nunca lograremos saber dónde está Lelonia; con seguridad nunca nos será dado contemplar ese país. Pero tal vez alguno de ustedes tenga más suerte que nosotros, tal vez un buen día encuentre el camino de Lelonia. Y si lográis llegar a ese lugar, en nuestro nombre entregad a la reina de Lelonia un capucho de religioso y hacédle referencia de lo mucho que nos hemos esforzado por acertar con su país. . . ¡con cuán poca fortuna!

Pero casi me olvidaba ya de comunicarles sobre el contenido del envío postal. Desde luego lo habíamos abierto de inmediato. Contenía una esquila muy breve en la que un habitante de Lelonia, un cierto Ibi Uru, nos comunicaba que se había enterado de nuestro interés por Lelonia. Por ese motivo se permitía hacernos llegar una colección de antiguas y modernas narraciones muy breves, bastante conocidas en su país. Por

desgracia el remitente olvidada hacer mención del lugar donde está Lelonia. Tampoco consignaba su dirección, de modo que no pudimos contestarle ni agradecerle el envío. La colección de relatos obra en nuestro poder y deseamos entregarlas para conocimiento de ustedes, a fin de que por lo menos algo se sepa referente a Lelonia, el país que vanamente buscamos en el mapa.

## LAS JOROBAS

Cuando Ajo, cierto picapedrero que trabajaba en la construcción de carreteras, empezó a padecer de una joroba, cuatro médicos se dieron cita y empezaron a discutir el caso. No se ha de deducir por ello que en Lelonia, tan pronto como enferma algún picapedrero en seguida se reúnen cuatro médicos; habitualmente ni siquiera es posible divisar a uno solo. Y esa vez tampoco fueron cuatro por el hecho simple de que Ajo hubiera caído enfermo o porque se tratase de un picapedrero. La razón por la que se habían esforzado en encontrarse allí fue sencillamente la misma enfermedad de Ajo, dado que era una enfermedad muy extraña, y, como todo el mundo hace, también los médicos gustan de observar una rareza. Lo peculiar de aquella enfermedad radicaba no solamente en la joroba, ya que una joroba no constituye en sí nada desacostumbrado, y hasta podría decirse que es algo absolutamente normal. Pero esta que nos ocupa no era una joroba simple, sino una joroba maravillosa, una joroba con valor de rareza, una joroba tal como en Lelonia se había visto una sola vez en ciento ocho años o todavía más escasamente. Ya que a medida que se multiplicaba rápidamente su tamaño y se dilataba, iban brotándole con la misma rapidez burujones y ramificaciones extraordinarias y nada comunes que se henchían con vigor y que con el correr del tiempo se desarrollaron hasta convertirse en las partes de un cuerpo humano, a saber: manos, pies, cabeza, cuello, abdomen y parte trasera. (Además, y esto hay que mencionarlo, era lo que se llama una joroba criptógena, que quiere decir una determinada y singular especie de joroba a cuyo respecto los médicos son impotentes para indagar de dónde proviene.) Una vez que los doctores se hallaron reunidos en un gabinete previsto a tal efecto (Ajo no estaba, como es de suponerse, allí presente), comenzaron a tratar de la posibilidad de curar al paciente de semejante joroba.

—Señores —manifestó ante el concilio un viejo médico—, confesemos abiertamente que la medicina de nuestros días resulta impotente ante este caso. Hace ciento ocho años nuestro gran precursor, el cirujano Jaquekis describió un caso análogo. Tampoco él consiguió curarlo. Y si hace ciento ocho años ya no se pudo curar este tipo de joroba, es obvio que hoy no conocemos ningún remedio, en virtud de que antes los hombres eran más sabios.

Cuando terminó, tomó la palabra un médico joven:

—¿Qué podemos hacer? —preguntó—, porque tenemos que hacer algo; de otro modo se nos tendrá por unos incapaces.

—¿Qué hacer? —repitió sorprendido el viejo médico—. Pues tratar al enfermo.

—¡Pero si no hay ninguna clase de perspectiva!

—El tratamiento de un enfermo, querido amigo, nada tiene que ver con las perspectivas de su curación —expresó el médico de mayor edad—. En eso consiste el principio capital de nuestro arte. El objetivo del tratamiento es el tratamiento mismo, tal como el objetivo del canto es el canto mismo y el del juego el juego.

—Yo me inclino en favor del punto de vista —opinó un tercer médico— de que por lo menos podemos curar parcialmente a este enfermo. No podemos, según pienso, ciertamente eliminar por completo la joroba, pero sí detener su posterior crecimiento, enyesándola para que no se agrande y se quede tal como hasta ahora es; por lo demás, eso de que los hombres de hace ciento ocho años hayan sido más sabios que hoy, no está probado de ninguna manera.

—Esto me parece muy fastidioso —dijo en tono categórico un cuarto médico—. Si resulta que ya no podemos curar completamente la joroba, lo que debemos hacer es dejarla en paz.

— ¿Pero por qué?  
— Está claro, porque no podemos curarla.  
— Por completo no, pero sí parcialmente.  
— Eso no quiere decir sino que no se la puede curar. De una manera o de otra la joroba quedará allí, y no nos engañemos creyendo que aquí hay algo que hacer todavía.

Largo tiempo siguieron disputando los médicos, pero entre tanto la joroba prosperaba cada vez más rápido. Las distintas partes del cuerpo que de su seno se habían desarrollado surgían cada vez con mayor relieve y tomaban la forma que les es propia. Sobre la cabeza fuéronse formando cabellos; y ya se podía distinguir con nitidez: ojos, nariz, orejas y boca. Las manos crecían y crecían y las piernas no tardaron en llegar hasta el suelo. Imperceptiblemente, de la joroba había resultado una figura perfectamente humana, un segundo Ajo que —crecido sobre la espalda del primero— se parecía al dueño de casa como un huevo se parece a otro huevo; y aquel mismo día comenzó a hablar.

El primer Ajo, el auténtico, ya desde un principio tuvo sus buenas dificultades con este asunto, dado que sentía una enorme preocupación por su enfermedad. Pero cuando comprobó que sobre su espalda le había crecido un doble, cayó en tal desesperación y espanto que ya no supo a qué lado moverse. Ajo era un hombre tranquilo, cabal, un trabajador consciente, en todas partes querido y apreciado. Pero a partir de aquel momento los hombres no pudieron ya distinguir cuál de los dos era el Ajo auténtico y cuál el que había brotado de la joroba. Mucho peor que todo esto fue, empero, el hecho de que la semejanza de ambos —que a veces hasta ponía en aprietos a la misma esposa de Ajo— tenía validez sólo para el aspecto externo. O sea que el segundo Ajo tenía un carácter completamente diferente del primero. Apenas hacía uso de su voz le salía un grito desagradable, se exaltaba por cualquier pequeñez e insultaba al primero que se le cruzaba por el camino. Especialmente descargaba su rencor en el primer Ajo. Bajo ningún concepto se sentía obligado a trabajar, injuriaba a cuantos podía y se quejaba de que el primer Ajo ni siquiera le permitía caminar.

Esto último correspondía a la verdad, ya que como ambos habían crecido unidos en la espalda y en consecuencia no podían hacer libre uso de las piernas, cuando uno quería ir hacia delante, el otro obligadamente caminaba hacia atrás y viceversa. Esto resultaba sumamente incómodo. Pero todavía no era lo peor. Mucho peor fue que el segundo Ajo, una vez que estuvo completamente desarrollado y que no se lo pudo diferenciar del primero, comenzase a gritar que él era realmente el primer Ajo, o sea, el que fue al principio, y que el otro era la joroba que había crecido de él y que por lo tanto nada tenía de común con un ser humano.

—Córtenme esta maldita joroba —bufaba colérico dirigiéndose a los médicos y a todo el que se le cruzaba en el camino—. ¿He de llevar eternamente esta inmundicia sobre mis espaldas? ¡Qué tremendos ignorantes estos médicos! No saben nada.

Los conocidos a los que Ajo topaba en la calle se maravillaban.

— ¿Eres tú realmente el auténtico Ajo? —preguntaban dirigiéndose, a la joroba. Y ésta se desgañitaba gritando a voz en cuello:

— ¡Claro que soy yo el auténtico Ajo! ¡Quién otro podía ser! ¿Dónde tenéis los ojos? ¿No veis acaso que soy yo? Ya me conocéis desde años. ¡Oh, qué desgracia!

De cualquier modo, para poder marcharse bien seguros, le preguntaban al primer Ajo:

—Y entonces, ¿quién eres tú realmente?

—Yo soy Ajo —decía el otro, pero suavemente, ya que su carácter era modesto y mesurado.

Cuando el segundo Ajo lo escuchaba hablar así, estallaba en una carcajada sarcástica y comenzaba a blasfemar:

— ¡Ahí está, miradlo, una joroba que quiere ser un hombre! ¡Es para no creer! ¡Esta miserable joroba se atreve a querer convencer a la gente de que no es una joroba! ¿Quién eres entonces, tú, bolsa ridícula? —Vociferaba—, ¿eres hombre, dónde está la inteligencia?

¡La joroba que quiere ser Ajo! Eso no lo aguanto. ¡Amputadme esta excrescencia, que voy a reventar de furia! ¡Y tú, calla, esperpento! ¡No hagáis hablar a este monstruo!

De este modo, ante cada movimiento discreto de Ajo, quien en un arranque de desesperación aseguraba que él era el verdadero Ajo, aquella gruñona joroba vomitaba un torrente de injurias y mentiras y afirmaba tan alto y tantas veces que al fin habría de verse que era él el que tenía razón, que muy pronto las gentes, los médicos y los amigos de Ajo, y hasta su propia mujer, perdieron todos la cabeza terminando por creer que el que gritaba más tendría que ser el auténtico Ajo, y que él era el auténtico Ajo. El primitivo Ajo, por el

contrario, cada vez más desesperado y apocado, cada vez más inseguro, seguía murmurando suavemente para sí; pero paulatinamente comenzó a tartamudear y balbucear, y así por último se renunció por completo a prestarle alguna atención. El nuevo Ajio, por su parte, se reveló como un alborotador vulgar que por cualquier pequeñez armaba una camorra.

—Ajio ha cambiado mucho —comentaban con recelo sus conocidos—. Apenas se lo reconoce. Antes era tan bueno, todos lo querían, ¡pero hoy!... ya no se lo puede aguantar.

Otros en cambio no tomaban tan a la tremenda su conducta.

—¡Y qué queréis! —se decían—. Lo que sucede es que ahora tiene una joroba. Semejante desgracia es muy sensible, no es para extrañarse. ...

En seguida recordaron que también muchos otros hombres habían cambiado notablemente a causa de una gran desgracia o de una enfermedad grave, y como cada uno contaba con su propio saber al respecto, Ajio fue olvidado prontamente.

Entre tanto los médicos no habían dejado correr el tiempo sin sacarle algún provecho. Noche y día se la pasaban sentados afanosamente sobre los libros, e investigaron mucho tiempo, hasta que una vez, después de muchos meses, sus esfuerzos se vieron por fin recompensados ya que lograron dar con un remedio contra la joroba.

Tratábase de cierto polvo que había que tomar tres veces al día. Su sabor era amargo y sumamente desagradable, pero quién se fija en semejante cosa cuando se procura curarlo a uno de una joroba. Los médicos probaron su remedio primeramente en muchísimos jorobados, si bien se trataba de jorobados aquejados de jibas comunes.

El efecto fue indescriptible. Para su enorme satisfacción, los dichos médicos pudieron comprobar que individuos afectados de ese tipo de dolencia quedaban curados de la joroba, de modo que experimentaron todos una franca alegría por aquel medicamento. No es de extrañar, por lo tanto, que los médicos ofrecieran aquel descubrimiento o invención al pobre Ajio. Cuando se presentaron delante de Ajio, éste, como es de suponer, comenzó a quejarse (pero no el auténtico, sino el otro) como siempre lo hacía, exigiendo que se actuara en seguida y que se le curase. Sin ninguna clase de vacilación los médicos se ofrecieron a liberarlo de aquella molestia, ponderando las bondades de aquel extraordinario remedio contra la joroba. El primer Ajio, el auténtico, comenzó a lloriquear y machacar en que el verdadero hombre era él, que el otro, por el contrario, era sólo su enfermedad. Pero, ¿quién podía ya tomarlo en serio? Por lo demás se veía aniquilado a gritos por el otro Ajio y groseramente injuriado. Tan sólo el pequeño Ajio, el hijo del legítimo, protestaba aullando a gritos que el primer Ajio era su padre, que el otro era un señor desconocido. Pero nadie le prestaba oídos, ya que la inteligencia de los niños, según se cree, no alcanza a diferenciar mejor que los adultos lo que es legítimo y lo que no lo es. Tras una breve conferencia los médicos le administraron al enfermo es decir, al otro Ajio, a la joroba, el polvo de marras. Con codicia echó mano al remedio el falso Ajio. Claro está que al ingerir el polvo torció feamente la cara dado que era en extremo desagradable. En franco tono de reproche preguntó a los médicos por qué no habían inventado un polvo dulce o por lo menos un remedio con sabor de naranjas. Y el efecto fue tal como se había esperado. Tan pronto como el falso Ajio comenzó a deglutir el polvo, el legítimo Ajio empezó a encogerse y reducirse y a transformarse cada vez en más pequeño y más pequeño, hasta que finalmente quedó transformado en una auténtica joroba sobre la espalda del falso Ajio. Pero como el polvo continuó su efecto, la joroba se convirtió en algo tan pequeño que desapareció, y el falso Ajio —que una vez fue joroba— se quedó allí erguido como un cirio y satis fecho, sin nada ya sobre la espalda. Y de este modo el legítimo Ajio desapareció del mundo. Todos los médicos sin excepción alguna abrigaban la convicción de que por ese medio se había aventado todo género de duda con respecto a la legitimidad de Ajio, ya que solamente quien ha sido desde un principio nada más que una joroba puede transformarse en joroba y luego desaparecer. Tan sólo el pequeño hijo de Ajio lloraba amargamente y se quejaba de que le habían robado a su padre. Pero el falso Ajio molió bien a golpes con el cinturón para que fuera aprendiendo desde un principio que su padre era él y que no debía tomarse el atrevimiento de repetir tonterías.

Después de esta historia Ajio se convirtió en un hombre célebre, ya que algo semejante no le pasa a cualquiera. La gente desde luego no lo quería ya que era un sujeto aborrecible que gozaba en perjudicar a cuantos podía, pero le tenían miedo, según parece, precisamente por esa razón.

Ajio no se conformaba de ninguna manera con sólo haber resultado vencedor. A medida que pasaba el tiempo iba poniendo de manifiesto un comportamiento extraño. Tan pronto como topaba con algún conocido le preguntaba a quemarropa:

— ¿Cuándo os libraréis por fin de vuestra joroba? ¡Con los remedios tan eficaces que tenemos en la actualidad! ¡Deberais concurrir inmediatamente al médico!

—Pero, ¿qué está diciendo usted? ¿Acaso tengo yo una joroba? —le replicaban sorprendidos por semejante chiste. Ajio se limitaba a reír venenosamente.

— ¿De modo que no tienes una joroba? —vociferaba—. ¡Eso es lo que te imaginas! ¡Tú eres un jorobado, querido mío, y de qué manera! Todos vosotros sois jorobados, ¿comprendes ahora? Solamente yo, yo (y al decir esto se golpeaba el muslo con la mano), solamente yo no tengo joroba. Todos los hombres de este lugar son espantosamente jorobados y por pura estupidez no quieren curársela. Como a uno y a otro ya se había dirigido Ajio en la ciudad en tales y semejantes términos, repentinamente sobrevino en la población un espantoso miedo. Cada uno se deslizaba furtivamente hasta su espejo a fin de comprobar si en efecto en la espalda le había crecido una joroba. Aunque todos sabían muy bien que no eran jorobados, a partir de entonces no tuvieron ya un solo minuto de tranquilidad, y no cesaban de ir delante del espejo a observar en detalle sus cuerpos. Finalmente no hubo nadie que estuviese seguro de no ser jorobado. El miedo tuvo como consecuencia que los habitantes unos a otros evitaran el encontrarse. Humillados se deslizaban como sobre mullidas patas a lo largo de los muros de las casas, lanzándose unos a otros furtivas miradas inquisidoras. Sólo Ajio pisaba el suelo henchido de seguridad y orgulloso como un pavo real, fustigando a todos con sus burlas:

— ¡Ea, vosotros, jorobados! —vociferaba con tono chillón—. ¡Todos cargáis espantosas jorobas! ¿Cómo es que no lo sabéis? Realmente estáis todos ciegos!

Cuando hubo transcurrido cierto tiempo, Ajio ideó otro método. Y comenzó sin descanso la tarea de persuadir a aquellos hombres de que no sólo eran jorobados en el sentido corriente, sino que eran jorobas que antes habían sido hombres, a quienes les había sucedido lo mismo que en su momento también a él. Pero a él, a Ajio, había logrado curarlo un medicamento milagroso. Y eso sin embargo no era todo. Ellos, en su calidad de jorobas, hasta habían devorado a los hombres originales, de ahí entonces que en el mundo no hubiera ya, fuera de él, un solo hombre legítimo, sino tan sólo jorobas.

—Tú eres una joroba —le siseaba a cada uno con quien topaba—. ¿Comprendes? Eres una joroba y no un hombre. Lo único que haces es simular un hombre, pero en realidad a ese hombre te los has devorado y ahora quieres venirme con mentiras. ¡Pero sólo yo soy un hombre legítimo!

Enseñando los dientes, bufando y tratando de convencer a todos de que sin excepción eran solamente jorobas, y tan sólo él un hombre, repitió tanto el tema que por último todos empezaron a creer que en efecto eran jorobas y que debían sin dilación alguna dar los pasos necesarios para devolver a la vida a los legítimos hombres que ellos, en calidad de jorobas, se habían deglutido. En ocasiones hasta se sentían embargados de vergüenza, y era evidente lo dolo roso que les resultaba la idea de haber cometido una injusticia con otros.

Y de este modo, un número de hombres cada vez mayor hizo memoria del remedio con que en su momento había logrado Ajio con todo éxito desembarazarse de su joroba, y creyó que tal vez valdría la pena probar dicho polvo. Compraron pues todos aquel remedio maravilloso en cantidades considerables y en dosis mayor que la indicada se la metieron dentro del cuerpo. A esta práctica adhirieron hasta los que habían sido antes jorobados y que gracias al polvo lograron eliminar la joroba.

Pero a causa de que ninguno de ellos tenía una joroba concreta ninguno pudo perderla. Para enorme sorpresa de todos muy pronto les fue dado comprobar que, oh, milagro, se estaba produciendo un efecto completamente opuesto al esperado, o sea, que empezaron a crecer en sus espaldas auténticas y reales jorobas, jorobas que proliferaban del mismo modo que en sus días la joroba del legítimo Ajio. Y también sucedió lo mismo en sentido general: se desarrollaron todas las partes del cuerpo y de éstas se formaron dobles. De este modo púsose de manifiesto que el mismo polvo que aventaba las jorobas de los jorobados, en los no jorobados producía jorobas. Pero hasta que los hombres cayeron en la cuenta de semejante fenómeno, ya fue demasiado tarde. Sobre todas las espaldas habían crecido jorobas, las cuales, como en su momento Ajio, en seguida comenzaron a pregonar a grito pelado que los legítimos hombres eran ellas y los otros las jorobas.

Ajio resplandecía. Entonces se vio rodeado de una enorme cantidad de colegas, de sus pares, aun cuando habían crecido unidos a los primeros dobles. Se asemejaban a Ajio incluso en lo pendencieros, vulgares y

ruidosos; y, como éste había hecho en su día, de inmediato quisieron desembarazarse de sus jorobas, es decir, de los hombres legítimos de quienes habían tomado su origen. Apenas terminaron de tomar forma cuando ya aseveraban con toda osadía que los otros eran jorobas y no cesaban de andar a la greña entre sí. Despiadadamente se mofaban de todos aquellos a quienes tenían que llevar, como presuntas jorobas, cargados a la espalda. Pero entre las jorobas mismas existía concordia. Muy pronto hicieron conocer también, de manera unánime, que ya tenían demasiado y que no querían seguir por más tiempo siendo jorobas; por último ingirieron el milagroso medicamento.

Y entonces se originó en Lelonia una ciudad de jorobas en la que desde luego no se ve ninguna joroba. Sobre este particular carecemos de más información, aunque sabemos muy bien que la ciudad existe todavía hoy.

Resta hacer mención de que sobre el pequeño hijo de Ajo se ejerció presión para que tomase el polvo, con el designio de hacer de él una joroba. Pero el muchacho no aflojó. Cierta día escapó secretamente de la ciudad porque no quería convertirse en joroba.

Y para cuando sea grande ha formado el propósito de regresar a fin de arreglar las cuentas con las jorobas. Pero a pesar de todo, siempre se halla sumamente triste.

## LA HISTORIA DE LOS JUGUETES

En tiempos anteriores los mercaderes de Lelonia mantuvieron un tráfico comercial muy activo con Babilonia. Exportaban con destino a Babilonia principalmente unos estuches especiales para tenedores de uso particular en el consumo de carne de faisán, adquiriendo en cambio en Babilonia rasquetas para camellos. Estos instrumentos eran importados a causa de que en Lelonia en ninguna parte se fabrican, circunstancia esta última proveniente de que en Lelonia, hablando en general, nunca ha habido camellos. (Simplemente no los hubo.) Pero en este momento ese por qué no debe seguir interesándonos. Dejemos más bien que hablen los hechos.

Y el hecho fue que Pigu (llamado por este nombre a causa de que tenía una nariz con cuatro puntos — amarillo, rojo, color naranja y negro—, cuya punta se presentaba ligeramente doblada hacia abajo, por lo cual su dueño tenía cierto parecido con un azor; y una nariz así, grande, ligeramente doblada hacia abajo y que recordaba a un azor, recibía el nombre de "Pigu" en idioma leloniés antiguo, como es preciso saber. En el nuevo leloniés tiene ahora otro nombre, pero conformémonos con ese dato, el hecho fue que Pigu mantenía relaciones comerciales con Babilonia. Cada seis meses poníase en marcha hacia aquel lugar con una considerable provisión de aquellos estuches para tenedores que allí se empleaban en la carne de faisán (los faisanes, en Babilonia, pasaban por ser la dicha de los paladares más refinados, y esto a causa de que allí rarísima-mente se tenía ocasión de verlos; en toda la extensión del país una sola vez se pudo disparar, en el curso de treinta años, sobre un faisán, el cual —quién sabe cómo— se había extraviado en este país), y regresaba con cantidades gigantescas de rasquetas para camellos que los habitantes de Lelonia de inmediato le arrancaban de las manos a precios de usura, exorbitantes. Gracias a estos viajes el comerciante Pigu consiguió acumular una riqueza considerable con la cual mandó construir para su querida hija Memi una hermosa mansión de campo (ha de saberse que "Memi" en lengua leloniense es un verbo y significa todas estas cosas: cabalgar sobre un pequeño elefante de color encarnado y una sola oreja y haciendo girar entre los dedos un moño de seda azul para el pelo, agitándolo como una banderita; a este juego —y con frecuencia lo practicaba— debía la bonita Memi su gracioso sobrenombre).

En cierta primavera, cuando los jardines de manzanilla estaban en flor (las manzanillas de Lelonia son árboles poderosos que alcanzan una altura de seis poninas, siendo la ponina una medida de longitud de aproximadamente el tamaño de la cornamenta de un gamo de cuatro años) y los ríos milagrosos fluían en todas las direcciones (en Lelonia corren sólo en la primavera, fluyendo por medio de las ciudades y cavando su propio lecho a tiempo que van lavando a su paso las calles y las casas; los hombres no se preocupan mucho por esto ya que en primavera en cualquier parte se encuentra un sitio para vivir y en verano los

torrentes de agua ceden y tanto las casas como las calles vuelven a florecer) volvía Pigu de su viaje luego de unas muy buenas operaciones comerciales y sumamente satisfecho. Antes de dirigirse a su propia casa se le ocurrió dar una vuelta por la villa de su querida hija Memi. Y como en ese momento no la encontró en la casa, resolvió esperarla. Tomó cómodamente asiento en el salón y extrajo del portafolios su saca-bocados de perforar globos terráqueos. (Una fábrica leloniesa que elaboraba tenazas para la perforación de globos terráqueos le suministró sus productos a Pigu a precios muy rebajados en virtud de que éste había realizado propaganda para ella en el país de Babilonia al perforar allí los globos terráqueos.) Y como Pigu no tenía otra cosa que hacer sino esperar a su hija, se entretuvo jugando un poco con su tenaza. Pero no tardó en llegar Memi montada en un pequeño elefante de color encarnado con una sola oreja, haciendo desde lejos movimientos con los brazos en señal de saludo, y así que hubo saludado al padre, puso de manifiesto el siguiente pedido:

—¡Oh, papá! —Dijo Memi—, no seas malo conmigo.

—¿Por qué tendría que serlo, hijita mía? —contestó Pigu.

—Querido papá, yo te he dado un gusto, tienes que pagármelo.

El comerciante Pigu comenzó a sentir un poco de preocupación. Demasiado bien sabía todo lo gastadora que podía ser su simpática Memi. Pero, con la más absoluta calma, le preguntó:

—¿Qué quieres decir con ello, querida?

—He pedido que me envíen un globo terráqueo de tamaño natural —contestó Memi. (Aquí cabe hacer notar que en la familia del comerciante Pigu, como por lo demás en toda Lelonia, la perforación de globos terráqueos había sido una ocupación preferencial. Tanto grandes como pequeños se pasaban a menudo los días entregados con pasión a este juego, debido a que en Lelonia, entre otras cosas, las perforaciones en los globos terráqueos eran también muy baratas.)

Por un momento el comerciante se quedó mirando ensimismado. ¿Qué debía pensar sobre eso de tamaño natural? Pero finalmente cayó en la cuenta de que en el mundo todas las cosas deben poseer desde luego un tamaño natural, es decir, un tamaño que les es señalado por la naturaleza. Lo mejor sería pedirle a Memi que le diese algunas explicaciones más detalladas.

—Quiere decir un globo terráqueo que es tan grande como toda la tierra. La cuenta pedí que te la envíen a ti. Mira, allí traen ya el globo acabado por completo —dijo Memi saltando de alegría al mirar por la ventana.

De puro miedo el comerciante Pigu no se atrevió a levantar la mirada. Febrilmente se puso a cavilar sobre la cantidad de rasquetas para camellos que le sería imprescindible vender para recaudar el dinero que demandaría aquel globo. Pero eso sobrepasaba sus fuerzas. Entre tanto los empleados del bazar habían descargado el globo. De repente Pigu empezó a moverse con nerviosidad. Con toda rapidez lanzó una mirada por la ventana y, con su avezado ojo de comerciante, pudo apreciar el lamentable estado de las cosas.

Realmente se trataba de un globo de tamaño natural, y en lo que respecta a él, el comerciante Pigu, ni en toda su vida habría podido vender tantas rasquetas para camellos como para dejar saldada la cuenta de ese globo. Sin pérdida de tiempo concibió una decisión enérgica. Lanzando su atribulada mirada por la ventana, emitió un grito:

—¡Por favor, llévense de vuelta ese globo! Yo no pienso pagarlo. ¡Está mal hecho!

Los muchachos del bazar se encogieron de hombros, sin pronunciar palabra volvieron a cargar el globo dichoso sobre sus espaldas y se lo llevaron de vuelta. Pero la bonita Memi se echó a llorar amargamente.

—Papá, ay, papá, papá malo —decía la pequeña entre sollozos—; cómo te duelen unas pocas monedas, y ni siquiera quieres darle un pequeño gusto a tu Memi. ¡La vejez te ha hecho tacaño, papá! ¡Hasta un juguete para tu nena te resulta caro!

Y por buen espacio de tiempo estuvo repitiendo todos esos reproches. El comerciante Pigu tenía un corazón muy tierno y ese asunto le resultaba penoso. No dispuesto a seguir escuchando semejantes quejas ni queriendo soportar de por vida el peso de una deuda de tal calibre, hizo la tentativa de explicar a su hija de la forma más clara que en realidad no tenía dinero para un regalo tan caro. Le prometió que tan pronto como prosperase bastante y fuera lo suficientemente rico le compraría un globo terráqueo no menor en tamaño al que acababa de rechazar. (Y se entregó a la esperanza de que entre tanto Memi crecería y se daría cuenta de lo impropio de su exigencia.) Como este consuelo no prendió sin embargo en Memi y continuó llorando y haciéndole reproches a su padre, el comerciante se puso a pensar, dolido de aquel asunto, de qué manera podría alejar de la mente de su hija aquel desengaño. Y he aquí que de pronto se le ocurrió algo.

—Hijita querida —le dijo consolándola—, vas a tener otra vez tu globo, y hasta uno más grande todavía. A este que trajeron recién lo despaché de vuelta porque estaba mal fabricado. Pero consuélate, tendrás todo el globo terráqueo real, que es realmente un globo legítimo, y podrás perforarlo.

La pequeña Memi no era tonta. Comprendía lo grande del regalo. y tal vez por ello se hizo un poco la caprichosa y critica, alegando que el otro globo era más lindo y de una fábrica mejor; pero tan pronto como consiguió arrancarle a su padre la segura promesa de que al día siguiente la llevaría al restaurante donde al mediodía podía beber un exquisito zumo de naranjas, se dejó consolar. Y salió corriendo de allí, alegremente echó mano de su sacabocados de perforar el globo terráqueo y se dedicó a jugar.

Pero las consecuencias no se hicieron esperar mucho. Hasta llegada la noche toda la tierra fue perforada, y paulatinamente comenzaron a llegar a Lelonia telegramas procedentes de todos los países para preguntar quién estaba agujereando la tierra de manera tan despiadada. Pero por desgracia ya era demasiado tarde. Antes de que nadie se diese cuenta, la pequeña Memi lo había perforado todo. Toda la tierra no consistía ya sino en puros agujeros y apenas era posible usarla.

Tiempos difíciles sobrevinieron para el comerciante Pigu. Como obligadamente tuvo que salir responsable por su hija, se vio frente a gigantescos gastos de reparación. Pero como no tenía dinero, fue metido en la cárcel mientras Memi continuaba jugando. Y ahí está sentado Pigu (por lo demás sigue sentado así hasta el mismo día de hoy) pensando con tristeza que nada aprovecha el ser avariento con el dinero para los juguetes.

## EL BELLO ROSTRO

Cierto aprendiz de panadero de nombre Nino daba mucho que hablar de sí a causa de su bellissimo rostro. Poseía en efecto la cara más hermosa de todo el contorno y las muchachas volvían sus ojos a mirar a Nino cuando pasaba por la calle, tal la atracción que ejercía el hermoso rostro del joven panadero. Por desgracia, Nino tenía que trabajar junto al horno en una panadería húmeda y calurosa, lo cual como es sabido ejerce una acción desfavorable sobre las caras hermosas. Agréguese también que Nino, como todos los hombres, a veces tenía sus preocupaciones, y ya se sabe cuánto dañan a la belleza las preocupaciones. Cierta día en que Nino se contemplaba en el espejo comprobó muy atribulado que la vida comenzaba a cavar sus huellas en su cara. Para los otros lo único evidente era que el rostro de Nino continuaba siendo hermoso. Y esta belleza era lo que Nino quería poner a resguardo de la malignidad del tiempo. Así las cosas, púsose en camino para la ciudad de Lípoli, donde estaban a la venta unos pequeños cofres destinados a la conservación de los rostros. Semejante cofre era un objeto caro y Nino viese forzado a contraer deudas con sus vecinos para poder pagar el cofre. La ocasión le pareció lo bastante de importancia como para aceptar el contraer deudas. Y de este modo adquirió el pequeño cofre y colocó su rostro en lugar seguro. Aunque se trataba de un cofre caro, presentaba un inconveniente o defecto: había que llevarlo constantemente con uno y no era posible separarse de él ni un solo momento, ya que con su pérdida perdíase también, al mismo tiempo, el rostro. Pero como Nino tenía en tan alta estimación su propia belleza, apechugó también con la mencionada incomodidad. Ocultó pues su rostro y lo llevaba ininterrumpidamente consigo a todas partes, ya se tratase del ir al trabajo, a dar un paseo o a dormir. Es de imaginar además que en medida creciente atendía a que no se gastase y que su belleza permaneciese intacta. Durante las primeras semanas de tiempo en tiempo cuidadosamente lo sacaba del cofre para lucirlo los días de fiesta. Pero así que cayó en la cuenta de que a los hombres también en los días de fiesta les suceden tribulaciones y preocupaciones que ejercen influencia en el rostro, renunció a aquella práctica. A partir de entonces ya nadie pudo ver más el hermoso rostro de Nino. Las muchachas ya no le dieron importancia, a causa de que un Nino sin cara sencillamente no les interesaba. Y todas aquellas que un tiempo antes habían señalado con admiración la belleza de Nino. pasaban ahora indiferentes junto a este hombre sin cara. Pero entre tanto tal era la inquietud angustiosa de Nino acerca de

su belleza, que hasta dejó casi por completo de abrir el cofre, a fin de que su rostro no se expusiera a la humedad, al sol o al viento. Con el correr del tiempo los habitantes de la ciudad echaron en el olvido el hermoso rostro de Nino, y hasta él mismo lo había olvidado en virtud de que ya no abría el cofre. Sin embargo, cuando pensaba un poco en el asunto se sentía extraordinariamente orgulloso de ser el más hermoso joven de toda la comarca. En efecto, era el más hermoso, aunque ya nadie pudo comprobarlo con sus propios ojos.

Por ese tiempo sucedió que un conocido sabio leloniés de nombre Kru pasaba por la ciudad, viéndose obligado a causa del mal tiempo a permanecer algunos días en un alojamiento. Por las conversaciones de los huéspedes se entera Kru del destino de Nino y siente el deseo de conocer personalmente al muchacho. Pónese en camino hacia la casa donde habitaba Nino, y lo invita a conversar.

—Corre la voz —empezó diciendo Kru— que eres el joven más hermoso de esta comarca.

—Es cierto —contestó Nino en tono solemne.

—¿Podrías brindarme alguna prueba?

—Claro que puedo —respondió Nino.

Pero inmediatamente recordó que para hacerlo tenía que extraer del cofre su hermoso rostro y exponerlo, con lo cual quedaría librado a la influencia del viento y del polvo. De modo que sin pérdida de tiempo agregó:

—Podría... pero no quiero, porque el rostro lo tengo a buen recaudo.

—Está bien; pero sácalo y muéstramelo.

—No puedo porque se gastaría, y tengo que conservar mi rostro.

—¿Por qué no lo llevas puesto?

—Para que por más tiempo siga siendo hermoso.

—¿Quiere decir que en el futuro volverás a usarlo?

Nino se quedó muy pensativo. Hasta ese mismo momento no había pensado en ello. Creía simplemente en que tenía que conservar a buen recaudo su rostro, pero no sabía si en el futuro habría de usarlo nuevamente.

—No lo sé —contestó—. Propiamente no sé por qué tendría que usarlo. La experiencia me enseña que también sin cara se puede vivir muy bien.

—Puede ser... —ratificó el sabio Kru—. Muchos hombres han vivido sin cara. Pero, ¿se vive mejor así?

—Eso no —confesó Nino—. Pero de ese modo no se gasta.

—¿De modo que tú quieres conservarlo hermoso para después?

—Yo quiero que permanezca eternamente hermoso.

—¿Para quién?

—Para nadie. Simplemente tiene que permanecer hermoso.

—Me temo —dijo reflexivamente Kru—, que pretendes alcanzar algo que es imposible.

Acto seguido se despidió de Nino, le dispensó un compasivo gesto de reverencia con la cabeza y se alejó.

Hacía ya tiempo que había transcurrido el plazo fijado por la deuda que había contraído para adquirir el pequeño cofre. Pero como un operario de panadería gana poco es fácil imaginar que Nino no tenía dinero. Su vecino y acreedor exigía la devolución del préstamo y amenazaba hasta con la justicia y la cárcel. La desdicha estaba en la atmósfera. Nino cayó en la desesperación. Nadie quería prestarle más dinero, ya que todos sabían que no había pagado sus deudas atrasadas. Y en Lelonia existe la cárcel para los deudores que no pagan.

Tras un largo conflicto interior y un infructuoso esfuerzo por conseguir dinero decidióse Nino a devolver el pequeño cofre y usar otra vez su rostro. Al día siguiente viajó a la ciudad de Lípoli y allí comenzó a buscar el negocio en donde había comprado su cofre.

—Quisiera devolver este cofre —dijo dirigiéndose al vendedor.

—¿Cuándo lo compraste? —le preguntó éste.

—Hace quince años —contestó Nino. En este preciso momento recién cayó Nino en la cuenta de que había tenido oculto su rostro por espacio de quince años, y se alegró de haberlo conservado fresco y juvenil pese a los quince años.

Pero el vendedor se sonrió compasivamente.

—Quince años —dijo por último— es un tiempo largo. No tienes más que mirar el cofre. Está sobado, manoseado y tiene machucones. No creo que haya alguien que me lo compre. No sacaría por él ni siquiera la décima parte de su precio anterior. No, no, mi querido Nino, no lo puedo tomar de vuelta.

—Pero. . . —tartamudeó Nino espantado—, ¿cómo haré para pagar mis deudas?

—No lo sé, querido Nino, realmente no lo sé. Cada uno tiene que pagar sus propias deudas. Siempre hay que calcular bien antes de tomar dinero a préstamo.

Después de rechazada su propuesta, muy abatido y perturbado Nino se puso en camino de su casa. En su situación sólo le quedaba una cosa: la prisión. Eso era invariable. Cuando llegó a su casa ya lo estaba esperando un policía para comunicarle que al otro día debía comparecer en el tribunal justo a las doce. Durante toda la noche estuvo quebrándose Nino la cabeza buscando una salida de aquel atolladero. Comenzaba ya a apuntar el día cuando llegó a concebir la decisión de trasladarse nuevamente a Lípoli.

Pero esta vez lo que buscó fue el "monte de piedad".

—Quisiera trescientos patronales —dijo Nino. (El patronal es una moneda leloniesa; esa suma era la que antes había costado el cofre.)

—¿Y qué ofrece como prenda? —preguntó el administrador del "monte de piedad".

—Entrego —dijo solemnemente Nino—, entrego como prenda mí hermoso rostro, intacto del tiempo. Además el cofre que es la garantía de esa inmutabilidad.

—En seguida veremos —contestó el administrador echando mano de un grueso libro de la estantería en el que constaban los precios de todos los rostros humanos. Después abrió el cofre y con ayuda de una lupa examinó a fondo el rostro de Nino. Efectivamente presentaba un aspecto juvenil y casi intacto. Nino experimentó una íntima y suave conmoción al volver a verlo después de tantos años. A continuación el funcionario del establecimiento de préstamos inspeccionó nuevamente el cofre, y una vez examinado detenidamente dijo en resolución:

—Por el rostro con el cofre te doy doscientos patronales, ni uno más. Y cuando pase medio año eso mismo te cuesta trescientos de rescate.

Se trataba de condiciones gravosas y Nino vaciló mucho tiempo antes de aceptar; la suma que se le ofrecía era menor que la de sus deudas. Pero era el caso que en toda la comarca no había otro "monte de piedad" y muy problemático también que en otro lado le ofrecieran más.

—Bueno, de acuerdo —contestó Nino.

¿Qué otra cosa le quedaba? Entregó el cofre con el rostro, recibió en pago de los doscientos patronales y en seguida regresó a su pequeña ciudad. Sin pérdida de tiempo buscó en ella a su vecino y acreedor, le pagó doscientos patronales dejando prometido entregarle dentro de la mayor brevedad los cien restantes. Por cierto no sabía aún de dónde iban a salir todos esos patronales, pero, ¿qué otra cosa decir? El dicho vecino convino en desistir de la demanda judicial, pero le hizo saber a Nino, con la máxima energía, que por el resto del dinero no esperaría más de medio año.

Nino se sentía interiormente desgarrado y su depresión era extrema. Cierito es que por el momento el peligro del encarcelamiento había pasado, pero la carga de la deuda seguía siendo grande y, por otra parte, había tenido que prescindir de su rostro. Transcurrieron otros seis meses, en cuyo lapso se esforzó Nino infatigablemente por obtener un nuevo préstamo a fin de dejar saldada su deuda con el vecino y poder rescatar el rostro empeñado en el "monte de piedad". Pero todo en vano. Tan pronto como transcurrieron los primeros tres meses el vecino presentó una nueva demanda judicial que no tardó en convertirse en un juicio, de cuya-resultado Nino fue metido en la cárcel.

Durante mucho tiempo esperó el prestamista de Lípoli la llegada de Nino. Pero éste no apareció. Cansado de la espera, el funcionario del "monte de piedad" extrajo finalmente el rostro del fondo del cofre y lo puso en manos de sus hijos que estaban jugando por el patio. Los pequeños hicieron en seguida del rostro de Nino una pelota y se pusieron a jugar al volley-ball. Muy pronto fue apenas dable reconocer que aquella vieja pelota había sido una vez el bello rostro del joven Nino.

Pero de todo eso no tiene Nino ni la menor sospecha. Sigue sentado allí en la prisión y tiene por lo menos un leve consuelo. A todos les cuenta algo de su hermoso, de su muy hermoso rostro al que nada ni nadie puede aventajar, aparte de que no se desgasta:

—Realmente, poseo el rostro más hermoso de toda esta comarca. Es más hermoso que todo lo que podéis imaginar vosotros. Está guardado en un pequeño cofre, a resguardo de todo. Ya podréis verlo vosotros pronto, y entonces quedaréis admirados de tanta belleza.

Hasta allí el consuelo de Nino en la prisión, donde sigue sentado siempre y sosteniendo que es dueño del rostro más bello del mundo. En la pequeña ciudad muchos hombres sienten piedad por él. Están convencidos de que Nino es desgraciado. Pero persiste en conjurar su desdicha. ¿No tendría que haber sabido que sólo los hombres ricos pueden permitirse comprar pequeños cofres para conservar en ellos incólumes sus rostros?

Entre tanto, los hijos del prestamista juegan por el patio con una pelota que de día en día se pone de peor aspecto, resultando cada vez menos apropiada para el juego.

## DE COMO GYOM SE CONVIRTIÓ EN UN SEÑOR DE EDAD

Gyom era vendedor de frambuesas en la ciudad de Batum. Era joven todavía y su mujer Mek-Mek aún más joven. Creía, sin embargo, que para los hombres jóvenes las probabilidades de conseguir en Lelonia una buena colocación eran escasas. De ahí que resolviese transformarse en un señor de mayor edad y meditase en las formas de llevar a cabo su propósito.

—Mek-Mek —le dijo cierto día a su mujer—, he llegado a la decisión de transformarme en un hombre mayor.

—Oh, no lo hagas —soltó un grito Mek-Mek—, ¡yo no quiero a un viejo por marido!

—Me dejaré crecer la barba y el bigote —siguió diciendo Gyom.

— ¡Ah, es un espanto! —replicó Mek-Mek con decisión.

—Y usaré un paraguas.

— ¡Nunca estaré de acuerdo con semejante cosa!

—Y un sombrero de fieltro.

— ¡Te ruego por lo que más quieras que no lo hagas!

— ¡Y usaré mis buenas galochas!

— ¡Sólo sobre mi cadáver!

—Y unos anteojos.

— ¡No tiene sentido!

—Pero, querida Mek-Mek, sé razonable. Tú bien sabes que los hombres mayores de edad tienen los mejores puestos en Lelonia, y ganan mucho más.

—No quiero saber nada de mejores puestos y no te permito que te conviertas en un hombre de mayor edad.

—En ese caso, no —dijo Gyom cerrando el diálogo. Sin embargo, para su colete pensaba que de algún modo persuadiría a Mek-Mek o por lo menos la embrollaría para que no se diese cuenta de nada cuando él se transformase en un señor de más años. En efecto; ya para el día siguiente había meditado Gyom un plan completo. Fue y compró una buena porción de un emplasto de color rosa y lo aplicó en la parte baja de su cara, donde crecen la barba y los bigotes, porque había resuelto dejarlos crecer debajo del dicho emplasto con el propósito de que su mujer no los viese. Acto seguido adquirió una sombrilla. Para poder llevarla oculta consiguió un estuche para contrabajo y metió dentro la sombrilla. Luego vino el sombrero de fieltro. Para poder mantenerlo oculto le colocó encima una lata o caja metálica, tal como habitualmente se hace en reemplazo de un tacho de basura, y la cosa salió bien. Claro que todo aquello resultaba bastante incómodo, pero el caso fue que el sombrero no se veía. Por último se deslizó dentro de las galochas, sobre las que extendió a manera de cubierta un tejido como de cestilla cubierto de una especie de parafina roja con el propósito de que las galochas no fuesen vistas, asegurando el todo mediante unos cordones atados a las piernas. Y finalmente se caló unos anteojos ocultándolos debajo de una máscara de gas cuya parte inferior había quitado por innecesaria.

Entonces Gyom se sintió completamente satisfecho. Con la parte inferior del rostro dada de emplasto y la superior cubierta con una máscara de gas, la caja de lata sobre la cabeza, cestillas en las piernas y un

estuche para contrabajo en la mano, recorrió las calles de la ciudad, y a todo esto Mek-Mek ni remotamente cayó en la cuenta de que había sido burlada. Efectivamente, ella iba acompañándolo en el paseo e imaginando que Gyon seguía siendo todavía un hombre joven, mientras que en realidad Gyom era un hombre barbado, con anteojos, que caminaba haciendo girar el paraguas, para no hablar de las galochas y el sombrero de fieltro. Más no tardó en echarse de ver claramente que Gyom no había alcanzado el objetivo propuesto. No era sólo Mek-Mek la que no había advertido nada de la transformación de su marido en un hombre de más edad, sino que también para las demás gentes el hecho permaneció oculto, ya que nos les fue posible ver la barba, el sombrero de fieltro, las galochas, los anteojos y el paraguas. No es de extrañar por lo mismo que nadie pensase, al ver venir a Gyom caminando por la calle, que se acercaba un hombre de edad mayor seguía considerándose un hombre joven como cualquier otro. Lo único que se creían en la obligación de decirle era que, en el último tiempo, lo notaban un poco más pálido. Y de este modo, a pesar de todos sus esfuerzos, Gyom no obtuvo ninguna colocación mejor pues en todos los lugares donde se presentaba a pedir trabajo le decían:

—Sí, pero usted es muy joven, este puesto está destinado para personas de más años. Si usted tuviera una barba, si usara anteojos, un paraguas y un sombrero de fieltro, las cosas serían diferentes, ¿pero así de este modo?

Quiere decir que su situación no avanzaba, y Gyom no tuvo más remedio que volver a vender frambuesas. Pero no cejó en su propósito de transformarse en un hombre de más años y elucubró algunas otras cosas. Mandó le preparasen dos cartelones de latón con el consiguiente contenido: HOMBRE MAYOR, y se colgó uno por delante y otro por detrás, a fin de que todo el mundo supiera de quién se trataba. Lamentablemente tampoco aquel experimento alcanzó su objeto. Las gentes desde luego leían el cartelón, pero tan pronto como descubrían que se trataba de Gyom, se decían unos a otros:

— ¡Pero este no es un hombre mayor! No tiene una barba, ni usa anteojos, no lleva sombrero ni galochas ni paraguas. No, amiguito, a nosotros no nos engañas, tú eres un joven como todos los demás. Gyom sufría tanto por aquellas contrariedades y tan fastidiado se sintió finalmente por obra de sus fracasados esfuerzos que resolvió adoptar un procedimiento nuevo e intrépido. Arrancó de cuajo el emplasto que cubría la barba y el bigote crecidos entre tanto, quitó la máscara de gas, sacó de sobre su cabeza la caja de latón, liberó asimismo las cestillas de las piernas, extrajo del estuche del contrabajo el quitasol y de este modo se mostró una mañana a los ojos de su mujer Mek-Mek.

A la vista del espectáculo Mek-Mek se puso a gritar de espanto:

—Gyom, querido, ¿qué has hecho? Tu aspecto es el de un extravagante. ¡Te has transformado en un hombre de edad! ¡Y eso que te regué que no lo hicieras!

Y a estas palabras agregaba un copioso y amargo llanto.

—Mek-Mek, querida mía, tranquilízate —trataba de consolarla Gyom—. Lo he hecho solamente por ti. Quería conseguir un puesto mejor y ganar un sueldo más grande. Imagínate cuánta más Agua de Colonia y coloretos podré comprarte.

Pero Mek-Mek se sentía tan desolada y desengañada y lloraba de una manera tan violenta que Gyom optó por marcharse a la ciudad, con profunda amargura, para no tener que escuchar aquel llanto. Ambos estaban recíprocamente en los peores términos y transcurrieron tres días sin que se dirigieran la palabra. Íntimamente Gyom sentía cierto arrepentimiento por el paso dado, un arrepentimiento secreto, pero ya era demasiado tarde. La cosa había sucedido y ya nada podía ser cambiado, es decir, Gyom tenía una barba, unos anteojos calzados sobre su nariz, galochas en los pies, un paraguas en la mano y un sombrero como corresponde en la cabeza. En ello no había nada que sutilizar y nada que reparar.

De este modo Gyom se convirtió en un señor de mayor edad y como a tal lo trataban todos en la vía pública. Hasta pudo descolgar de su espalda y de su barriga los cartelones de marras, ya que se habían hecho superfluos en vista de que sin más ni más todo el mundo podía ver que Gyom era un señor de edad. Y entonces renovadamente se dio a la búsqueda de un empleo mejor, y no tardó en enganchar en un gran hotel en el puesto del individuo que cambia el agua de los floreros. Entonces ganó más, disfrutó de una consideración general y estuvo contento. Para persuadir a Mek-Mek de las ventajas que reportaba esta transformación compró para ella coloretos en mayor cantidad. A partir de aquel momento Mek-Mek paseaba por la ciudad pintarrajeada de pies a cabeza y no tan sólo, como en otros tiempos, dados de humilde carmín los labios. Cuando logró darse cuenta de todo esto dedujo que Gyom había actuado bien, ya que gracias a su

esfuerzo ella podía mostrarse ahora llena de coloretos, y por otra parte en toda la ciudad sabían que no era una cualquiera, sino la mujer del que vaciaba el agua de los floreros en un hotel de lujo.

Sin embargo un buen día sucedió una desgracia. Como de costumbre Gyom había ido a la pileta de natación para tomar un baño. Dejó en la orilla su paraguas, el sombrero de fieltro, los anteojos y las galochas y saltó al agua. Cuando tras un breve lapso apareció de nuevo en la superficie comprobó, oh, dolor, que lo habían robado. ¡Le habían robado todo! Gyom estaba desesperado, pero a gran diligencia tuvo que tomar el camino del trabajo. De modo que se encaminó, sin sombrero de fieltro, sin paraguas, anteojos ni galochas en dirección del hotel, consolándose con pensar que por lo menos le habían quedado barba y bigotes. Cuando lo vio el gerente del hotel, la sorpresa de este funcionario fue muy grande:

—Gyom —dijo—, según veo se ha transformado usted en un hombre joven. ¿No sabe usted que no podemos colocar hombres jóvenes en un cargo de tanta responsabilidad como el cambiador de agua de los floreros? ¡Desgraciadamente tengo que despedirlo!

—Pero tengo una barba y un bigote —contestó Gyom desesperado.

—Barba y bigote no hacen un señor de edad —explicó con resolución el gerente—. Sin sombrero de fieltro, anteojos, galochas y paraguas no hay señor de edad.

Lleno de furia abandonó Gyom el establecimiento. El episodio lo había molestado en tal medida que fue en derechura donde el peluquero y le mandó quitar al rape barba y bigote. Estaba firmemente resuelto a convertirse nuevamente en un hombre joven. Pero cuando regresó a su casa tan lisamente rasurado, Mek-Mek empezó a estrujarse nerviosamente las manos:

—Gyom —gritó con vehemencia—, según veo te has transformado otra vez en joven. ¿Piensas acaso que yo deba darme por satisfecha?

—Pero Mek-Mek —se disculpó Gyom—, antes no querías que me convirtiese en un señor de edad.

—De acuerdo, pero ahora necesito mucho colorete para poder pintarme. Como hombre joven nunca ganarás bastante.

Con no menor decisión aclaró seguidamente Mek-Mek que no le gustaban los jóvenes para marido. Abandonó pues a Gyom y se casó con un señor de edad que ganaba mucho sueldo a causa de que en una peluquería para perros peinaba a uno de los llamados salchicha, y en toda Lelonia pasaba por ser el mejor peinador de perros salchicha. De modo que Gyom se encontró solo y volvió a trabajar como vendedor de frambuesas.

Con esto ya la historia podría darse por satisfecha, de no haber tenido lugar el siguiente suceso: Algunas semanas después de transformado Gyom nuevamente en un hombre joven, la policía logró cazar al ladrón que en su momento le había robado el sombrero de fieltro, el paraguas, las galochas y los anteojos. Como en seguida se comprobó, el ladrón llevaba todos esos objetos consigo, de modo que la policía los puso a disposición de su dueño. Gyom estaba en el colmo de la dicha. Calzóse las galochas, calóse los anteojos y el sombrero, cogió el paraguas y a toda diligencia se puso en marcha hacia el hotel en el que antes había trabajado, para pedir al gerente lo repusiera en el cargo de limpiador de los floreros. El gerente puso de manifiesto una mayúscula sorpresa ante el pedido de Gyom.

—Querido Gyom —le dijo—, pero usted no tiene ahora ni una barba ni tampoco bigote.

—Pero tengo sombrero, galochas, anteojos y este paraguas.

—Un sombrero, unos anteojos, galochas y un paraguas no hacen un señor de edad —replicó el gerente en tono decidido—. Ante todo ¡la barba y el bigote! Sin ellos no hay señor de edad.

Sumamente afligido Gyom abandonó el hotel, dado que una vez más había fracasado en su intento de convertirse en un señor de edad. A todo correr fue a verse con Mek-Mek y le pidió que volviese con él, ya que otra vez se había convertido en un señor de edad (en realidad no había sucedido tal, lo dijo por decirlo).

Pero Mek-Mek de inmediato descubrió el engaño, se le rió en la cara y le hizo saber también que no quería tener un marido que no poseyera ni barba ni bigote y que sólo en apariencia era un señor de edad. Con profunda tristeza regresó Gyom a su casa, dispuesto a realizar cualquier clase de esfuerzos para hacer crecer su barba en el término de cuatro horas, pero desde luego sin ningún resultado favorable. Una desgracia muy raramente viene sola. Se le comunicó además que no podría seguir desempeñando el puesto de vendedor de frambuesas, en virtud de que para esos cargos sólo se procuraba hombres jóvenes, y en cuanto a su caso no podía saberse con precisión si era una persona de edad o un joven, ya que usaba sombrero, anteojos, galochas y paraguas. No tenía, a decir verdad, ni barba ni bigote, pero todo su aspecto era sumamente ambiguo.

Una vez que se quedó completamente sin trabajo, Gyom resolvió convertirse en un bebé de pecho. Esto, pensó él para sí, era lo mejor, ya que en definitiva algo tenía que llevar a la boca, y de un bebé cualquiera se hace cargo. De modo que se acostó largo a largo en el parque, dentro de un pañal, y comenzó a patear como los niños, a mover las manos a manera de remos con la profunda esperanza de que alguien, viéndolo abandonado, lo levantara y le diera de comer. Desgraciadamente lo traicionó el sombrero que se había olvidado de quitarse, aunque se había desembarazado de los anteojos, las galochas y el paraguas. Y, de esta forma, un policía que iba de camino atravesando el parque, en seguida echó de ver que Gyom no era un bebé de pecho. Con máxima energía lo exhortó para que abandonara aquel propósito tan hipócrita. Y Gyom nuevamente tomó la senda de su casa. Ciego de cólera cogió el sombrero que tan miserablemente lo había vendido ante el policía, y se lo comió. Ni lágrimas ni súplicas le valieron al sombrero: el pobre quedó reducido a cero.

Desde aquel momento la vida se le convirtió a Gyom cada vez más en un tormento. Permanentemente estaba transformándose. Ora se convertía en señor de edad, ora en hombre joven, ora en bebé de pecho. Pero siempre se olvidaba de algo y el engaño quedaba a descubierto. Se le hacía la vida imposible y lo amenazaban. Y hasta el mismo día de hoy sigue Gyom, a pesar de todos sus fracasos, siempre de nuevo con sus ensayos, vistiéndose hoy de una cosa y mañana de otra.

Lo cierto es que Gyom está en una situación apretada. De ahí que si alguno de vosotros encuentra en el parque un bebé de pecho berreando a moco tendido, acaso con un sombrero o en galochas, haceos cargo de él sin más consideraciones. Es decir, se trata de Gyom, siempre a la espera de que alguien lo recoja y lo alimente.

## DEL HOMBRE CÉLEBRE

Tat ansiaba convertirse en un hombre célebre. Pero no simplemente célebre, sino que quería ser considerado el hombre más grande del mundo. Una vez que lo hubo pensado muy bien todo, advino a la convicción de que no se puede ser al mismo tiempo grande en todo, sino que se ha de elegir una determinada especie de actividad y destreza para convertirse después en un maestro de la misma. Largo tiempo estuvo meditando Tat en qué dominio le convendría distinguirse para ser el mejor del mundo. Como Tat era de talla mediana sabía muy bien que no le sería posible convertirse ni en el hombre más pequeño ni en el hombre más grande del mundo. Asimismo le pareció que sus probabilidades eran nulas para transformarse en el mejor músico o bien en el saltador en largo más distinguido del mundo. De modo que para comenzar hizo la tentativa de ser el poseedor de los pantalones más largos del mundo, y al efecto mandó le cosieran unos pantalones de treinta metros de largo. Pero Tat soportó solamente dos días aquellos pantalones ya que las perneras se enredaban y eran un obstáculo para su andar. Entonces se dio a pensar en otras posibilidades. Tenía un amigo que era casi calvo; casi, en razón de que aún le quedaban dos o tres pelos en toda la cabeza. Y así las cosas díjose Tat que estaría bueno que poseyese la más perfecta calva del mundo, y acto seguido mandó le cortasen al rape hasta el último pelito. Para desgracia suya no tardó en encontrar poco después a uno que era exactamente tan calvo como él, y como en Tat realmente la calvicie había alcanzado un *maximum*, no le fue posible sobrepajar a su competidor. A continuación hizo Tat el ensayo de cambiar corbata con más frecuencia que todos los demás hombres, para advenir de esta forma a la fama de ser el más grande cambiador de corbatas del mundo; y no tardó en ser tan perfecto en este dominio que podía cambiar sesenta veces por día su corbata. Sin embargo, la fama se hacía esperar. Entonces puso Tat todo su empeño en ser el más joven de todos los hombres que eran mayores que él, y el más viejo entre todos los que eran menores que él. Sin embargo, cuando comenzó a hacer referencia del asunto, muchos no llegaron a comprender por qué se proponía semejante cosa, y de este modo cayó Tat finalmente en la cuenta de que era poco el aplauso que le aportaba su ambición frente a la humana estupidez. Por último se aplicó a freír los

buñuelos más grandes del mundo, pero durante el trabajo se le desmigajaron los buñuelos, y seis semanas de fatiga fueron al traste.

En seguida se puso a pensar en una actividad que él pudiera ejecutar mejor que todos los demás hombres, y en tal sentido sometió a examen su talento. Como era un porcachón por naturaleza y su traje siempre era muestrario de numerosas manchas, dio en la idea de que acaso en ese campo podría alcanzar algún mérito; y así fue que quiso devenir el más grande productor de manchas de este mundo. Metiósele en la cabeza ostentar tal cantidad de manchas en su traje que nadie pudiera sobrepasarlo. Este propósito le salió positivamente bien, pero su renombre fue de muy corta duración. Ejercitose también en el enhebrar rápido la aguja y quiso ganar fama como el mejor enhebrador de agujas. A continuación aprendió a tender una cama en un santiamén, con la esperanza de convertirse en el mayor tendedor de camas del mundo. Más tarde sintióse fuertemente atraído por la carrera de mejor descorchador de botellas, de mejor arrancador de páginas de libros nuevos, de más eminente extinguidor de fósforos y de más insigne apretador de tubos de pasta dentífrica. Era también el mejor encendedor de velas, el mejor y más grande triturador de platos y el máximo abrochador de botones de chaleco. Una vez que Tat se vio dueño de tantos y tan notables conocimientos, echó de ver también que era objeto de una mayúscula injusticia, ya que habiéndose destacado en tantas cosas como el mejor del mundo, su fama no había crecido mucho, sin embargo; al paso que otras gentes eran mucho más célebres y tenían fama en el mundo, aunque sólo eran los mejores en una sola especialidad, a saber:

Uno saltaba más alto que todos;  
Otro levantaba el mayor peso;  
Otro nadaba más rápido que los demás, y  
Otro poseía la mayor cantidad de dinero.

Todos eran hombres muy célebres, y sin embargo, Tat, que sabía tantas cosas en su expresión máxima, en el mejor de los casos disfrutaba de la admiración de unos pocos conocidos, fuera de los cuales nadie tenía ni noticias de los hechos de Tat. En consecuencia de todo esto arribó Tat a la convicción de que el mundo estaba muy mal gobernado, ya que en él se presentaban tan injustamente distribuidos la fama y el reconocimiento.

Con esta lacerante congoja se dirigió Tat a un amigo que habitaba en una de las casas vecinas. Dos días transcurrieron hasta que llegó a dicho lugar, debido a que entre tanto, entre otras cosas, se había convertido en el peatón más lento del mundo. Expuso ante el amigo muy por lo menudo su afligente preocupación, ya que desde hacía algún tiempo había resuelto transformarse en el más estupendo tartamudo del mundo, necesitando para cada palabra, en consecuencia, incluso para pronunciar su nombre, que por cierto era muy breve, por lo menos una hora. Pero finalmente logró terminar su relato y entonces pudo preguntar, en demanda de consejo, qué debía hacer para convertirse en hombre célebre.

El amigo respondió que el asunto era completamente sencillo. Ante todo había que poseer mucho dinero, puesto que todo hombre con mucho dinero podía advenir rápidamente a la fama.

—Ciertamente, ciertamente, ciertamente—contestó Tat. (Y aún repitió muchas veces más esta palabra, en virtud de que, entre otras cosas, se había convertido en uno de los que con mayor frecuencia repetían la palabra "ciertamente" en este mundo—). Pero, ¿por qué hay que tener tanto dinero?

—Sumamente sencillo—opinó con suficiencia el amigo—, porque es preciso hacerse de un gran renombre. Todo hombre muy célebre puede tener mucho dinero con suma facilidad.

—Ciertamente—convino Tat—. ¿Pero cómo se puede ser célebre?

—Ya te lo he dicho—recalcó, con impaciencia, el amigo—. Hay que tener mucho dinero.

Todo aquello estaba en regla, pero entonces Tat cayó en la cuenta de que el consejo del amigo era un buen consejo, sólo que no llegaba a comprender de qué manera lo seguiría a causa de que dicho amigo no quería dar más explicaciones. La injusticia siguió atormentándolo, y en ese punto comenzó a jugar con la idea de si acaso no sería lo mejor morir como el hombre más joven del mundo; pero de inmediato se dio cuenta de que nunca podría lograr semejante cosa. Por si acaso mandó que le hicieran el lápiz más largo del mundo y el mayor botón de camisa (pesaba cuatro toneladas). Cesó por completo de comer frutillas e hizo saber a todos que era el hombre que comía menos frutillas en el mundo. Por último se dijo Tat a sí mismo que un medio seguro para advenir a la celebridad consistía en hacer algo de la manera peor del mundo. Aprendió, en consecuencia, a montar en bicicleta de la manera peor del mundo, escribió los peores poemas del mundo y confeccionó los peores pantaloncitos de baño. Mientras su espíritu se formaba en esta dirección, vino a él

finalmente aquel grandioso pensamiento que de habersele presentado antes le hubiera ahorrado realmente muchas fatigas. O sea que resolvió convertirse en el hombre menos célebre del mundo. Sin más trámite echó de ver que para dicho objeto le era obligatorio abandonar la ciudad y trasladarse a un lugar donde ya nadie pudiera tener más noticias suyas.

Y así sucedió. Un buen día Tat desapareció sin dejar rastros. Mientras se aprestaba a desaparecer calculaba desde luego que en su calidad de hombre menos célebre del mundo el salto a la celebridad sería una cosa rápida. Y una vez que hubo desaparecido, sus amigos se quebraron durante algunos días la cabeza pensando qué habría podido sucederle a Tat, pero inmediatamente después lo olvidaron, y de este modo Tat alcanzó su objetivo, es decir, se convirtió en el hombre menos célebre del mundo. A partir de entonces nadie sabe nada tocante a su persona, y tampoco nosotros. Tal es la razón por la cual no hay nada más que informar sobre Tat.

## DE COMO EL DIOS MAIOR PERDIÓ SU TRONO

Sobre la ciudad de Ruru ejercía su imperio el severísimo dios Maior. Este dios Maior había promulgado una ley a la que todos tuvieron que someterse, ya que configuraba el fundamento de la administración de justicia en la dicha ciudad de Ruru. Entre otras cosas decía lo siguiente:

- I. Ha de saberse que todo lo que para los hombres es abajo, para el dios es arriba, y lo que es arriba para los hombres, es abajo para el dios.
- II. Quien sostenga que no está abajo para el dios todo lo que para los hombres está arriba, y viceversa, será arrojado al infierno. Pero quien actúe conforme a la ley, entrará en el cielo.
- III. Quien no se equivoca en la tierra tampoco puede equivocarse después de la muerte, y quien en la tierra se equivoca no puede mejorar después de la muerte.

El dios Maior dio a conocer también otras disposiciones, pero las tres citadas eran las más importantes. Fueron puestas en conocimiento de todos los hombres para que después nadie pudiera decir en su descargo que no había sabido nada de la cuestión. Casi todos los que escuchaban repetían de viva voz y a coro que todo lo que para ellos está en lo alto, para el dios está abajo, y viceversa, dado que, como es de imaginar, ninguno quería ir al infierno. Por lo demás, estaba en vigencia el repetir con la mayor frecuencia posible el texto entero de estas leyes para mostrar por ese medio que se las conocía y para permanecer vivo en el recuerdo del dios. Cuando, por ejemplo, un maestro explicaba en la escuela a los niños que los arroyos corrían hacia el valle, en seguida tenía cuidado de agregar:

—Pero para el dios corren hacia arriba del cerro.

Si por acaso alguno decía que estaba para marchar calle atajo para comprar una caja de fósforos, de inmediato se corregía y completaba la frase:

— . . .pero para el dios él marchaba hacia arriba. Si alguno señalaba que un pájaro volaba por las alturas, acto seguido subrayaba que para el dios el pájaro volaba hacia abajo, etc. Con el correr del tiempo los hombres se acostumbraron a esta manera de hablar; sí, y hasta se sintieron muy satisfechos del procedimiento, a causa de que cuanto mayor fuese la frecuencia con que lo hicieran, tanta mayor seguridad adquirirían de que luego de la muerte el dios los llamaría consigo.

En la ciudad había dos hermanos: Ubi y Obi. Nunca reñían entre sí y vivían íntimamente unidos, tal como suele ser raro el caso entre hermanos. Ambos se ganaban la vida con la elaboración de pelotas de goma que no tenían aplicación en nada. Los habitantes de Ruru compraban estas pelotas de goma con suma satisfacción a causa de que les permitía jactarse de su riqueza ante el resto de la población. O sea que en esta ciudad la posesión de muchas cosas inútiles era signo inequívoco de riqueza. Mas a fin de que nadie tuviera que atormentarse en la búsqueda de cosas inútiles, de una vez por todas quedó establecido que todos cuantos quisieran mostrar su riqueza debían hacer acopio de pelotas de goma. De suerte que en la ciudad había muchos obreros que fabricaban exclusivamente pelotas de goma para los ricos. Entre ellos figuraban Ubi y Obi.

Al igual que todos los demás habitantes de la ciudad, ambos hermanos observaban celosamente las leyes del dios. Por ejemplo, cuando Ubi mandaba a su hermano menor al sótano a buscar material para las pelotas, en seguida se cuidada de agregar:

—Pero para el dios el material tú lo traes desde arriba.

Y cuando Obi desde la ventana se ponía a mirar y veía que las nubes se amontonaban en el cielo, en seguida complementaba su frase:

—Pero para el dios las nubes se amontonan abajo.

Cierto día, de manera completamente inopinada sucedió una cosa extraña. Obi había observado que en la parte superior de la pata de la mesa se había producido un agujero. Se lo hizo notar a su hermano, pero no perdió ni una sola palabra en comentar el asunto. Ubi no le asignó ningún valor a dicha circunstancia; simplemente creyó que se había olvidado del agregado de rigor, y por su cuenta agregó de inmediato:

—Pero para el dios el agujero se ha producido abajo en la pata de la mesa.

Obi guardó unos minutos de silencio, y de repente comenzó a gritar con furia:

—Nada de abajo; ¡dije que arriba!

—¡Cómo arriba! —exclamó Ubi inmensamente asustado—. ¡Dije que para nosotros arriba, pero para el dios abajo!

—¡Cómo abajo! Esta es la parte inferior —dijo señalando la pata de la mesa—, y ésta la superior. Y el agujero está en la de arriba.

Ubi quedó tieso de espanto.

—¡Qué estás diciendo! —Dijo censurando a su hermano—. Para el dios....

—¡Para el dios o no para el dios —manifestó Obi con decisión—, el agujero está en la parte superior y basta! ¡No quiero oír hablar más de abajo, pues el agujero está arriba!

—Dime, Obi, ¿no será que estás chiflado? —Siguió diciendo el hermano—. ¿Te das realmente cuenta de lo que estás diciendo? Tal vez tengas un poco de fiebre...

—No tengo nada de fiebre. El agujero está en la parte superior, lo estoy viendo con mis ojos. Y esa manera de decir que para el dios está en la parte de abajo me parece sencillamente ridícula, y por lo demás me resulta incomprensible.

—Se ha vuelto loco, loco —gritó Ubi, histérico

Salió corriendo de la casa a toda diligencia en procura de vecinos para pedir ayuda. Delante de la casa no tardó en darse cita una apiñada multitud de personas que contemplaba a Obi con verdadero espanto; unos sentían piedad por él, los demás se mostraban irritados. Obi no se preocupaba ni mucho ni poco de la situación. Muy tranquilo había tomado asiento en la tierra y repetía tenazmente:

—Está en la parte superior, en la parte superior —y no dejaba hablar a nadie.

Durante cierto tiempo los hombres permanecieron rodeándolo, pero paulatinamente empezaron a ver que el asunto era aburrido y a tomar cada uno por su lado, en especial porque Obi seguía en sus trece, es decir, en su afirmación. Ubi había poco menos que envejecido de rencor, y en términos generales casi ya no hablaba con su hermano. Por su parte, Obi ni siquiera pensaba en enmendarse. Al contrario, su obstinación era cada vez mayor. Finalmente declaró Obi que tenía resuelto cesar en la fabricación de pelotas de goma, ya que resultaban completamente inútiles. En lugar de esa actividad se hizo ducho en la preparación de pelucas verdes destinadas a los cazadores de pájaros. En lo sucesivo éstos se calarían pelucas verdes y se estarían al acecho por las orillas del bosque. Atraídos por la frescura del verde los pájaros tomarían las cabezas de los cazadores por árboles y descenderían a ellos. Los cazadores no tendrían entonces más que estirar la mano para cogerlos, sin ningún esfuerzo, de sus propias cabezas. También se dedicó a coser pantaloncitos para canarios.

A partir de aquel momento cada uno de los dos hermanos trabajó solo y por su cuenta. No tuvo, sin embargo, Obi mucha ocasión de ejercer su oficio. Toda la ciudad estaba indignada por su estúpida oposición, de modo que la totalidad de los habitantes compraba sus pelucas, de pura rabia, en casa de otros maestros en la materia.

Muy pronto no tuvo Obi a nadie a quien poder vender sus trabajos y murió de aflicción. Pero con todo no confesó sus faltas y mantuvo tenazmente su posición hasta el momento de cerrar los ojos, a saber:

— ¡Lo que está abajo, abajo está! ¡Lo que está arriba, está arriba!

¡Y basta! ¡Si algo ya está abajo, luego no está arriba, y si arriba, luego no está abajo! ¡Y basta!

Tales las estúpidas afirmaciones que formuló, sin permitir que nadie lo ilustrase.

Una vez muerto Obi, se presentó ante el tribunal del dios Maior.

Sintió mucho espanto porque recién entonces se le reveló la clase de castigo que le correspondía por la vulneración de las leyes. La acción procesal fue sumaria dado que no existían dudas.

—Tú dijiste falsedades —manifestó el dios Maior con severidad— al sostener que lo que está abajo abajo está. Cada uno sabe que lo que para los hombres está abajo, para mí está precisamente arriba, y viceversa. Tú has contravenido mis leyes.

—Me enmendaré —murmuró Obi, con timidez, porque sintió miedo.

—Si te enmendaras —dijo a voz en grito el dios— contravendrías nuevamente mis leyes, ya que una de ellas expresa que quien en la tierra se equivoca, no puede enmendarse después de la muerte.

Con ello el asunto quedó terminado y Obi fue condenado al infierno.

El infierno era un inmenso campo de cieno sin un solo hombre.

En él se andaba errante, solitario y vencido de la fatiga. Obi se echó a llorar amargamente.

A Ubi lo afectó profundamente el destino de su hermano. Pero, ¿qué podía hacer para remediarlo? Como tenía la costumbre de afligirse cuando carecía de consejo, no tardó en morir de aflicción a continuación de su hermano.

Pero como Ubi durante todo el tiempo de su vida había observado todas las leyes del dios, el dios Maior lo recibió benignamente en su seno; y le fue permitido penetrar en el cielo. En el cielo había muchos hombres y Ubi encontró allí a casi todos sus conocidos que habían muerto. El cielo era un lugar seco y confortable, todos se sentían dichosos y repetían a coro:

—Somos muy dichosos, oh, ¡qué dichosos somos! En el cielo todo el mundo es dichoso, ninguno tiene preocupaciones, pero en el infierno es horrible; cómo nos alegramos de que el dios Maior nos haya recibido en el cielo.

Todos iban repitiendo esta cantinela por turno, y durante todo el día no se ocupaban en otra cosa.

Desde el comienzo, Ubi había tenido su lugar entre todos los otros. También él estaba constantemente repitiendo:

—Somos muy dichosos aquí, oh, ¡qué dichosos somos! Paulatinamente iba creyendo que en realidad era muy dichoso ya que en rigor de verdad no le faltaba nada. Pero, transcurrido cierto tiempo, se dio a pensar otra vez en su hermano, y en el corazón sintió un profundísimo dolor. Se imaginó los espantosos tormentos que debía estar padeciendo su hermano en el infierno. Por cierto espacio de tiempo enmudeció. Un viejo vidriero que estaba sentado a su vera y que le era conocido desde los días de la tierra, le aplicó un codazo en las costillas, a modo de estímulo.

— ¿Por qué callas tanto, Ubi? —le preguntó el vidriero.

—Pensaba en mi hermano. — ¡Ah, claro!

—Está en el infierno y es muy desdichado.

—Pero tú estás en el cielo y eres dichoso.

—No lo sé precisamente.

— ¿Cómo que no? —dijo, dando un respingo, el vidriero—. El dios Maior lo ha mandado así y tú debes obedecer.

Pero Ubi rompió repentinamente a llorar.

—No puedo, no puedo. Yo no soy dichoso, oh, y ¡cómo sufre mi pobre hermano!

Casi todos se alarmaron y sintieron fastidio por semejante alteración del orden.

—Ubi, razona, vuelve en ti —le decía severamente el vidriero—. Tu hermano fue condenado con razón, ¡menospreció las leyes!

—Con razón o sin razón, es mi hermano —contestó Ubi, entristecido.

— ¡Ahora nada puedes hacer!

— ¡Pero yo no soy dichoso!

—Eso es imposible, escúchame bien, ¡imposible! ¡En el cielo todos son dichosos!

—Pero yo no soy dichoso, yo no soy dichoso —gritaba Ubi—. No soy dichoso en lo más mínimo pues mi hermano está en el infierno y sufre mucho

Ubi no se había dado cuenta que le estaba pasando lo mismo que una vez a su hermano le pasó en la tierra, el cual sucumbió a una especie de enajenación y ya no quiso prestar oídos a nadie. Todos procuraban persuadirlo, exhortarlo para que reflexionase, pero en vano. Ubi no se dejaba convencer y persistía en que no era dichoso a causa de que su hermano estaba en el infierno. El dios Maior, el omnisciente, inmediatamente se puso tras aquel asunto. Comenzó por producir tan sordo estrépito que los moradores del cielo estuvieron a punto de morir de miedo; incluso en el infierno la salpicadura del cieno llegó a lo alto. El pobre Ubi destilaba fango y de muy buena gana se hubiera dado un baño, pero fuera de fango y cieno no había otra cosa para lavarse.

—Ubi —gritó el dios—, ¡tranquilízate!

—Quiero ir con mi hermano —insistió Ubi—. ¡A donde está mi hermano!

—Eso no se puede —rugió el dios—, tu hermano no puede enmendarse, así lo dispone la ley.

— ¡Quiero estar con él en el infierno! —gritó Ubi.

—Eso no se puede —el dios golpeó el suelo con el pie—, ¡es imposible! Quien en la tierra no se equivocó, tampoco puede equivocarse después de la muerte. Así es la ley. Quien está en el cielo no puede entrar jamás en el infierno.

Y a continuación tuvo lugar algo espantoso. Todos enmudecieron de pavor al ver a Ubi incorporarse de repente y prorrumper en gritos llenos de odio y amargura:

— ¡Lo que está abajo, abajo está; lo que está arriba, está arriba! ¡Y basta! ¡Si algo ya está abajo, luego no está arriba, y si arriba, luego no está abajo! ¡Basta!

Eran exactamente las mismas palabras por las que su hermano había sido arrojado en el infierno.

El dios Maior quedó mudo y estupefacto. Pero aquello era sólo el comienzo. Un par de los más audaces moradores del cielo, quienes también tenían en el infierno a sus hermanos o hermanas, a sus padres o sus hijos o prometidos o amigos, movidos por el ejemplo de Ubi comenzaron a secundarlo y a gritar con él:

—Nosotros no somos dichosos. ¡Preferimos estar en el infierno! Lo que está abajo, ¡abajo está!

Aquello se mantuvo así algunos momentos, y en seguida fueron uniéndose otros al coro de voces. En el cielo no tardó en sobrevenir una especie de locura cuando todos cayeron en la cuenta de que tenían en el infierno a sus amigos o parientes. ¡Y se pusieron a repetir al unísono!

— ¡Lo que está abajo, abajo está! ¡Lo que está arriba, está arriba! ¡Y basta!

El dios Maior hizo la tentativa de sobreponerse a la multitud con su voz, y lanzó una especie de tronido: — ¡Escuchad! ¡No podéis hacer lo que estáis haciendo! La ley establece que quien en la tierra no se equivoca tampoco puede equivocarse en el cielo. ¡Estáis haciendo algo imposible! ¡Algo imposible!

Pero nadie le prestaba oídos. Todos continuaron gritando hasta quedar completamente roncacos:

— ¡Lo que está abajo, abajo está! ¡Lo que está arriba, está arriba! ¡Y basta!

La situación fue haciéndose cada vez más imposible. El dios Maior tuvo ganas de mandarlos a todos juntos al infierno, pero no pudo porque la ley decía que quien llega una vez al cielo no puede ya equivocarse. Meditó también en mandar a buscar a todos los moradores del infierno para meterlos en el cielo, pero tampoco eso prosperó porque la ley decía que una cosa semejante era imposible. Tampoco podía dejar las cosas en las condiciones presentes, ya que la ley establecía: al que blasfeme, el infierno. El dios Maior no tardó en darse cuenta de que se hallaba frente a una situación desesperada, y que sólo quedaba una única salida, la cual iba a parar a lo mismo. Trepóse pues a una especie de taburete y desde allí anunció, calmado que se hubo un poco la multitud, con un acento de cólera triste:

— ¡Os comunico mi abdicación! Renuncio. Ni un solo minuto más gobernaré vuestros destinos. Arreglaos vosotros mismos.

De inmediato se produjo un revuelo mayúsculo. El cielo estaba arriba y el infierno abajo. Así era para los hombres. Para el dios la cosa era por cierto al revés, y mientras la situación se mantuvo este orden pudo mantenerse de alguna manera. Mas ahora que el dios había abdicado, todo el cielo comenzó a bajar (es decir, para el dios a levantarse) y el infierno a subir (es decir, para el dios a hundirse). Muy pronto el cielo y el infierno se encontraron a mitad de camino y lentamente se confundieron entre sí. Lo que allí salió no era ni infierno ni cielo; había charcos cenagosos, aunque también podían verse lugares secos; en algunas partes era

frío y en otras cálido. Nadie sabía propiamente lo que había pasado, pues para acontecimientos semejantes no se habían previsto en las leyes del dios ninguna clase de nombres. Y de repente todos se encontraron nuevamente: los del infierno y los del cielo. Todos hallaron a sus hermanos, sus amigos, sus familias y conocidos, a los que no veían desde tiempos inmemoriales y a los que no debían volver a ver. No tardaron en encontrarse Ubi y Obi y en confundirse en un estrecho abrazo.

A partir de entonces, los habitantes vivos y muertos de la ciudad de Ruru tienen que gobernarse por sí mismos. Lo que estaba abajo, abajo estaba, y lo que arriba, arriba. Al comienzo la cosa los confundió un poco, pero después fueron acostumbrándose a este nuevo orden.

Y esta es la forma en que perdió el dios Maior su dominio sobre los habitantes de la ciudad de Ruru.

## LOS REMIENDOS ROJOS

— ¡Qué hermoso día! —dijo Etam.

—Tienes un remiendo en el pantalón —contestó Nita con severidad.

— ¡No tengo ningún remiendo!

— ¡Digo que tienes uno!

— ¡No tengo ningún remiendo!

— ¡Digo que tienes uno!

Etam se marchó muy agraviado. Ciertamente pensó que tenía un remiendo rojo en el pantalón, pero Nita casi no tenía derecho a reprochárselo ya que ese pantalón se lo había desgarrado al intentar coger para ella peras verdes del árbol del vecino. Pero mucho peor que todo eso era que el remiendo comenzaba a crecer. A la mañana tenía el tamaño de una ciruela, al mediodía el de un tomate grande y hacia la noche alcanzó las dimensiones de un zapallo bastante desarrollado. Con explicable inquietud observaba Etam el remiendo que se agrandaba, ya que este fenómeno, le pareció algo sumamente extraño. Por cuyo motivo se puso en camino hacia la casa de su amigo Syso, que lo sabía todo. Syso sometió a estudio el remiendo que crecía sin cesar y declaró que el culpable de todo era desde luego Etam, ya que por una nada de nada había arrancado peras en el huerto del vecino. Etam sintióse nuevamente agraviado y por su parte declaró que Syso era un tonto que no tenía ni la menor sospecha de por qué causa aquel remiendo Grecia. Hacia la medianoche el pantalón se había transformado en un único remiendo rojo. Hubiera podido hacerse pasar este hecho, en caso de necesidad, como una salida, pero de algún modo siempre sucedía que cada uno que llevaba la vista a los pantalones al punto echaba de ver que se trataba de un remiendo y no de pantalones rojos; o, de otro modo, que los pantalones sólo consistían en un gran remiendo y que en modo alguno eran pantalones auténticos. Etam, por lo demás, no poseía otros pantalones. Y de esta forma resultó que, en términos generales, no tenía pantalones, sino tan sólo un remiendo.

Pero hubo todavía algo mucho peor, es decir, que Syso pudo observar, tan pronto como Etam se marchó luego de una media hora larga, que también sus pantalones ostentaban un remiendo rojo, aunque él no había cogido ninguna pera del árbol del vecino. Según todas las apariencias se había contaminado en el contacto con su amigo. De modo que a toda diligencia corrió a casa de otro amigo para referirle el caso, y lo contagió también. Al otro día todos los jóvenes de la aldea exhibían remiendos rojos en los pantalones. Los remiendos crecían, y hacia el anochecer ya ninguno tenía pantalones, sino que cada uno circulaba dentro de un remiendo rojo.

La situación se tornó peligrosa. No es posible circular por la calle sin pantalones. Un remiendo rojo... era una cosa ridícula y a la vez riesgosa. Todos los jóvenes se reunieron para comentar en común la situación y ver de adoptar algunas eventuales medidas. El primero en usar de la palabra fue Syso:

—Yo soy de la opinión —dijo Syso— de que el culpable de todo esto es Etam. Nos ha contagiado su remiendo que él contrajo en el robo de las peras. De suerte que a él le corresponde ahora comprarnos nuevos pantalones.

—Y yo creo —dijo otro de los jóvenes—, que la culpable de todo esto es Nita, a cuyos deseos cedió Etam en el momento de coger las peras. De suerte que es ella la que tendría que comprarnos otros nuevos pantalones.

Acto seguido púsose de pie Etam y se dirigió a sus camaradas:

—jóvenes —empezó diciendo—. Es muy doloroso para mí haberles contagiado el remiendo. Desgraciadamente no tenía la menor sospecha de lo que pasaría, ya que no soy clarividente. Pantalones me es imposible comprarlos, ya sabéis que no poseo dinero. Ni siquiera yo puedo comprarme unos pantalones.

Dicho esto volvió a tomar asiento y el caso se dio por terminado, ya que todos sabían muy bien que ni Etam ni Nita poseían dinero y que por lo tanto no podían comprarle pantalones a nadie.

— ¿Qué podemos hacer ahora? —gritó Syso—. No podemos andar así sin pantalones.

—Nuestros padres nos comprarán unos —intervino un jovencito.

— ¡Pavadas! —vociferó Syso—. ¿Quién ha visto que los padres compren pantalones? Eso no es solución, tenemos que tomar la cuestión en nuestras manos.

En ese momento Nita llegaba a la asamblea. A decir verdad nadie la había invitado, pero no se quería que se marchase. Nita era una muchacha muy bonita y los jóvenes la miraban con placer. En las presentes circunstancias se esperaba de ella algún consejo, ya que los asambleístas se dijeron que también Nita era responsable en cierto sentido de los remiendos y de la falta de pantalones.

— ¡Ayúdanos, Nita! —clamaron todos.

—Tengo una idea —respondió Nita—. Sencillamente tomaremos los remiendos en calidad de pantalones.

—Pero todo el mundo ve que no son pantalones sino remiendos.

— ¡De dónde! Que son remiendos se sabe sólo porque se recuerda que en su día crecieron. Pero si a esos remiendos les llamamos pantalones nadie se dará cuenta.

El discurso de Nita resultó del agrado de los jóvenes, en especial porque no se disponía de otro. Hicieron saber públicamente que todos los jóvenes de la aldea llevaban pantalones rojos y que ninguno tenía un remiendo. Y, efectivamente, el asunto resultó bien. Las gentes de edad en seguida notaron que los jóvenes llevaban pantalones rojos, y de este modo todo el episodio pasado fue cayendo paulatinamente en el olvido.

Desgraciadamente las vacaciones de verano habían llegado a término y los muchachos tuvieron que volver a la escuela. Todos se hicieron presentes en ella y tomaron asiento en sus lugares acostumbrados.

Cuando llegó el maestro los examinó un momento y quedó estupefacto.

—Jóvenes —dijo a voz en grito—. ¿Qué significa esto? ¿Habéis venido al colegio sin pantalones?

— ¿Cómo dice? —fueron repitiendo uno tras otro los alumnos—. Todos tenemos pantalones. ¡Nuevos pantalones rojos!

— ¡Tened un poco de vergüenza! —dijo el maestro con severidad—. Ninguno de vosotros tiene ni siquiera un pedacito de pantalón. Lo que lleváis encima son remiendos, y lo estoy viendo con estos ojos. Ni el menor rastro de pantalones. Marche cada uno a su casa y póngase un pantalón. No pienso dar clase a ningún alumno sin pantalones y poner en juego mi honor profesional. Dicho esto abandonó el aula. El resultado fue un revuelo tremendo, a causa de que los muchachos comenzaron a dar gritos y a considerar en alta voz cómo es que al maestro se le había ocurrido que ellos no traían pantalones y que sólo ocultaban las desnudeces de sus cuerpos debajo de remiendos.

—Con este asunto de los pantalones pasa algo raro —se dijo Etam con aire preocupado—, si de sólo verlos se da cuenta uno que son un puro remiendo y que no son genuinos pantalones.

— ¿En qué podrá consistir?

—Tengo una idea —gritó Nita.

El revuelo hízose todavía mayor. Los muchachos ya no tenían gana de escucharla ya que evidentemente les había dado un mal consejo. Pero, dado que a ellos no se les ocurrió nada, accedieron finalmente en escuchar a Nita.

—Mi idea es ésta —dijo Nita—: Durante este último tiempo ninguno de vosotros ha trepado a un árbol porque teníais miedo de desgarraros los pantalones. Pero tiene que haber alguien que trepe a un árbol, se haga un agujero en el pantalón y luego le cosa un remiendo. Si os hubierais pegado antes un remiendo, ahora tendríais que coser un remiendo sobre otro remiendo y llevarlo en calidad de pantalón. Más tarde os contamináis con el pantalón, así como antes con el remiendo. De este modo retornáis al pantalón.

Ensayémoslo —dijo Syso atormentándose—. No nos queda ninguna otra salida. Pero, ¿quién sube al árbol?

—Vamos, ¿cómo quién? ¡Etam, desde luego!

Y así se resolvió. Etam trepó al árbol, se colocó a horcajadas sobre una rama en forma de horqueta y se hizo un considerable agujero.

Luego le aplicó un remiendo y los muchachos se sentaron alrededor, codo contra codo, a la espera de contagiarse recíprocamente.

Esperaron y siguieron esperando, pero nada sucedía. Estaban furiosos contra Nita pues otra vez les había dado un mal consejo. Ninguno contrajo el contagio.

Y mientras estaban así sentados al borde del estanque pasó por allí montado en su bicicleta el cartero. Ya se sabe que los carteros son gente muy discreta, propiamente son la gente más discreta del mundo. De ahí que a los muchachos se les ocurriera que acaso el cartero podría ofrecer algún consejo razonable. Rogáronle pues se apease y de inmediato le expusieron todo el caso.

Pero el cartero no tuvo más remedio que reírse de la ignorancia de ellos.

— ¡Pero, muchachos! —dijo—. Tenéis que aprender mejor. ¿No les enseñan en la escuela que se contagian sólo los remiendos, pero nunca los pantalones?

Al respecto los jóvenes no sabían absolutamente nada. Sólo entonces tuvieron una vislumbre de esa verdad. Pero, ¿qué saldría de allí? El cartero dijo después que no tardaría en largarse a llover y siguió su camino.

Como no tenían a disposición ningún otro consejo y para ellos todo era lo mismo, todos los jóvenes comenzaron a trepar a los árboles, cosa que no hacían desde ya mucho tiempo. Claro está que en seguida se hicieron grandes agujeros en los pantalones. Como se acaba de decir, a la sazón para ellos todo era igual. Cada uno remendó el agujero cosechado, y al día siguiente concurrieron a la escuela con los mismos —tal como acostumbraban decir— con los mismos pantalones rojos, pero profusamente remendados. Llegó el maestro y echó una rápida mirada a toda la clase. Los muchachos aguardaban con incertidumbre qué cosa fuera a decirles ya que el aspecto era todavía peor que el día antes, o sea, que tenían puestos los mismos pantalones simulados, que en modo alguno eran pantalones y que además exhibían agujeros y remiendos. Pero, ¡oh, milagro! El maestro examinó detenidamente toda la clase y movió la cabeza con gesto de aprobación.

—Bien, jóvenes —dijo—; como veo, habéis tomado a pecho mis palabras. Por fin tenéis pantalones.

De pura admiración los jóvenes no pudieron pronunciar palabra. Etam, el más audaz de todos ellos, púsose finalmente de pie y dijo:

—Señor maestro, todos tenemos puesto lo mismo de ayer, sólo que le hemos hecho agujeros y le colocamos remiendos. El maestro se sonrió.

—Queridos muchachos —dijo—: ayer ninguno de vosotros tenía puestos los pantalones, sólo tenía remiendos. Entendedlo bien, llevábais remiendos y no pantalones remendados. Pero hoy tenéis puestos pantalones remendados. No existen, sin embargo, los pantalones remendados, sino que estáis completamente remendados. En consecuencia, tenéis que calzar vuestros propios pantalones. Eso era lo que yo exigía. Yo no dije que debíais presentaros sin remiendos; lo que reclamaba era que tuvierais vuestros propios pantalones. Ahora los tenéis. Y de este modo todo está en el orden mejor.

Seguidamente dio comienzo la clase, en cuyo transcurso el maestro habló acerca de la constitución de las agallas. Los jóvenes apenas prestaban atención; estaban muy desorientados por las palabras del maestro; no sabían de qué modo interpretarlas. No se les ocurrió, empero, ninguna explicación, ni durante el curso de la clase ni después. Luego se marcharon a sus hogares, corriendo dentro de los rojos pantalones remendados.

A partir de aquel momento Nita ha sentado plaza de persona sumamente discreta ya que gracias a su consejo los jóvenes retornaron a sus pantalones. Ciertamente es que andan todos llenos de remiendos, pero siempre es mejor llevar pantalones remendados que no llevar pantalones. El maestro prometió explicar —para cuando los muchachos sean un poco más grandes— de qué modo el contagio sólo es posible con los remiendos, nunca con los pantalones. En virtud de que —según aclaró expresamente— por el momento no comprenderían de manera adecuada semejante problema.

Queridos niños:

Esta historia, verdadera en todos sus detalles, puede resultaros de suma utilidad. Enseña que nunca se ha de arrancar las peras no maduras del árbol del vecino, en razón de que ello conduce a innecesarias complicaciones en la indumentaria. No cojáis, pues, las peras del árbol de vuestro vecino.

## LA GUERRA CON LAS COSAS

Los panqueques de mermelada tienen generalmente un carácter pésimo. Son cobardes e insidiosos y para los problemas elevados carecen de toda inteligencia. Lloran con mucha frecuencia (y ya se sabe que no hay nada peor que un panqueque que llora). Y si uno vuelve la vista por un breve instante, ellos se ríen a la espalda socarronamente. Gustan por lo demás de hacer esa clase de travesuras inesperadas que algunas veces echan a perder el buen humor de los hombres.

Se ha de comprender entonces que Ditto respirase con profundo alivio cuando los panqueques, agraviados por su semblante de pocos amigos, abandonaron de un salto la bandeja y con toda osadía salieron rampando de la habitación. Lina, que llegó muy poco después, experimentó una sorpresa desagradable al descubrir el vacío de la bandeja.

—Ditto —dijo Lina—, ¿por qué te has engullido todos los panqueques sin dejarme ni siquiera uno para mí?

—No he comido ni un solo bocado —contestó Ditto.

— ¿Pretendes decir con ello que sencillamente se fueron a pasear?

—Sí, eso precisamente quiero decir.

— ¿Que salieron rampando muy campantes de la bandeja y echaron a caminar?

—Sí, sucedió de esa forma. Salieron arrastrándose de la bandeja y escaparon.

—Ditto, eres un tremendo glotón —dijo Lina soltando el llanto—. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¡Por tu culpa me he quedado sin almuerzo!

—Pero Lina, te suplico, no he comido nada este mediodía.

— ¿Que no has comido nada? ¿Tú? ¿En dónde están entonces los panqueques?

—Se marcharon de aquí, ¡te lo juro!

— ¡Entonces, anda y tráelos de vuelta!

Ditto salió corriendo de la casa, a todo lo que daban sus piernas, en persecución de los panqueques. A los pocos minutos les dio alcance no lejos de la casa. Ya se sabe que los panqueques no pueden correr muy rápido. Se precipitó a ellos para llevarlos nuevamente a la casa. Gruñendo como marranos lograron escurrírsele y se dispersaron en todas direcciones, de suerte que Ditto estaba irresoluto acerca de a cuál echarle mano primero. Tras una buena media hora de caza finalmente consiguió apresar a la mayoría de aquellos panqueques que chorreaban mermelada; sin pensarlo mucho los metió en su bolsillo y con aires de triunfo echó a correr hacia la casa donde la agraviada Lina había quedado esperándolo.

— ¿Ahora? —preguntó Lina con intención de punzarlo—. ¿Lograste alcanzar a los panqueques?

— ¡Claro que los he alcanzado! —Contestó Ditto—. Un par de ellos se me escaparon, pero atrapé a la mayoría.

Acto seguido comenzó a extraer del bolsillo panqueques pegajosos y regañones. Su traje, de arriba abajo, estaba embadurnado de mermelada, y Lina lo contemplaba con espanto.

—Ditto —le dijo—, ¡tu traje está perdido!

—Tú quisiste que fuera detrás de los panqueques. Bueno, aquí los tienes, y te ruego que dejes de hablar del traje.

—Eres un embustero, Ditto —vociferó Lina—. Compraste los panqueques en la confitería y quieres hacerme creer que son los mismos que según dices se fueron de paseo.

—Pero Lina, ¡pregúntales a ellos mismos! Ellos te contarán cómo fue la cosa.

Lina preguntó de inmediato a uno de los panqueques si realmente era verdad que primero había sido depositado en la bandeja y luego se había ido a pasear. Pero en un santiamén el panqueque cayó en la cuenta de lo que se trataba y, por despecho, dijo que nunca había estado en aquella casa y que había sido comprado unos minutos antes en la confitería. Uno detrás de otro todos los panqueques refrieron lo mismo. Ditto escuchó hirviendo de rabia aquellas infames mentiras y se dio cuenta de que a partir de aquel momento Lina no le creería ya más. Cuando Lina quiso decir algo, Ditto le cortó la palabra y dijo con exasperación:

—Lina, ¿no vas a creerles más a estos miserables panqueques que a mí! ¿No sabes acaso que los panqueques mienten?

Ditto reprimió un suspiro y salió, mientras Lina permanecía en el recinto disponiéndose a comer los panqueques. Ditto, profundamente indignado por la falacia de los panqueques y estimulado por el deseo de la contemplación, se metió en el baño; y allí resolvió que debía concretar alguna alianza para tener en lo sucesivo alguna ayuda en la vida. Lo primero que se le ocurrió fue la pasta dentífrica, la cual, como le habían enseñado sus experiencias, poseía un carácter dulce y amistoso. De inmediato quiso entablar con ella un diálogo, a cuyo afecto abrió rápidamente el tubo, cuando la pasta salió sibilando y produciendo una dulce espuma. Ditto se quedó tieso de espanto. Para colmo de desgracias en aquel mismo momento Lina entraba en el baño. Vio la pasta dentífrica derramada y puso una cara horrible.

—Pero, ¿no tienes bastante con esta clase de travesuras?

—No, Lina, la pasta se ha salido sola.

—Eres incorregible, Ditto —replicó Lina con preocupación—. ¿Debo preguntarle también a la pasta dentífrica quién la hizo salir?

Y sin esperar la pregunta la pasta comenzó a cuchichear, con expresión taimada, que Ditto la había hecho salir del tubo. Vanamente trató de defenderse Ditto. Quedó convertido en un trapalón. Pero a causa de la maldad de la pasta para los dientes se despertó en él cierta especie de aborrecimiento frente a todo.

Desde aquel momento Ditto tuvo la sensación de que todas las cosas estaban conjuradas en su contra, procurando ponerlo en la picota en cualquier circunstancia. Si estaba echado en la cama, la almohada se rasgaba estrepitosamente arrojando al aire nubes de plumas que sepultaban completamente el puré que Lina acababa de preparar. Luego la almohada se quejaba desvergonzadamente de que había sido Ditto el causante de aquel estallido. A veces un clavo se desprendía de la pared dejando un enorme agujero, para sostener después que Ditto lo había arrancado. Sin ser tocado ni con la punta de un dedo resquebrajándose a continuación el vidrio de la ventana, y restallando iba después a contarle a Lina que aquello había sucedido a causa de un codazo de Ditto. Los botones del pantalón y del abrigo se desprendían de un momento para otro para esconderse en lugares inimaginables; y si por acaso quedaba alguno pegado, sólo era para llevarle el cuento después a Lina de que Ditto había arrancado los otros restantes y que los había perdido en el juego o en cualquier otra parte. De la manera más común los zapatos se deshacían en jirones, los pañuelos se escondían maliciosamente, la camisa mostraba adrede manchas de grasa que ya no era posible quitar, y la tinta saltaba cacareando de la mesa para embadurnar todo el piso.

Entonces Ditto comprendió que la vida se funda en una dura lucha con las cosas, pero simultáneamente fue de parecer que esta lucha es en rigor un caso desesperado, dado que Lina jamás le creería a él sino a las cosas. En efecto, Lina creía ciegamente en las cosas, y Ditto se sentía impotente. Reñían entre sí, pero en última instancia ninguno conseguía convencer al otro: Ditto veía la malicia de los objetos, veía las malas pasadas que le jugaban las cosas; Lina, por el contrario, tenía la seguridad de que Ditto destruía y echaba a perder todo sólo para hacerla rabiar. Por lo demás, todas aquellas cosas sucedían en ausencia de Lina; con ella las cosas se portaban muy bien y plácidamente como si Lina hubiera sido la amiga común de todas.

Más todavía: hasta aquellas cosas que eran casi casi los elementos constitutivos de Ditto, empezaron a jugarle malas pasadas. El cabello se le caía, y Lina sin más ni más aseveraba que Ditto aspiraba a la calvicie. El corazón le latía cada vez más débilmente, y Ditto no conseguía volver a armonizarlo. Su oreja derecha comenzó de repente a agrandarse y a perder su forma, y Lina a gritar que

Ditto mismo se había hecho transformar la oreja simplemente para hacerla rabiar.

Tan pronto como Ditto comprendió las cosas en la perversidad de sus intenciones, empezó a vislumbrar que le quedaban solamente dos posibilidades, a saber: o él mismo se transformaba en una cosa o se liberaba de las cosas por completo. Tras corta reflexión rechazó esto último en virtud de que no llegaba a comprender de qué modo, por ejemplo, conseguiría liberarse de cosas que le pertenecían directamente, como ser piernas, manos o cabeza.

—Si llego a convertirme en una cosa —dijo para sí—, estaría en condiciones de demostrarle a Lina la verdadera perfidia de este asunto. También podría, en mi calidad de una de ellas, aleccionar a las cosas, educarlas y de este modo contribuir para que en lo futuro abandonasen aquellos chistes malos.

De suerte que, en resolución, disfrazóse primeramente de panqueque de mermelada por haber sido los panqueques de mermelada los que peor se habían portado con él. No era tarea fácil aguantar debajo de semejante disfraz, pero finalmente uno se acostumbra a todo. Cuando Lina preparaba panqueques de mermelada, Ditto, disfrazado de la forma que se ha dicho, de un brinco saltaba de la bandeja. En un principio hizo la tentativa de despertar en los panqueques algunos sentimientos de pudor y explicarles que aquellas travesuras constituían algo indecoroso. Pero los panqueques al punto cayeron en la cuenta de que estaban tratando con un disfrazado, no con un panqueque genuino, y ya no quisieron escucharlo. Por este motivo Ditto adoptó otra táctica: comenzó a persuadir a los panqueques para que hicieran diabluras, aconsejándoles saltar de la bandeja y embadurnar de mermelada el vestido de Lina; de esta suerte esperaba poder convencer a Lina de la malicia de todo aquel asunto, por lo menos. Pero los panqueques no le prestaron oídos y se dejaron comer sin ninguna resistencia. A Ditto no le quedó otro remedio sino escabullirse furtivamente de la bandeja.

El ensayo fracasado lo estimuló todavía más. Probó por lo tanto su suerte en otro campo y se disfrazó de botón pegado al abrigo de Lina. Pero volvió a suceder lo mismo: inmediatamente se vio eliminado por los otros botones en calidad de botón falso, y no consiguió convencerlos para que le jugaran alguna trastada a Lina. Entonces hizo la tentativa de por lo menos desprenderse en calidad de botón único del abrigo de Lina, y rodar a esconderse por allí, pero como no tenía ninguna práctica no pudo tener éxito. Por último Ditto echó de ver que el asunto no tenía remedio: las cosas lo combatían simplemente a él, mientras que con Lina se mostraban en extremo cordiales y se dejaban hacer lo que ella quisiera. Por este lado una indigna malignidad contra la cual nada valían ni la persuasión y los recursos pedagógicos, por el otro la más absoluta sumisión.

De manera que Ditto volvió a adoptar su propia figura. Recién entonces comprendió que no se puede ni educar ni modificar las cosas y que con ellas se ha de ser duro y riguroso, si se las quiere reducir a la obediencia. Pero, ¿cómo podía llevárselo a cabo? Como medida primera intentó eliminar las cosas sin ninguna clase de consideración: para indignación de Lina comenzó por desmenuzar los panqueques y arrojarlos al tacho de la basura, después echó toda la crema dental por el vertedero de la pileta del baño, arrancó con mano brutal los botones del traje y los arrojó igualmente al demonio; volcó la tinta la medio de la calle e hizo mil pedazos las copas contra la escalera. Lina llenaba el aire de gritos, lloraba y golpeaba el suelo con los pies.

Por largo rato continuó Ditto con semejante operación, hasta que por último observó que todas aquellas cosas destrozadas, despanzurradas y aporreadas y aniquiladas permanecían indiferentes, comportándose como muertas y sin ninguna clase de reacción frente a semejante desaguisado. Echó de ver también que nunca conseguiría terminar con las cosas; sí, y comprendió que aquella lucha era irremediable.

Ditto había perdido la batalla, y capituló, se dio por vencido. Todos los empeños habían sido en vano. Las batallas tienen que caminar necesariamente a su término, ya sea con un triunfo, con una derrota o con una tregua. Ditto había perdido la guerra y ya no había nada que hacer. Correspondiendo a las costumbres de aquellos bárbaros tiempos en que los vencidos se convertían en cautivos del vencedor, Ditto cayó bajo el yugo de las cosas.

De este modo, Ditto permanecía tieso, siempre mirando en la misma dirección, cuando los panqueques de mermelada que Lina había puesto sobre la mesa salían rampando de la bandeja y, aprovechando su ausencia de la cocina, con emponzoñada y maliciosa sonrisa abandonaban el recinto.

## DE COMO FUE RESUELTO EL PROBLEMA DE LA LONGEVIDAD

En tiempos pasados Lelonia lindaba con el pequeño reino de Górgola.

—En tiempos pasados. Pero, ¿qué sucede ahora? —preguntaréis vosotros.

Mirad, es muy sencillo: en la actualidad ese límite ya no existe. Las crónicas lelonienses suministran los orígenes de los extraños acontecimientos que condujeron a la aniquilación del reino de Górgola. He aquí las informaciones:

En aquellos tiempos gobernó en Górgola el prudente rey Hanuk. Era realmente un monarca muy bondadoso que con todas sus fuerzas luchaba por la felicidad de sus súbditos; y era en aquellos tiempos cosa bastante rara un soberano de esas condiciones. Cierta día el bueno del rey Hanuk se dio a pensar que los hombres del Estado de Górgola vivían demasiado poco, y resolvió acudir a eliminar este inconveniente. El rey creía que con la ayuda de las más importantes cabezas del país lograría ciertamente dar con los medios que proporcionasen una vida más larga a todos los hombres. En la parte más alta de una solitaria torre de la ciudad de Pambruk habitaba el astrólogo Maioli. Era un gran maestro y conocía todo lo tocante a los astros como ningún otro en el mundo. Dormía todas las horas del día pero las noches las pasaba pegado al telescopio. Tenía tres discípulos, convertidos bajo su dirección en célebres astrólogos, cuyos servicios en favor de la comunidad habían sido numerosos ya que investigaban los movimientos de las estrellas y observaban todo lo que sucedía en el cielo. Uno de los discípulos de nombre Dronk trabajaba durante la noche. También él pasaba sus horas pegado al telescopio y observaba las variaciones del firmamento estrellado. Los otros dos, Mino y Klepo, trabajaban durante el día. Estos observaban el firmamento diurno, con especialidad del sol y de las nubes. Como el astrólogo Maioli y su discípulo Dronk trabajaban por la noche, mientras que Mino y Klepo proseguían sus investigaciones en horas del día, se veían muy poco o nada, ya que siempre sucedía que unos dormían mientras los otros trabajaban, y viceversa. (De pasada cabe observar que en el reino de Górgola el día y la noche no aparecían nunca juntos; cuando era de día, la noche no se hacía ver y nunca se mostraba el día antes de que hubiera pasado la noche. Ese era el orden de las cosas en ese país, y nadie podía cambiarlo.) El rey Hanuk creía que el astrólogo Maioli junto con sus discípulos acaso supiera cómo poder ayudar a todos los habitantes del reino para que alcanzasen una vida más larga. Dio instrucciones para que se sometiese a estudio este problema y prometió una recompensa muy tentadora. Maioli se sentía —cosa muy comprensible— sumamente halagado por el regio pedido e impartió a sus discípulos las órdenes para que diesen comienzo a las investigaciones; y prometió, a más tardar, dentro de los siete años, entregar los resultados obtenidos.

En el país de Górgola vivía por ese mismo tiempo un renombrado médico de nombre Ipo. Este tenía dos discípulos: Ramo y Naina. Realmente eran grandes sabios que sabían eliminar todas las enfermedades. Días enteros se pasaban pegados a sus mesas de trabajo llenas de diferentes frascos, tubos de ensayo, mecheros y otros aparatos, ocupados en inventar, con ayuda de artes cuyo secreto sólo ellos conocían, nuevos medicamentos con los que era posible curar hasta a los mismos enfermos mortales. También a ellos se dirigió el rey Hanuk, exhortándolos a inventar un recurso en favor de la longevidad. Y el médico Ipo de muy buena gana siguió el mandato real, ya que calculaba que si conseguía prolongar la vida de todos los hombres advendría seguramente a la fama y la honra universales, pasando a ser, después del rey, la persona más importante de todo aquel país. Hizo saber, efectivamente, que para sus estudios, que llevaría a cabo en unión de sus discípulos, había de calcularse también siete años.

Y, de este modo, cuatro astrólogos y tres médicos se aplicaron a este duro trabajo cuyo resultado, transcurridos siete años, debía brindar a los hombres un medio para la prolongación de la vida. Siete años es un tiempo largo, pero era necesario para llevar a cabo una obra de tanta magnitud. El rey Hanuk no presentó ante los sabios ninguna clase de exigencias en virtud de que sabía que era imposible realizar un trabajo de aquella trascendencia en menos tiempo.

Siete años es un tiempo largo, pero también siete años pasan. Y, efectivamente: exactamente a los siete años llegaron a su término. En un día determinado el gran teatro real se llenó de espectadores; la *élite* de todo

el país se había dado cita en el seno de aquella sensacional asamblea: siete sabios iban a dar a conocer el resultado de sus investigaciones, el cual aseguraría la longevidad para los hombres. En la ciudad se instalaron altoparlantes a fin de que los habitantes de la metrópoli que no tenían sitio en el teatro pudieran escuchar asimismo los discursos. Porque el rey Hanuk era un soberano sumamente bondadoso.

Y cuando el rey en persona anunció la aparición del astrólogo Maioli, resonó en todo el teatro una salva de atronadores aplausos. El notable astrólogo, a la sazón siete años más viejo, ocupó la tribuna para pronunciar un discurso breve en el que dio a conocer los resultados más importantes de sus estudios.

—He descubierto —declaró Maioli— la forma de prolongar en un séxtuplo la vida de los hombres.

Expresiones de reconocimiento corrieron como una ráfaga de viento por la sala.

—Se trata de algo sencillo y que no es caro —continuó diciendo—, y además completamente seguro. En suma, que he construido un reloj que marcha seis veces más rápido que los relojes actualmente en uso. Supongamos que nos reuniéramos —según el anterior cómputo del tiempo— nuevamente aquí dentro de un año. Conforme al nuevo cómputo habrían transcurrido seis años. Si, por ejemplo, alguien debe morir dentro de seis años, entonces muere casi a los sesenta años. Un niño que nace hoy y que debe vivir treinta y seis años, vive en consecuencia trescientos sesenta años. ¿Debo seguir exponiendo las ventajas de mi sistema? Todo el mundo puede ver que de este modo queda solucionado el problema de la longevidad.

Una vez que el astrólogo Maioli hubo procedido a la explicación anterior, pasóse la mano por la barba y tomó asiento. Una parte de la sala le brindó una atronadora salva de aplausos, hasta el momento en que el astrólogo Dronk pasó a ocupar la tribuna.

—Es para mí muy doloroso, señores —dijo Dronk—, verme obligado a manifestarme en contra de las explicaciones de mí venerado maestro Maioli. El sistema propuesto por él resulta inaplicable según mis propias investigaciones. Los relojes marcharán sin duda alguna más rápido, pero ¿qué ganamos con ello? Una hora siempre es una hora, por más que durante ese tiempo las manecillas adelanten seis horas. Mi sistema en cambio no recurre a esos subterfugios; mi sistema asegura verdaderamente la longevidad a todos los habitantes de este reino, conjuntamente con nuestro clementísimo soberano, el rey Hanuk. Y he aquí, en resumen, la esencia de mi sistema: los dioses determinaron para cada hombre el día y la hora del nacimiento y de la muerte; por cuyo motivo nosotros, que observamos obediencia por los libros de la vida, mediremos el tiempo de una manera diferente. Yo he construido un reloj, que, en oposición al reloj inutilizable y ridículo de mí maestro, marcha seis veces más despacio que todos los relojes actualmente en uso. He compuesto también un calendario del que sólo cada seis días se arranca una hoja. De este modo el día y la hora en que cada hombre debe abandonar la tierra para penetrar en el reino de las sombras, tiene lugar en realidad seis veces más tarde que si se contara conforme al cómputo del tiempo actualmente en uso. Cada uno vivirá todo el tiempo previsto por los libros de la vida, los cuales no pueden ser modificados; y al mismo tiempo vivirá en realidad seis veces más. Tal mi sistema en síntesis, señores.

El astrólogo Dronk tomó asiento, y una parte de la sala aplaudió ruidosamente. Se aguardó entonces la aparición del próximo orador.

Y de este modo el sabio astrólogo Mino comenzó su exposición.

—Señores —dijo—, pueden tener ustedes la más absoluta convicción de que las explicaciones de mis preopinantes son absurdas.

Y que el sistema del astrólogo Maioli es sencillamente ridículo ya lo ha demostrado ante ustedes el astrólogo Dronk. Pero su sistema resulta igualmente prolijo y además sacrílego, pues tiene por fundamento un proyecto conforme al cual los dioses deben ser engañados. Pero los dioses no se dejan engañar y tampoco les pasa por la imaginación, señores, emprender una obra tan perversa. Mi sistema es completamente diferente. No procura que el tiempo discurra más lentamente en el calendario o en el reloj, sino que real mente fluye más lento. ¿De qué modo se obtiene esto? Es muy sencillo. Cada día asciende por detrás de las montañas un nuevo sol en el horizonte, y cada día por el otro lado del horizonte se hunde en el mar. Y esto debe ser modificado. Es necesario enviar cazadores de pájaros muñidos de sus redes al lugar donde el sol apunta por el Este; en el mismo momento en que el sol hace su aparición ellos deben arrojar sus redes para detenerlo y no dejarlo aparecer. Por el otro lado, después, los pescadores deben apostarse en la costa del mar y vigilar para impedir que el sol del día anterior se hunda en las aguas. La duración de estos trabajos tiene que ser calculada para que tanto el día como también la noche sean seis veces más largos.

Nuestra vida, que abarca un determinado número de días y noches, se alarga de este modo tan sencillo seis veces. ¡Tal es, señores, el justo sistema del alargamiento de la vida!

Terminado que hubo su exposición, tomó asiento. Y nuevamente resonó en una parte de la sala el aplauso ensordecedor; en la otra parte se escuchó por el contrario, un murmullo de desaprobación.

Entonces hizo su aparición Klepo, el último de los astrólogos, a dar cuenta de su informe.

—Realmente me dan mucha pena, señores —comenzó diciendo—, ya que cada nuevo proyecto que hasta ahora se ha escuchado resultó más estúpido que el anterior. ¿Detener el curso del sol? Bueno, convenido, pero, ¿por qué ese hecho tendría que alargar la vida? Viviríamos exactamente tanto tiempo como antes, sólo que en nuestra vida habría seis veces menos días y noches, pero por ese motivo serían seis veces más largos. Oh, no, señores: semejantes proyectos son lo más apropiado para confundir vuestras cabezas. Y ustedes no permitirán que los confundan y desorienten, ¿no es verdad? Yo por mi parte les muestro finalmente un camino que es el resultado de estudios verdaderamente profundos y que nada tiene de común con las engañosas tretas de quienes me han precedido. Mientras me hallaba indagando el problema de la longevidad me esforzaba principalmente en inquirir por qué motivo viven los hombres un tiempo tan breve. He descubierto la causa y estoy dispuesto a revelarla ante vosotros. Y he aquí el secreto de nuestra brevedad de la vida: los hombres se aburren. En el mundo hay aburrimiento, señores míos, y ésa es la causa por la que morimos. Para vivir más hay que procurar que el mundo deje de ser aburrido. Pero, ¿por qué es aburrido? He aquí la razón: el mundo es aburrido porque tiene siempre el mismo color. Y, ciertamente, el cielo abarca una parte tan considerable del universo que nos es posible dominar con la mirada, que es muy lógico que la uniformidad del amplio lienzo que sobre nosotros pende resulte infinitamente aburrido. Nuestra vida es breve, señores míos, porque el cielo exhibe solamente una coloración. Pero esto puede remediarse. Enviaremos al cielo globos con obreros a bordo muñidos de toneles y mangueras fumigadoras. En vez de agua colocaremos en los toneles diferentes colores de pintura. Llegados al cielo, esos obreros ponen las mangueras en funcionamiento y comienzan a matizar la bóveda del cielo conforme a seis colores diferentes. Una parte queda azul, y de las restantes una se transforma en rojo carmín, la otra en verde pálido, la que sigue en negro, la otra en amarillo y la última en plateado. En vez de aburrirse en la contemplación de un mismo color siempre, y morir a la brevedad en consecuencia de semejante aburrimiento, nuestros ojos se deleitarán en esa bóveda celeste de seis colores, a cuya causa nuestra vida se alargará seis veces. Tal, señores, es mi pensamiento, y creo que hallará en vosotros el reconocimiento que merece.

Una parte del auditorio no dejó esta vez de expresar su más viva simpatía por el audaz proyecto del astrólogo. Sin embargo, el aplauso no duró mucho tiempo, ya que el próximo sabio se hizo presente en la tribuna. Esta vez era el afamado médico Ipo.

—Señores —empezó declarando Ipo—, tan absurdas son las cosas que han escuchado aquí, que en modo alguno me sorprendería que abandonasen todos esta sala, donde no es posible esperar ya una frase razonable, por fuerza del aburrimiento. Y, sin embargo, señores, os pido sólo un poco de paciencia, pues se trata aquí precisamente de vuestra longevidad, es decir, de un asunto cuya importancia no tengo necesidad de encarecer. Yo he resuelto este problema, lo he resuelto, según espero, de una vez para siempre. A fin de descubrir los agentes que conducen a la longevidad, durante todas mis investigaciones examiné cuáles son los seres que viven más. De ahí resultó que el animal que más vive es la tortuga. Sí, la tortuga, señores. Este animal vive seis veces más que el hombre. Pero, ¿qué hace la tortuga? Lleva una especie de coraza, se arrastra lentamente por la tierra y menea, en medida muy restringida, la cola.

¿Qué deben, por lo tanto, hacer los hombres para vivir más? Hacerse semejantes a la tortuga. Ese es mi camino, y ustedes comprenderán de inmediato lo útil y sencillo que resulta. Ahora mismo tenemos que procurarnos una gran coraza que corresponda a las dimensiones de nuestro cuerpo, no andar ya más sobre dos piernas y acostumbrarnos a arrastrarnos lentamente sobre cuatro patas. Luego debemos procurarnos unas colas y menearla sólo en medida muy restringida. Pronto terminaremos acostumbrándonos a este género de vida, tanto más cuanto que nos anima un objetivo tan elevado. Creedme, señores, esta es la única respuesta razonable a nuestra pregunta. Aclamaciones y aplausos llenaron nuevamente una parte de la sala, y acto seguido subió a la tribuna el médico de nombre Naina. Levantó solemnemente la mano en señal de que deseaba hablar.

—Señores: ustedes mismos ya habrán podido convencerse de la miseria del proyecto que ante ustedes — realmente me avergüenza decirlo— acaba de exponer mi tan venerado maestro Ipo. Su propósito es convertirnos en tortugas, en cuadrúpedos sin uso de razón que se arrastran sobre la tierra. Es decir, señores, que debemos transformarnos en animales. ¿Cómo es posible que alguien haya venido a proponernos semejante cosa si antes él mismo no se ha transformado en animal? Pero, echemos el velo del silencio sobre un incidente de tan mal gusto, dejémoslo caer en el olvido como así también a las exposiciones de los astrólogos, quienes —tengo la más absoluta seguridad— no estaban en sus cabales cuando propusieron lo que propusieron. ¡Ustedes quieren conocer el secreto de la longevidad! Sin ninguna clase de jactancia puedo decir que he descubierto ese secreto, y todos ustedes se sorprenderán cuando experimenten lo sencillo que es todo y lo poco que reclama de nosotros. El secreto queda al descubierto con una sola palabra, y esta palabra es: ¡Espinaca! ¡Sí, señores, espinaca! Las investigaciones que durante siete largos años he llevado a cabo con ahínco y abnegación, prueban irrefutablemente que debemos comer mucha, extraordinariamente mucha espinaca a fin de prolongar nuestras vidas hasta lo infinito. La espinaca hará que nuestros huesos se tornen más sólidos y que nuestros músculos no se vuelvan flácidos, robustecerá nuestro corazón, nos curará de la calvicie y del reumatismo. ¡Espinaca, espinaca y otra vez espinaca! En vez de sembrar trigo en nuestros campos, a partir de ahora cosecharemos grandes cantidades de espinaca, la cual llenará de adornos nuestra mesa con la frescura de su verde, otorgándonos una larga vida. ¡Qué simple es todo eso, señores! Nos alimentamos con espinaca y de esa forma solucionaremos nuestros importantes problemas. Aplausos entusiastas estallaron en una parte de la sala, y desde todas las direcciones resonaron aclamaciones: "¡Espinaca, espinaca!" A continuación ascendió a la tribuna de un solo salto el último de los oradores, el médico Ramo. Sus manos temblaban de indignación al dar comienzo a su disertación, pero pronto se tranquilizó.

—Sin duda no me equivoco, señores —comenzó anunciando Ramo—, al dar por aceptado que a esta humillante mofa —no cabe designarla de otra forma— que tuvieron que escuchar de boca del orador anterior, le darán ustedes el tratamiento que merece, es decir, que no la mencionarán ni tan siquiera con una frase. Ciertamente, señores, ¿han tenido alguna vez ustedes ocasión de ver con los propios ojos la forma en que los niños proceden frente a esa comida? De pura repugnancia apartan la vista de ella, y es preciso obligarlos a comerla ya que el sano sentido común les dice que de la ingestión de esa desagradable verdura no resultará ningún beneficio. ¡Ja, ja, espinaca! ¡Muy gustoso seguiría contándoles otras cosas al respecto, pero tenemos que hablar de la longevidad! De modo que no perdamos ningún tiempo, aunque sabemos que muy pronto lo tendremos en abundancia. Repito que lo tendrán en abundancia cuando apliquen un recurso radical que garantiza la longevidad y que yo he descubierto tras largos ensayos e investigaciones. La sencillez del recurso dicho sobrepaja todo lo que se puede imaginar. Con esto, señores, les estoy revelando el secreto de la longevidad. Los hombres mueren tan pronto a causa de que con mucha frecuencia tienen resfríos de nariz. La nariz constipada, ¡he ahí la razón fundamental por la cual vivimos tan corto tiempo! La constipación es, como bien saben ustedes, una enfermedad de la nariz. Y en este punto la solución se les presenta espontáneamente: donde no hay nariz tampoco hay nariz tapada. ¡Qué sencillo es todo esto, oh, señores! Simplemente nos amputamos todos las narices y de este modo nos desembarazamos de una vez por todas de las taponaduras de nariz, asegurándonos así una larga vida. Fuera las narices, tal es mi mensaje, ¡fuera las narices!

Mientras formulaba semejante recomendación, este doctor Ramo extrajo de su bolsillo una navaja de afeitar con el propósito de demostrar cuál es la mejor forma de amputarse la nariz; pero no pudo poner por obra su propósito ya que en ese mismo momento entre el público se produjo un tumulto y gritería que de inmediato degeneró en riña generalizada. Recién entonces púsose de manifiesto que entre los espectadores se habían formado diferentes sectores de opinión. Unos gritaban:

— ¡Espinaca, espinaca!

Otros:

— ¡Relojes rápidos!

Otros:

— ¡Relojes lentos!

Y otros todavía:

— ¡Cortar narices!

Y de este modo los partidarios de cada uno de los medios recomendados para la longevidad gritaban desordenadamente, de donde se originó una gritería infernal en la que hasta la misma voz del rey Hanuk, que llamaba a la cordura, fue sofocada por la barahúnda general.

Más todavía; los discursos eran ya conocidos en toda la ciudad, donde se los pudo escuchar a través de los altoparlantes. Y, de este modo, en un santiamén los habitantes de la capital se dividieron en siete partidos, tal como había sucedido entre los asistentes a la asamblea del teatro, y la lucha comenzó a generalizarse.

Al anoecer de aquel mismo día la guerra civil cubría todo el territorio del país. Siete partidos luchaban implacablemente los unos contra los otros. Era un detalle interesante el hecho de que los partidarios de la amputación de narices iban de un lado para otro blandiendo navajas de afeitar con el objeto de amputar las narices de los parciales de los otros grupos; sin embargo, no habían llegado todavía a cercenar sus propias narices, y todos la exhibían en el lugar correspondiente.

La lucha se extendía cada vez más. Bastaba que existieran siete hombres en cualquier lugar de la tierra de Górgola para que se encendiera la conflagración, aún en la más diminuta aldea. La ocasión era, por lo demás, de suma importancia, ya que todos los hombres querían vivir más tiempo, y no puede causar sorpresa que lucharan tan encarnizadamente. Con frecuencia, cuando alguno iba atravesando la calle y, por ejemplo, gritaba:

— ¡Espinaca, espinaca!

Los otros se abalanzaban sobre él, gritándole en la cara:

— ¡Pintar el cielo!

— ¡Cortar narices!

— ¡Tortugas!

— ¡Relojes rápidos!

— ¡Soll,

Y dándole una buena tanda de golpes. Y tan pronto como terminaban con él caían sobre otro, hasta que uno había vencido a todos los demás contrincantes y quedaba por vencedor dueño del campo. La longevidad no es por cierto una bagatela. Y, efectivamente, en todos los campos los grupos de contendientes comenzaban a ralear. Muy pronto los diferentes partidos quedaron tan reducidos que optaron por formar coaliciones y acoplar sus respectivos lemas. De este modo, se escuchaba proclamar dobles consignas, como por ejemplo:

— ¡Relojes y espinaca!

— ¡Pintar cielo y cortar narices!

O también:

— ¡Tortugas y soll!

Aquella lucha criminal se prolongó tanto que llegó al extremo de que en todo el país o reino de Górgola no quedaron sino dos hombres. Eran los médicos Ramo y Naina, otrora campeones apasionados de dos facciones antagónicas. Completamente agotados y apenas en condiciones de sostenerse sobre las dos piernas, se encontraron sobre las ruinas de la capital. Recíprocamente se contemplaron con profundo encono; uno musitó con enronquecida entonación:

—Espinaca. . .

El otro habló como si piara débilmente:

—Cortar narices. . .

Pero lo cierto era que a ninguno de los dos le quedaba ya fuerzas para luchar. Por lo demás se trataba de los únicos sobrevivientes del reino de Górgola, los únicos habitantes que se habían salvado. De ahí que resolvieran dar por terminada la guerra y someter a prueba simultáneamente ambos recursos de longevidad. Con suma rapidez amputaron sus narices y acto seguido se sentaron juntos frente a una fuente de espinaca. Entre tanto ambos se habían vuelto muy perezosos y desalentados; pero, en resolución, el problema de la longevidad es desde luego extraordinariamente importante.

No se sabe —dicho sea con absoluta franqueza— lo que sucedió después. No se sabe cuánto tiempo estuvieron sentados ambos gorgolanos sobrevivientes y sin narices delante de aquella fuente de espinaca. Pero es muy posible que sigan sentados allí hasta el mismo día de hoy, en especial porque uno de los recursos de longevidad resultó eficaz y les alargó la vida. Con todo, el reino de Górgola dejó de existir, pues, ¿qué puede ser un reino donde solamente hay dos ciudadanos que se han amputado las narices y que además comen espinaca?

De ahí que los límites entre Lelonia y el reino de Górgola no existan más. Como consecuencia de la completa aniquilación del reino de Górgola el problema de la longevidad no fue definitivamente resuelto. Pero no se excluye la posibilidad de que alguna vez se logre resolver de manera definitiva dicho problema, con cuya solución, como se ha visto, se atormentaron siete sabios de tanta celebridad.

## LOS BOMBONES DEL ESCÁNDALO

Sentado en su sillón y con un penacho de plumas sobre la cabeza, todos los días después del almuerzo Gía fumaba plazeramente su cigarro. Tal era su costumbre y en ello no había propiamente nada de extraño. Los hombres tienen costumbres diferentes y no hay que maravillarse por ello. Por ejemplo Pepi, hermano de Gía, no podía desayunar sin antes haber cazado por lo menos cuatro cuervos marinos; Kaku, su segundo hermano, tragaba aros de tonel; Heia, su hermana, llevaba veinte condecoraciones a las espaldas, mientras que Hipa, la segunda hermana, enlazaba chimpancés con el lazo y jugaba a la lotería. De modo que cada uno tiene, como puede deducirse de ahí, sus pequeñas excentricidades, y a esta gente hay que dejarla en paz. Pero sin embargo Gía no lograba hallar sosiego. No bien se dejaba caer después del almuerzo en su sillón, encendiendo un cigarro y colocándose el penacho de plumas sobre la cabeza, acudía a él corriendo toda la familia; Kaku tragaba los aros al tiempo que vociferaba en contra de Gía; el otro hermano amenazaba violentamente con las manos, entre las cuales aún sostenía los cuervos marinos cazados en la mañana; una hermana le reprochaba, mientras le sonsoneteaban las condecoraciones que traía en la espalda, con toda dureza su indecorosa conducta, y la otra, con el lazo del que pendía el chimpancé, en una mano y el juego de lotería en la otra, gritaba a voz en cuello que no podía comprender ni avenirse con aquella ridícula conducta de su violento hermano.

— ¿Qué demonios queréis de mí? —se quejaba Gía—. ¿Pretendéis que me coloque el cigarro sobre la cabeza y que encienda el penacho?

—Eso resultaría al menos más honorable —decretaba el hermano mayor.

—Y menos comprometedor —agregaba la hermana.

—Pero yo no tendría ningún placer en ello —se excusaba Gía.

— ¡Ah!, ¿Sí? ¿Qué quiere decir semejante cosa? —vociferaban todos a la vez.

— ¡El hombre no vive sólo para sus placeres! Eres un egoísta y no piensas más que en ti.

Gía quitábase con resignación el penacho de plumas de sobre la cabeza y arrojaba lejos el cigarro. Este alboroto repetíase más o menos todos los días, de manera que Gía no disponía ni siquiera de un solo momento para poder entregarse con tranquilidad a su ocupación favorita. No tardó pues en estar hasta la coronilla de todo aquello, optando, para no exponerse a tan fastidiosas pullas, por fumar después del almuerzo sencillamente una pipa y por colocarse sobre la cabeza, en vez de un penacho de plumas, un sombrero de copa alta. Y con esto sus hermanos lo dejaron tranquilo.

Transcurrido cierto tiempo Gía cayó en la cuenta de que algunas costumbres de sus hermanos y hermanas le molestaban espantosamente. Muy pronto ya le fue imposible aguantar la cólera cuando miraba la forma en que su hermano mayor tragaba los aros de tonel. Se contuvo todavía durante algún tiempo, pero un buen día sintió que ardía.

—No puedo seguir soportando —dijo a gritos— que estés tragando aros sin interrupción. ¡Es una vergüenza!

Y entonces se vio, oh, prodigio, inmediatamente apoyado en su protesta por todos los demás hermanos que un tiempo antes habían desaprobado tan duramente sus costumbres. Uno tras otro comenzaron a reprochar al hermano aquellas costumbres tan sin gusto, y aunque al principio se defendió un poco, finalmente se vio necesitado a ceder frente a semejante gritería. Arrojó por lo tanto lejos de sí los aros de

tonel y a partir de entonces se dedicó a tragar espirales que había arrancado del sofá. Y con esto sus hermanos lo dejaron tranquilo.

Entonces le tocó el turno al hermano menor, el que todos los días antes del desayuno cazaba cuervos marinos. Como era evidente, los hermanos no pudieron seguir soportando tampoco esto, en especial los dos hermanos menores. Y así, de buena o de mala gana, no tuvo más recurso que ceder ante la presión de los reproches; con gran sentimiento renunció a los cuervos marinos, cambiando esa costumbre por la de salir bien de mañana de la casa para cazar ibis. Todos los días volvía a la casa con cuatro de estas aves, y con esto los hermanos quedaron satisfechos.

Pero, como se dice, la piedra ya había empezado a rodar. Una de las hermanas fue obligada a dejar de llevar condecoraciones a la espalda, ya que el tintineo del metal molestaba tanto a los hermanos y hermana menor que finalmente la indignación salió a la superficie. Las condecoraciones pasaron al cuarto de los trastos viejos y Heia comenzó, para consolarse, a bañarse en gelatina de musgo y a estudiar lenguas orientales ya inexistentes y de ninguna utilidad para nadie.

Finalmente le tocó el turno a la hermana menor. Hermanos y hermanas, todos juntos, le explicaron que con la caza del chimpancé y el juego de la lotería sencillamente se ponía en ridículo y que estos juegos eran decididamente molestos. Tanto tiempo estuvieron gritándole a Hipa que, por último, con profundos suspiros abandonó la actividad practicada hasta entonces. Se compró en cambio un trombón utilizándolo para producir pompas de jabón; y en vez de seguir comprando billetes de lotería comenzó a especular en la Bolsa. Con esto los hermanos quedaron satisfechos, y el caso terminado.

Durante cierto tiempo predominó una dichosa calma, y nadie reprochó nada a nadie, pero muy pronto se echó de ver que la cuestión en modo alguno había quedado disipada. Poco después los hermanos se manifestaron de tal modo exacerbados a causa de las nuevas costumbres, que la atmósfera en la casa se hizo insoportable. De continuo estaban riñendo, y cada uno exigía de los demás que al punto dejaran de practicar esto o aquello, en virtud de que esas cosas le resultaban ya intolerables. Con el tiempo la situación no se pudo aguantar. Si anteriormente la cuestión era por lo menos de todos contra uno, a la sazón la cosa fue de todos contra todos. Bastaba con que se encontrasen en cualquier lugar para que comenzasen a discutir y blasfemar los unos contra los otros, ininterrumpidamente. Y como todos se sentían agraviados, cada uno proseguía con su actividad de un modo más frecuente y más agresivo, con el solo propósito de hacer enfurecer a los demás. Esto duró bastante, hasta que en la casa se produjo un giro inesperado. Cierta día regresó de otra ciudad la hermana menor de todos, de nombre Kiwi, a casa de sus hermanos y a partir de aquel momento habitó con ellos. Kiwi era muy jovencita y no quería molestar a nadie. Sin decir palabra soportaba pacientemente que sus hermanos cazasen ibis; nada tenía en contra de la producción de pompas de jabón utilizando un trombón; nada contra la deglución de espirales y los baños de gelatina. Ella, por su parte, todo lo que hacía era comer bombones. Sencillamente compraba bombones en la confitería y los comía encantada.

Estos bombones llevaron la reyerta doméstica al extremo. Realmente ya nadie podía soportar más aquello. Apenas entraba Kiwi en la casa y extraía el paquetito de bombones, Pepi, el hermano mayor, saltaba de su sillón, señalaba a la muchacha con el dedo y se echaba a gritar enfurecido:

— ¡Oh, estos bombones! ¡Ya está comiendo bombones!

El joven Gía aparecía entonces corriendo desde su habitación y golpeando encolerizado el suelo con los pies, tronaba:

—Pero, ¿qué estoy viendo? ¡Está comiendo bombones!

Acto seguido, ambas hermanas, Heia e Hipa, aparecían junto a Kiwi, y no tardaba en hacerse presente también el hermano menor, Kaku. O sea, que sencillamente venían todos a rodear a Kiwi, pugnaban entre ellos a ver quién estaba más indignado, y uno tras otro comenzaba a gritar enfurecido:

— ¡Kiwi, reflexiona un poco! ¡Esos bombones! ¿Te das realmente cuenta de lo que estás haciendo?

— ¡Kiwi! ¡Tú no estás en tus cabales! ¡Esos bombones!

— ¡Kiwi! ¡Creo que te has vuelto loca! ¡Los bombones!

—Kiwi, ¿dónde está tu moral? ¡Esos bombones!

— ¡Los bombones! ¡Los bombones! ¡Los bombones!

Y a medida que gritaban la excitación de todos subía de punto cada vez más, y la indignación de todos aumentaba al extremo de gritar más fuerte todavía; y al gritar todos más fuerte más se irritaban aún, de suerte que la indignación crecía a causa de que todos gritaban más fuerte.

La pobre Kiwi estaba paralizada de espanto. Seguía tragando entre lágrimas los bombones y sin decir una sola palabra, porque tenía miedo de enfurecer más todavía a sus hermanos y hermanas. Aturdida por los gritos de todos, que además la señalaban con el dedo, estaba de pie en medio de la habitación, bañada en lágrimas y sin dejar de comer sus bombones. La gritería duró hasta el momento en que Kiwi acabó finalmente de comer los bombones, y tan fatigados quedaron hermanos y hermanas que, de pura indignación, se volvieron resoplando a sus habitaciones.

Semejante escena se repetía día a día, pero Kiwi era, al parecer, incurable. Escuchaba llorando la ensordecedora gritería, pero a diario aparecía con sus bombones y uno a uno se los iba comiendo de pie en medio del cuarto.

La consecuencia de todo aquello fue un cambio esencial en la casa de los hermanos. El revuelo provocado por las indignas prácticas de Kiwi arrastraron a segundo plano todos los demás problemas. Ni hermanas ni hermanos tenían ya energías ni ganas de sobreexcitarse por nada que no fuese Kiwi. Y, mientras escandalizaban a causa de Kiwi, todos iban estando de acuerdo hasta que, finalmente, cesaron de andar a la greña entre ellos. Prevaleció, de este modo, en la casa nuevamente la concordia y la armonía, perturbadas de manera única y exclusiva por los espantosos bombones de Kiwi.

Reunida, pues, la familia, Pepi, mientras tragaba sus espirales, suspiró profundamente y declaró:

— ¡Ay, esta Kiwi! ¡Tan bien que podríamos vivir todos juntos si no fuese por esos malditos bombones.

—Es espeluznante —se quejó desde el fondo de su bañera llena de gelatina de moho la voz de Heia—. ¡Es realmente espeluznante! ¡Esta Kiwi es una verdadera mancha en la familia!

— ¡Es una vergüenza, sencillamente una vergüenza! —aprobó Gía luciendo su alto sombrero de copa verde—. Realmente no comprendo cómo vino a esta casa esa enredista de Kiwi que nos amarga la vida con sus dichosos bombones.

—Tampoco lo comprendo yo, querido mío —se quejó Hipa, a tiempo que balanceaba el trombón sobre la batea llena de agua jabonosa—, realmente no puedo comprenderlo. Figuraos a esa Kiwi comiendo permanentemente bombones. ¡Todos estamos perfectamente de acuerdo y en armonía recíproca, y de repente se presenta esta horrible historia!

—Bueno, basta; tenemos que terminar con todo esto —dictaminó gravemente Kaku—. No podemos permitir que Kiwi nos envenene a todos la vida. Por último somos hermanos y hermanas y tenemos que amarnos los unos a los otros. ¡No es posible que por estos malditos bombones estemos eternamente en discordia! De este modo todos se quejaban, movían las cabezas en señal de desaprobación y se lamentaban. Y pasaban a deplorar amargamente su destino, hasta que por último se arribó a la conclusión de que el problema debía ser expuesto con toda claridad.

—Nos pesa mucho —dijeron dirigiéndose a Kiwi—, pero tienes que abandonar esta casa. No podemos seguir contemplando cómo tú nos amargas la vida a todos con tus bombones. Tienes que buscarte otra casa donde estar.

Kiwi no contestó palabra, porque, ¿qué podría haber dicho? Envolvió pues sus cosas, abandonó la casa y fue en procura de otro lugar donde vivir. Y, en efecto, tan pronto como ella dejó la casa todo se volvió apacible y muy agradable.

— ¿No lo había dicho yo? —opinó Pepi y tomó asiento cómodamente en el sillón—. Ahora reinan la paz y la armonía.

—Concordia, amistad y armonía —agregó Kaku.

—Y nada más de esos condenados bombones —observó Heia.

—Es ciertamente penoso —dijo Hipa—, pero no podíamos hacer otra cosa. A causa de esa Kiwi no era posible que convirtiéramos nuestra casa en un infierno por esos bombones. También Gía sacudió con entusiasmo la cabeza e hizo señal de aplauso. Reinaba una concordia general y un estado de ánimo realmente encantador. Pero repentinamente Gía se acordó de algo. Muy quedamente se deslizó hacia la otra habitación donde, arrumbados en un rincón, aparecían el empolvado penacho de plumas y al lado el cigarro no fumado hasta el fin. Cogió con rapidez uno y otro y les sacudió el polvo. Y al regresar al comedor se encontró con Pepi que silenciosamente acababa de extraer del desván unos viejos aros de tonel. Por el hueco de otra puerta apareció de pronto la cabeza de Heia que en alguna parte había hallado el lazo que ella usaba para los chimpancés; y por detrás de esa misma puerta por la que Hipa acababa de desaparecer, los hermanos comenzaron a escuchar de pronto el tintineo de condecoraciones metálicas.

## LA HISTORIA DE LA GRAN CONTROVERSIAS

Eino, el mayor de los tres hermanos, era de carácter grave y prudente. Aho, el del medio, eternamente se mostraba insatisfecho y siempre le desagradaba algo; ya desde la infancia no obedecía a los mayores. Laie, el menor de todos, no sabía exactamente lo que quería y con suma facilidad se dejaba influenciar por el que decía la última palabra.

Una vez que el poderoso y perverso vecino les hubo quitado el campo que poseían en la tierra natal y ellos ya no sabían de qué vivir, los tres hermanos tomaron el camino de la peregrinación por el mundo. En cierta ocasión habían escuchado que en la ciudad se puede hallar trabajo fácilmente, pero no sabían con exactitud dónde quedaba una ciudad semejante. Y como en aquellos tiempos no había ni mapas ni ferrocarriles, sencillamente echaron a andar camino adelante con la esperanza de que al fin llegarían a alguna parte.

A los dos días toparon con un indicador de caminos de dos brazos. Pero como no tenía ninguna leyenda ninguno de los tres pudo saber hacia qué dirección debían seguir andando. Por lo cual Eino, el mayor de todos, manifestó su opinión:

—Echemos por aquí en línea recta.

—Yo creo —dijo Aho, el del medio, con decisión—, que tenemos que doblar a mano derecha. Tengo el presentimiento de que allí nos espera la felicidad.

—Yo pienso —dijo Laie, el menor de los hermanos, con timidez—, que lo mejor es que tomemos a mano izquierda.

—En línea recta —insistió Eino.

—A mano derecha —gritó Aho.

—A mano izquierda —musitó Laie.

—Bien —expresó finalmente Aho—, si cada uno de vosotros quiere ir en otra dirección, enhorabuena. Cada uno debe seguir su dirección, y ya veremos después dónde hace alto.

—Sí sí —aseveró Laie—, que cada uno tome una dirección diferente.

—Sois unos tontos —dijo Eino con severidad—. Los tres caminos pasan a través del bosque. En los bosques tienen su morada los osos, las serpientes y los tigres. Si cada uno echa a andar solo, con seguridad que será pasto de los animales salvajes. Tenemos que permanecer juntos, de lo contrario ninguno de nosotros llegará al objetivo.

Los dos hermanos menores se pusieron a meditar.

—Está bien —dijo Aho—, caminemos juntos. Pero, ¿hacia dónde?

—¿Qué quiere decir hacia dónde? En línea recta, desde luego —contestó Eino.

—Vayamos en línea recta —aprobó Laie.

—Pero, ¿por qué en línea recta? —insistió Aho—. Veo que es más seguro si caminamos juntos. Tenemos que ponernos de acuerdo hacia dónde. Del hecho de que debamos permanecer juntos no se deduce que tengamos que seguir en línea recta. Más bien creo que debíamos doblar a mano derecha.

—Doblemos a mano derecha —dijo Laie.

El hermano Eino dio muestras de evidente impaciencia.

—Hemos resuelto quedarnos juntos, ¿no es verdad? —preguntó—. Y si es así no podéis tomar a mano derecha ya que yo dije que teníamos que seguir en línea recta.

—Pero, ¿por qué debíamos ir en línea recta y no hacia la mano derecha? —preguntó Aho.

—Porque tenemos que permanecer juntos, ya lo he dicho.

—Entonces vayamos todos juntos hacia la derecha.

—Pero, no podemos ir juntos hacia la derecha.

—¿Por qué motivo?

—Juntos hay que caminar en línea recta.

Esta controversia se prolongó bastante tiempo, hasta que, finalmente, en Eino alumbró una idea.

—Tenemos que seguir en línea recta —manifestó—, porque yo soy el mayor.

—Sigamos entonces en línea recta —dijo Laie.

—Bien —asintió por último Aho—. Sigamos en línea recta. Pero pensad que os he advertido. Si marcháramos a la derecha llegaríamos a la felicidad y la riqueza. Estoy seguro de que exactamente allí se encuentra una hermosa y próspera ciudad, en la que todos son felices y en la que a nadie le falta nada. Si no vamos hacia allí es sólo por tu culpa, Eino.

Y todos siguieron andando en línea recta. Y todo sucedió tal como Eino lo había predicho. A tiempo que iban caminando por el borde del bosque fueron hostigados por los tigres, los osos, los lobos y las serpientes. Los hermanos aprendieron a luchar y merced a un supremo esfuerzo consiguieron prevalecer sobre los enemigos. Recién entonces comprendieron que jamás hubieran podido vencer a los animales si cada cual hubiera ido por su lado. El hecho de haber caminado juntos fue lo que los salvó. Eino disfrutaba de la satisfacción del triunfo y no cesaba de enrostrarles a los demás su insensatez:

—¿No lo decía yo? —insistía—. Si hubiéramos ido solos cada cual por su lado, nos hubieran devorado los animales. Fue acertado que camináramos en línea recta.

—Fue acertado que camináramos juntos —respondió Aho—. Si actuamos con acierto al ir en línea recta, no se sabe.

Hacía ya mucho tiempo que estaban de camino. Pasaron semanas, y con el tiempo los hermanos se sintieron fatigados y hambrientos. Aquí y allá se alimentaban de un pescado que habían cogido en algún arroyo, algunas veces del fruto de algún árbol encontrado por el camino, y en ocasiones también de algunas raíces. Pero esto no era una buena alimentación. Paulatinamente menguaron sus fuerzas, y se sintieron cada vez más desgraciados. Muchas semanas de peligroso y agobiante peregrinar quedaban a espaldas de ellos, cuando de repente, tal como a veces suele la casualidad, y cuando apenas quedaba en ellos esperanza de arribar a ninguna parte, se vieron delante de una ciudad, la ciudad anhelada donde se podía ganar el pan cotidiano. La esperanza les devolvió las energías de modo que las últimas millas de camino las hicieron poco menos que saltando como las ardillas. Finalmente llegaron al objetivo. La ciudad era rica, pero pobre la mayoría de los habitantes. Había muchos palacios, pero más pobres que a duras penas lograban aplacar su hambre. De esta clase de ciudades hay muchas en el mundo. Los tres hermanos buscaron un lugar donde pudieran ganarse el pan con su trabajo. Al principio se esforzaron en vano, pero por último lograron dar con un trabajo; trabajaban pues en un lugar donde se erigiría un gran palacio; cavaron tierra, arrastraron piedras y arena, y aquel trabajo duro y agotador les pesaba enormemente. Pero por lo menos ganaron tanto como para poder satisfacer el hambre, y de este modo seguían viviendo.

—Mirad, mirad —dijo con aires de triunfo Eino—: yo tenía razón. Ciertamente trabajamos muy duro, es verdad, pero en cambio ya no pasamos hambre.

—Es verdad, es verdad —asintió Laie—. Hemos elegido el justo camino.

Aho no decía una palabra. Es decir, un rato largo estuvo sin hablar, pero por último estalló de cólera y comenzó a lamentarse.

—Oh, sí —dijo—, diariamente nos dan comida a cambio de un trabajo matador. Pero yo dije que si hubiéramos tomado el camino de la derecha habríamos tenido mejor comida trabajando mucho menos. Tendríamos mejor comida, mejor casa, mejor vestido y no tendríamos que matarnos en el trabajo.

—Sí, no tendríamos que matarnos trabajando —asintió Laie a las palabras del hermano.

—Eres un perfecto asno —gritó Eino—, y además incorregible. "Yo dije, yo dije". . . ¿qué quieres decir con ello? ¡Y aun cuando lo hayas dicho! Nadie sabe lo que hubiéramos encontrado a mano derecha, mientras que todos sabemos lo que había al término de mi camino. Tenemos comida y un pedazo de pan. Y, ¿qué tendríamos allá? ¿Sobre qué base afirmas tú que allá nos hubiera ido mejor? ¡Eso es pura invención, insensatez!

—Tú eres el que habla insensateces —dijo Laie rebelándose—, ¡tú realmente hablas insensateces!

Aho tomó asiento. Se sentía oprimido porque no sabía de qué manera contestar. Pero, pasado un momento, opinó:

— ¡Y debo deciros —vociferó Aho— que yo tenía razón! Volveré corriendo al lugar aquel donde se cruzan los caminos y tomaré por el que yo dije; tengo la seguridad de que me conducirá a una ciudad notablemente mejor.

—A una ciudad mejor, sí, a una ciudad mejor —dijo con voz de pajarito Laie.

Pero Eino se sonrió con malignidad.

—Intentadlo, intentadlo —dijo por toda respuesta—. Tú ya sabes perfectamente que por el camino te devoran los animales salvajes y que no arribas a ninguna parte. Ya es demasiado tarde para regresar, ¿comprendes? ¡Demasiado tarde para regresar!

—Demasiado tarde —convino con él Laie, gravemente.

—Pero yo iré —insistió Aho—, ¡yo iré!

Y, efectivamente, emprendió el camino. Al principio luchó con valentía con los animales, pero por último ellos fueron los más fuertes. Un oso salvaje lo estranguló y acto seguido lo devoró. De este modo, Aho no consiguió llegar nunca a la ciudad mejor con la que había soñado.

Por medio de los pájaros ambos hermanos se enteraron del trágico destino de Aho. Eino se limitó a decir:

—Yo lo había dicho.

Laie quedó sumamente preocupado porque amaba a su hermano y su muerte lo hacía sufrir mucho. Pero, ¿qué podía hacer él? Siguió, pues, trabajando con su otro hermano y compartiendo con él fatigas y necesidades, hasta que cierto día, de manera completamente inesperada, se dirigió a Eino:

—Me voy —le dijo.

—¿A qué parte? —gritó alarmado Eino.

—Voy hacia donde fue Aho —contestó Laie—. Busco una ciudad mejor.

—Te has vuelto loco —rugió Eino—, ¿quieres acaso que también te estrangule un oso?

—No quiero que me estrangule el oso —dijo Laie—, quiero encontrar una ciudad mejor.

—Bien sabes lo que sucedió con Aho.

—Lo sé. Pero tal vez yo lo logre.

—No lo lograrás. ¿Qué es lo que te ha ocurrido? ¡Tú siempre me has dado la razón!

—No se hable más del asunto; me voy.

—¡Te comerá el oso!

—Tal vez me devore, tal vez no. Tiene que haber una ciudad mejor en este mundo.

—Estás loco —gritó nuevamente Eino—. No quiero saber nada de todo eso.

Y Laie se puso en camino. Desgraciadamente nuestras informaciones se interrumpen aquí. No sabemos si Laie logró llegar a una ciudad mejor o si, como Aho, fue víctima de los animales salvajes. No sabemos absolutamente nada más acerca de este asunto. De modo que, si algunos de vosotros sabe algo, tenga la gentileza de comunicárnoslo.

## LA HISTORIA DE LA GRAN VERGÜENZA

Muría era la hija de un pescador de la aldea de Kleo. Era muy hermosa, y una muchedumbre de jóvenes, pero también de hombres maduros le hacía la corte. Muría tenía los ojos un poco rasgados, sus cabellos eran de una coloración castaño rojiza con ligeros resplandores de cobre, y sus pestañas eran largas y sombrías. Río amaba a Muria; sabía además que realmente era la mujer más hermosa del mundo.

A Muria Río le gustaba un poco, pero no lo amaba. De ahí que no le produjera ningún sentimiento especial el hecho de que un buen día Río se alejara de la aldea. Pero él estaba desesperado. Tuvo que abandonar la aldea para ir a cumplir con el servicio militar. Y ya se sabe que el servicio militar es pesado y riguroso. Los superiores de Río no eran por cierto crueles, pero eran rigurosos, tal como siempre sucede en el ejército. Muy de mañana ya comenzaba Río un agobiante servicio que recién concluía con el crepúsculo. Pero como pensaba constantemente en Muria terminó descuidando sus obligaciones militares atrayendo sobre su persona, por dicha causa, la cólera de sus superiores y el consiguiente castigo. Lo mejor le sucedía durante la noche, dado que con frecuencia Muria llegaba a él en medio del sueño, lo amaba en el sueño y todo era mejor que en la realidad. De ahí que Río terminara por preferir cada vez más el sueño a la vida.

En el ejército los soldados suelen contarse cosas relativas a sus muchachas. Y así sucedió que Pau, uno de los camaradas, en cierta ocasión le preguntó a Río:

—Dime, ¿qué aspecto tiene en realidad tu muchacha? Río vaciló. Pensó que Muria, en rigor de verdad, en modo alguno era su muchacha. Pero Pau no había especificado si aludía a la muchacha del sueño o a la muchacha de la vida real. Y la Muria del sueño era desde luego su muchacha. Por lo tanto, le contestó a su amigo:

—Es muy hermosa.

— ¿De qué color tiene los ojos? —indagó Pau a continuación.

Río quiso contestarle sobre la pregunta y evocó la figura de Muria en la memoria para determinar el color de sus ojos. Pero repentinamente se sobrecogió de espanto. Acababa de revelársele que no sabía el color de los ojos de Muria. En vano fatigó su memoria, vanamente se empeñó, pues no consiguió saberlo. Claro está que hubiera podido contestar una cosa cualquiera, pero para sí pensó que tratándose de Muria no hubiera estado bien decir algo no verdadero a su respecto. Por esta causa, meditó unos instantes más y, finalmente, murmuró rojo como la llama por efectos de la vergüenza.

—Lo he olvidado.

Pau se echó a reír de manera estentórea. No era en modo alguno un mal muchacho, pero era un poquito tonto, que a la postre viene a querer decir lo mismo. Acto seguido comenzó a contarles a todos los compañeros que Río se había olvidado del color de los ojos de su novia. Se rió mucho a costa de Río y se siguió repitiendo el asunto hasta el punto que, por último, alguien escribió una copla jocosa sobre Río y Muria. Todos hallaron motivo de mucha alegría en el asunto, pero el tímido Río se puso muy triste, ya que no sabía qué contestar a las estocadas maliciosas de los demás y su amargura era cada vez mayor. Ininterrumpidamente pensaba de qué color eran los ojos de Muria, pero no pudo acordarse. Se atormentaba de una manera horrible, se avergonzaba y caía en la desesperación, a causa de que le pareció que, si realmente amaba a Muria, tenía que pensar en esas cosas. Pasado cierto tiempo sentóse a escribir la carta siguiente:

Mí querida Muria:

Yo te amo muchísimo, como siempre. Y me avergüenzo, me avergüenzo espantosamente por haber olvidado el color que tienen tus ojos. Estoy muy triste por esa causa, pues tal vez pienses que te he olvidado o que no te amo de verdad. Pero yo te amo de verdad y me acuerdo exactamente de cómo eres, sólo que ya no sé qué color tienen tus ojos. Por eso te pido encarecidamente, Muria, Muria, que me escribas qué color tienen tus ojos, pues yo no aguanto más de amargura.

Ya estaba para enviar esta carta, cuando en el último momento se le ocurrió que era una enorme vergüenza confesarle a Muria que ya no se acordaba del color de sus ojos. Rompió pues la carta y la arrojó lejos. Después continuó torturándose, y, lo que todavía fue peor: cada vez que Muria venía hacia él en sueños, Río se olvidaba de observar sus ojos con detenimiento, con el resultado que al día siguiente no lograba acordarse de nada. Resolvió pues comprar colores con el propósito de pintar el retrato de Muria, ya que pensaba que acaso de este modo conseguiría acordarse de sus ojos. Los colores eran en número de trescientos, pero arribó a la conclusión, una vez que los examinó a todos por orden, de que ninguno correspondía al color de los ojos de Muria. Pese a las numerosas tentativas no consiguió ni siquiera un solo retrato, a causa de que Río no sabía pintar. Su amargura era cada vez mayor y por esta razón cumplía con sus deberes de manera peor cada vez, por lo cual sus superiores lo castigaban de la forma más rigurosa. Pero Río no se cuidaba de esto para nada, dado que fuera del color de los ojos de Muria nada le interesaba más en el mundo. Cierta día llegó a su conocimiento que en la pequeña ciudad donde su guarnición tenía asiento habitaba una adivina, experta en mostrar a cada uno que lo demandara la figura de su amada. Río púsose en camino para ver a la adivina y le dijo que no poseía ningún dinero, pero que le rogaba encarecidamente tuviese a bien evocarle la imagen de su adorada muchacha. En seguida agregó que haría todos los esfuerzos posibles y a su alcance para remunerar los servicios de la adivina.

— ¿Cuánto hace que murió la muchacha? —preguntó la adivina de muy mala gana.

— ¡Pero, ella no está muerta! —gritó espantado Río—. Vive en nuestra aldea.

—Jovencito tonto —replicó la adivina con impaciencia—, ¿no te han dicho que yo sólo evoco las imágenes de los difuntos?

—No —musitó Río muy asustado—. Nadie me lo ha dicho. Pero ¿cómo? Tiene que ser mucho más fácil mostrar la imagen de un vivo que la de un muerto.

—Eres más tonto que un zapato —sibiló la adivina—. Las adivinas tienen poderes sobre los muertos y no sobre los vivos. Los vivos se muestran por sí mismos, cuando ellos quieren, y cuando no quieren no se muestran. Pero los muertos ni quieren nada ni no lo quieren, y por eso nosotras las adivinas ejercemos nuestro poder sobre ellos.

— ¿Y no se puede hacer nada entonces?

—No se puede hacer nada.

— ¿Qué debo hacer para acordarme del color de los ojos de Muria?

— ¡Cabeza hueca! ¿No te acuerdas de cómo es tu amada? —Sí, sí, me acuerdo exactamente —gritó Río—, lo que ya no sé es el color de sus ojos.

— ¿De qué color tiene el cabello?

Río se quedó estupefacto. Hizo la tentativa de acordarse del color de los cabellos de Muria, pero en vano. La adivina se sonrió con profunda ironía.

Entonces salió a la luz que Río tampoco conocía ese detalle. No sabía qué vestido usaba, si llevaba pendientes en las orejas y cómo eran sus manos. . . En rigor de verdad no sabía nada. La adivina se reía de manera cada vez más estruendosa, y Río comenzó a encogerse y encogerse de pura vergüenza; tornábase cada vez más diminuto. Aseguraba sin embargo acordarse exactamente de cómo era Muria, y en efecto evocó con suma facilidad su imagen en la memoria, pero pese a todo no lograba representarse ninguna particularidad. Por último, en el colmo de la desesperación, gritó:

—Amo a Muria, amo a Muria —y a toda carrera huyó de la presencia de la adivina.

De todos modos era evidente que por obra de la vergüenza quedó tan reducido que tenía el tamaño del dedo de una persona adulta. Al principio podía caminar completamente inadvertido por las calles, pero pasado cierto tiempo todos descubrían al hombrecito y quedaban maravillados de su talla.

Nadie ha experimentado repentinamente tanta vergüenza como Río, y esto por haber tenido que avergonzarse. Penosamente logró sustraerse de las curiosas miradas de la muchedumbre y corrió, a todo lo que daban sus piernas, a refugiarse en el cuartel. La compañía entera desfallecía de risa al caer en la cuenta de su metamorfosis.

Un oficial que llegó a notificarse de lo que sucedía hizo encerrar a Río en un calabozo. Pero como se temió que pudiera escaparse por alguna rendija del calabozo corriente, fue dispuesta para él una prisión especial utilizándose una caja de conservas vacía. Allí se vio reducido a una situación viscosa y mugrienta, pero Río tomó tan a pecho su desgracia que no paró mientes ya en ninguna situación. Al día siguiente se le sacó de allí y se le llevó delante de un tribunal compuesto de veinte oficiales. Pequeño como un dedo aparecía Río completamente solo frente a los veinte oficiales, los cuales oficiales eran de tamaño bastante considerable, conforme a su jerarquía. Todos señalaban con el dedo al diminuto detenido, se mofaban de lo lindo de su figura y lo medían con una regla. Y acto seguido comenzaron a juzgarlo.

— ¿Por qué eres tan pequeño? —le preguntó el juez con severidad.

—Soy pequeño porque me hice más pequeño —contestó Río—. Con anterioridad era grande.

—Y, ¿por qué te has vuelto pequeño?

—Me he vuelto pequeño de vergüenza —contestó Río.

— ¡Y de qué te ha dado vergüenza!

—Me dio vergüenza porque no sabía el color de los ojos de Muria.

— ¡Caramba! —replicó el juez—. Tampoco yo sé qué ojos tiene Muria y no me avergüenzo.

—Sí, pero el señor juez no ama a Muria, y yo la amo —dijo Río.

— ¿Conoces los reglamentos del servicio? ¿Sabes que el parágrafo duodécimo dice que un soldado no puede avergonzarse porque de lo contrario puede achicarse de tamaño y con ello debilitar la capacidad combativa de la tropa?

—Sí —respondió Río todo arrepentido—, los conozco. Río sabía que efectivamente existía un parágrafo semejante dentro de los reglamentos, aparte de que en el ejército se lo habían enseñado.

— ¡Entonces deja de avergonzarte por el momento!

—No puedo —contestó Río—, porque ahora me avergüenzo cada vez más.

— ¿Pero por qué te avergüenzas ahora?

—Ahora me avergüenzo por ser tan pequeño; y a medida que me avergüenzo me hago más diminuto. Y así sucesivamente. Los jueces lo contemplaban detenidamente. Durante el curso de la vista Río había ido

achicándose cada vez más, al punto de que apenas se lo veía. Los jueces se retiraron para una breve deliberación y solemnemente anunciaron después los términos de la sentencia:

—El soldado Río es sentenciado a desaparecer de vergüenza. Esta sentencia es inapelable.

Al escuchar Río esta sentencia, tanto se avergonzó que comenzó a reducirse de manera súper acelerada, y tras algunos minutos desapareció por completo de la vista de los jueces. Uno de ellos extrajo rápidamente una lupa, y al punto comenzaron a buscarlo por sobre la mesa, pero era inencontrable. De inmediato mandaron traer un microscopio y continuaron buscando, pero igualmente sin resultado. Hasta que por último abandonaron la empresa.

La extraña historia de Río fue rápidamente conocida en todo el país y no tardó en llegar a su aldea natal. Sus amigos y camaradas siguieron difundiendo la noticia. Pronto también llegó a conocimiento de Muria. Una de sus amigas le refirió que Río se había vuelto tan pequeño de pura vergüenza, que nadie podría verlo nunca más. Muria se maravilló enormemente y fijó sus ojos en la amiga. Sus ojos eran grandes y profundamente azules.

## INDICE PRIMERA PARTE

Las Claves del Cielo, o Historias Edificantes según la  
Sagrada Escritura para Enseñanza y Admonición.

Dios, o del Contraste entre los Motivos y las Consecuencias de las  
acciones Humanas

9

El Pueblo de Israel, o las consecuencias del Desinterés

13

Caín, o de la Interpretación de la Máxima: "A cada cual según sus méritos"	15	
Noé, o de las Tentaciones de la Solidaridad	19	
Sara, o del Conflicto entre lo Universal y lo Personal en la Moral.		23
Abraham, o de una Tristeza Superior	27	
Esaú, o de la Relación de la Filosofía con el Comercio	31	
Dios, o de que la Bondad es Relativa	35	
Balaam, o el Problema de la Culpa Objetiva	37	
El Rey Saúl, o de las Dos Formas de Actuar con lógica en la Vida.	41	
Rahab, o de la Soledad Real y de la Presunta	47	
Job, o de las Contradicciones de la Virtud	53	
El Rey Herodes, o de la Miseria de los Moralistas	63	
Ruth, o del Diálogo entre Amor y Pan	73	
Jael, o de los Falsos Caminos del Heroísmo	77	
Salomón, o de los Hombres como Dioses	87	
Salomé, o de que todos los Hombres son mortales	97	

## SEGUNDA PARTE

### Trece Fábulas del Reino de Lelonia para Grandes y Chicos.

De la Forma en que buscábamos Lelonia	107
Las jorobas	115
La Historia de los juguetes	125
El Bello Rostro	131
De Cómo Gyom se Convirtió en un Señor de Edad	137
Del Hombre Célebre	145
De Cómo el Dios Maior Perdió su Trono	151
Los Remiendos Rojos	161
La Guerra con las Cosas	169
De Cómo fue resuelto el Problema de la Longevidad	177
Los Bombones del Escándalo	189
La Historia de la Gran Controversia	197
La Historia de la Gran Vergüenza	203

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE  
IMPRIMIR EL DÍA 10 DE ABRIL  
DEL AÑO MIL NOVECIENTOS  
SESENTA Y NUEVE, EN LAS  
PRENSAS VENEZOLANAS DE  
EDITORIAL ARTE, EN LA  
CIUDAD DE CARACAS

*Leszek Kolakowski / Las Claves del Cielo*

Poner al descubierto —o desenmascarar— la relatividad de los presuntos valores absolutos parece ser el signo categórico al que ajusta su tarea el intelectual de nuestros días. El intelectual y desde luego el artista, para quienes toda rigidez dogmática representa, en cualquier campo de la actividad del espíritu, sin exclusión de la política, claro está, una peligrosa esclerosis irracionalista. Poner, pues, al descubierto esa relatividad, larvada para el caso en lo intangible de algunos imponentes personajes de la historia bíblica o sagrada —Abraham, Job, el rey Saúl, o Salomé o Salomón—, le ha permitido al joven filósofo, ensayista y narrador polaco, crear un libro de polémica sumamente original, concebido con arreglo a una gracia nada común en la literatura actual. Mas si la intención de Kolakowski se hubiese limitado a reproducir al hilo de una crítica sutil o maliciosa la historia de esos personajes, este libro estaría destinado a engrosar los anaqueles del olvido; pero a poco que leamos unas páginas aparecerá en seguida su humanísima y flexible concepción de la criatura, su piedad irónica, su solidaridad con el destino del hombre. *Las Claves del Cielo* nos hacen convivir con figuras cuyo recuerdo no se borrará fácilmente de la memoria del lector.

En *Las Fábulas del Reino de Lelonia*, segunda parte de este libro encantador, Kolakowski nos presenta, en cambio, un panorama absurdo, imposible, a primera vista; pero repentinamente caemos en la cuenta de que el autor —con una sonrisa acaso volteriana o franciana, pero siempre luminosa— nos está hablando de nosotros mismos, de nuestros dolores, estrecheces, obstinaciones e ideales, aparte de la connotación que estas *Fábulas*, más allá del estrecho límite del género, tienen con las peripecias de la vida del escritor, personalidad de suma importancia en el escenario político de su país.

Leszek Kolakowski nació en 1927 en Radom, Polonia. Estudió filosofía en Lodz, fue colaborador de una revista filosófica y permaneció, acabados sus estudios, como profesor de filosofía en la Universidad de Varsovia. Kolakowski ha representado siempre para la juventud del Partido y para los intelectuales de su tendencia una especie de valiosa guía, ya que por su posición polémica frente a Stalin se ha convertido en uno de los teóricos más conspicuos y la figura de mayor relieve dentro del actual revisionismo del marxismo-leninismo con base especulativa en Bloch y Lukács. Además de *Las Claves del Cielo*, que vio la luz en 1964 en Polonia, y *Las Fábulas del Reino de Lelonia*, aparecidas en 1963 por vez primera, Kolakowski es autor de un largo trabajo sobre Spinoza, 1958, y de numerosos ensayos reunidos bajo el título *El hombre sin alternativa*, en 1960.

